



# ELLAS NO FUERON CONTADAS

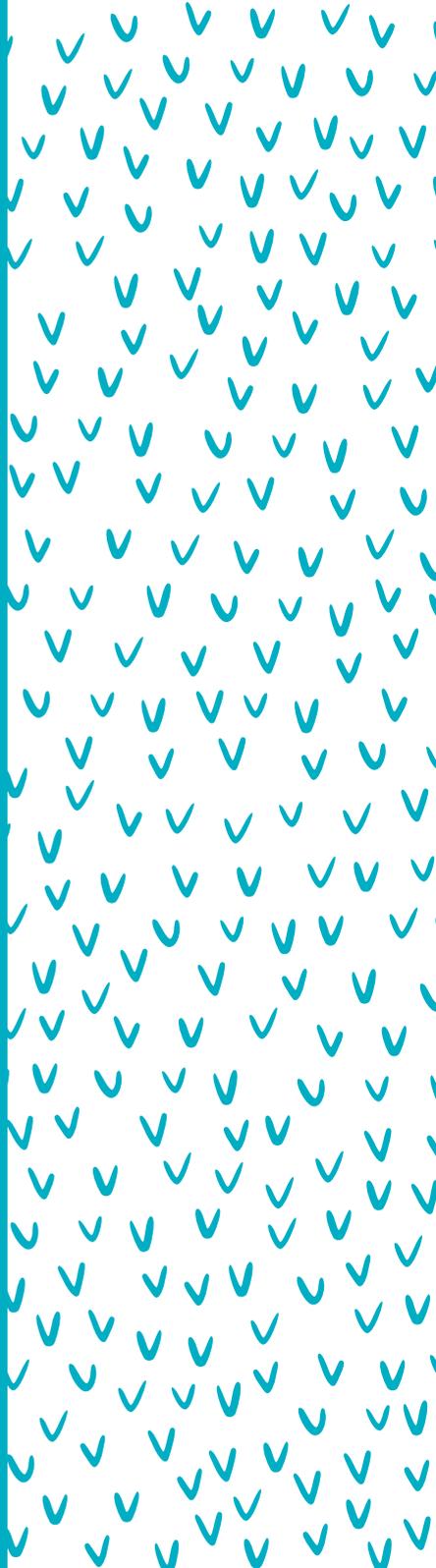
Historias de mujeres  
y diversidades por autoras  
bonaerenses

En la tercera edición del concurso literario “Ellas no fueron contadas” participaron casi 300 personas de la provincia de Buenos Aires. Por primera vez, la selección de relatos es representativa de todas las regiones bonaerenses y recupera las trayectorias migratorias que configuran la identidad de cada localidad y de cada persona.

En esta convocatoria implementamos las ya conocidas categorías “historia de vida”, “ficción en clave de género” y sumamos una nueva modalidad: “relatos en primera persona, el Estado en tu vida”.

Paloma Sánchez, Marta Vasallo y María Pía López oficiaron de juradas, destacaron el buen nivel de escritura y se dieron a la tarea conjunta de elegir los relatos premiados. Agradecemos infinitamente su trabajo y compromiso.

En el proceso de edición, trabajamos con cada autora y convocamos, una vez más, a artistas plásticas bonaerenses que ilustraron las obras que conforman esta pieza.



**Ellas no fueron contadas**

**Axel Kicillof**

Gobernador

**Estela Díaz**

Ministra de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual

**Soraya Polonara**

Directora Provincial de Comunicación

**Carla Pérez Gab**

Directora de Comunicación y Diseño

**Jazmín Soria**

Editora

**Agustina Longo**

Diseñadora

**Julieta Longo**

Ilustración de tapa

**Ministerio de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual**

<https://www.gba.gob.ar/mujeres>

[contacto@ministeriodelasmujeres.gba.gob.ar](mailto:contacto@ministeriodelasmujeres.gba.gob.ar)

@minmujerespba

(221) - 429 4000

Calle 53 N°510 e/ 5 y 6 - La Plata (1900)

Mayo, 2023

# **Ellas no fueron contadas**

Historias de mujeres y diversidades por autoras bonaerenses

# ÍNDICE

PRÓLOGO 6

**Ser bonaerenses**, Estela Díaz 9

RELATOS

HISTORIAS DE VIDA

**Vecinas** 12

Silvia Giglia | ILUSTRACIÓN: Nadia Romero Marchesini

**Lina** 20

María Eugenia Munne | ILUSTRACIÓN: Ana Clara Stellato

**Una pluma de fénix que de las cenizas resurge** 28

Agostina Gieco | ILUSTRACIÓN: Cecilie Blu

**La debat ¿o la Debat?** 41

Marcela Noemí Lozano | ILUSTRACIÓN: Victoria González

**Eugenia** 58

María Eva Basterra Seoane | ILUSTRACIÓN: Ana Clara Ovejero

EN PRIMERA PERSONA, EL ESTADO EN TU VIDA

**La torta marmolada** 78

Sheila Acosta Anzalone | ILUSTRACIÓN: Justina De Urquiza

**La casa** 85

Mirta Noemí Esteves | ILUSTRACIÓN: Mercedes Irastorza

**El quehacer de la vida** 93

Alba Luz Alvez | ILUSTRACIÓN: Ana Inés Castelli

**Ironías** 106

Olivia Orsatti | ILUSTRACIÓN: Julia Dron

**Lágrimas del alma** 116

Rosa Margarita Martínez | ILUSTRACIÓN: Carmela Caballero

FICCIÓN EN CLAVE DE GÉNERO

**9 de julio** 128

María Celeste Mazzitelli | ILUSTRACIÓN: Cecilia Codoni

**Quiero que me llamen Eulalia** 143

María Cecilia Corda | ILUSTRACIÓN: Lucía Ricci

**Una resurrección posible** 150

Silvina Andrea Casteller | ILUSTRACIÓN: Antonella Giordanino

**La primera Mburuvicha** 161

Pamela Swindt | ILUSTRACIÓN: María Paula Aldea

**León** 174

Abril Gofin Meneghetti | ILUSTRACIÓN: Florencia Menna

## ELLAS NO FUERON CONTADAS

En el aniversario 40 de nuestra democracia no parece casual que los relatos sobre el terror, la resistencia y la recuperación del lazo social sean el eje central de estas historias de vida. Cuando quisimos recuperar la presencia del Estado en la realidad concreta de las mujeres y LGTBI+ de la Provincia, nos encontramos con el valor de la democracia y el infinito aporte de las mujeres, recuperado una y otra vez, en la memoria popular bonaerense. Entonces, la idea de contar la experiencia de quienes accedieron a derechos, impregnó todo el libro.

“Voy a la capital ¿te acerco? Hacerte reír, si fuera posible”. Rosa Aloy de Camarotti fue, también, vecina de alguien. La potencia de lo sensible recorre de punta a punta el conurbano y nos trae a la abuela Lina, una mujer fuerte, fuerte como las Madres de Plaza de Mayo. A un padre que sobrevivió al terror y a una nieta que recuerda: la última vez que Lina lloró, un presidente le pedía perdón en nombre del Estado.

En la resistencia de escribir, Salvadora Onrubia muestra sus matices y viene a romper, una vez más, el ostracismo al que son

empujadas las mujeres militantes de todas las épocas. En Trenque Lauquen, muchos años después, la Debat hace chistes porque sólo el tiempo, se sabe, puede transformar el dolor en humor. Resistir para existir, en cada esquina de la historia hubo y habrá alguien que se atreva a ser mariposa en un mundo de gusanos.

Con Eugenia comprobamos que detrás de un nombre, en los huesos de ese nombre, hay tantas historias como viajes, idas y vueltas en busca de combatir la desmesura de quien separa una beba de los brazos de su madre. Y hay también el trabajo incansable por un buen vivir, empezando por el derecho a vivir.

La política - cuando construye un Estado constitucional y democrático - transforma la realidad de la ciudadanía, por eso creamos “en primera persona: el Estado en tu vida”; para ir en busca de esos momentos en que las necesidades se convirtieron en derechos. Y apareció el confinamiento de 2020. Así, la categoría dio un giro sobre sí misma: ahora el Estado es una maestra, una de las tantas docentes que procuró educación y amor durante la pandemia. El llanto frente a “La torta marmolada” es también por aquel tiempo en que tuvimos miedo, y seguimos.

Lo que puede un cuerpo no está exento de las condiciones, pueden haber pasado 16 años desde la última vez que se respiró en libertad. Entonces, el quehacer de la vida se convierte en vivir, incluso cuando parece que ya no más. Vivir lo suficiente como para que una niña llegue a una casa y permanezca en ella hasta ver a sus nietos jugar en el mismo patio que la vio crecer. Vivir para ejercer un derecho que habilita otros, como el de la Asignación Universal por Hija o Hijo; para conocer a Teresa y Cándido, para abrazar a Blanca y con ella a todas las amigas que prestan su oído para mermar el dolor.

¿Dónde están las abuelas lesbianas que vivieron sin derechos? En 9 de Julio. En la ficción siempre, o casi siempre, hay un gesto de realidad. Esta vez, vale preguntarnos cómo serán las vidas de lesbianas, gays, travestis y trans cuando se narre el principio del siglo XXI en Argentina. Escuchar que te nombran y no encontrarte en esa sonoridad puede resultar una ficción, por eso León es más bien un rugido que convence también a Eulalia acerca de que es posible existir de otro modo.

Este es el tercer libro que editamos como Ministerio en el marco del concurso “Ellas no fueron contadas”, en él confluyen la diversidad bonaerense y la voluntad democrática de un pueblo aguerrido, de mujeres, lesbianas, travestis y trans que trazan un rumbo definitivo: el de seguir luchando.

# Ser bonaerenses

Estela Díaz,

Ministra de las Mujeres, Políticas de Género y Diversidad Sexual.

*Ellas no fueron contadas*, en su tercera edición, como en las anteriores, no deja de sorprendernos: primero, por la enorme satisfacción que nos genera convocar a escribir como política pública y, segundo, porque hoy les presentamos un nuevo libro con relatos de enorme calidad.

En los quince textos que fueron seleccionados para esta edición vamos a encontrar historias -que ahora sí están contadas- que nos hablan de nuestros barrios del conurbano, de nuestros pueblos, de los prejuicios, de las resistencias, de las ausencias, de los dolores y también de las segundas y nuevas oportunidades que nos da la vida. En estas narraciones podemos identificarnos o no, tal vez recordar tiempos de madres y abuelas, de quienes nos antecedieron, o evocar situaciones que intuíamos que ocurrían a nuestro alrededor y que fueron sistemáticamente silenciadas.

Estas páginas nos invitan a transitar las transformaciones sociales de la vida cotidiana, en las libertades conquistadas y en las que nos faltan; las diferencias entre el fin del siglo pasado y el presente, que nos traen rupturas y continuidades. Y, a la vez, descubri-

mos voces narrativas con identidad en la provincia de Buenos Aires.

Este año incorporamos como eje las experiencias de “El Estado presente en tu vida”. Esta propuesta nos trajo relatos inolvidables sobre la reciente pandemia, pero también sobre la última dictadura y sobre el peronismo, en su origen garante de derechos sociales. En las categorías de “Ficción en clave de género” e “Historias de vida” nos vamos a encontrar con temáticas insoslayables y conmovedoras.

La escritora, docente y filósofa Hebe Uhart, conurbana de Moreno, dijo una frase que podría ser cabecera de este concurso: *No se nace escritor, se nace bebé*. Para nosotras resuena como aquella frase de Simone de Beauvoir que tanto acompaña la lucha feminista y que define el ser mujeres como un hecho situado: histórico, social y cultural. Vale a su vez para derribar la idea clasista del escritor como genio, varón, hetero-ilustrado.

Promover políticas públicas que convoquen a mujeres y disidencias a escribir cuestiona ese ideal de escritura, pero también interviene sobre la circulación de los textos, invitándonos a leer otro tipo de historias, a encontrarnos con experiencias, personas-personajes de nuestra tierra. La escritura y la lectura no pertenecen sólo a un tipo de persona, son patrimonio de toda una comunidad.

Escribir, contar, narrarnos es una invitación para seguir construyendo una sociedad de iguales, que nos albergue, que nos incluya y que ponga de relieve nuestro ser bonaerense, orgullosamente comprometidas con el pasado y el presente, y construyendo futuro.

# HISTORIAS DE VIDA



# **Vecinas**

Silvia Giglia

## SILVIA BEATRIZ GIGLIA

Nació el 29 de enero de 1963 en Capital Federal. En 1965 su familia se trasladó a San José, Temperley, lugar en el que nació su única hija y en el que trabajó hasta jubilarse. Hizo primaria y secundaria en colegios religiosos y estudió Profesorado universitario en “la pública”, donde se dio el enriquecedor encuentro con lo diverso. En 2009 publicó “El libro del hogar”, una serie de relatos que pretenden alejarse del tono edulcorado que abunda en los relatos barriales. Asimismo, tuvo la suerte de ver publicados algunos artículos propios en revistas afines a sus actividades. Le gusta escribir sobre lo cercano, lo barrial sin pátina de pintoresquismo y lejos del tono meritocrático. Cree que para combatir el colonialismo cultural hay una herramienta al alcance de cualquiera: recuperar, practicar y defender los modos del habla local.

## NADIA ROMERO MARCHESINI

Ilustradora | @nadiaromeromarchesini | <http://nadiaromeromarchesini.com/>

Nació en un frío invierno de junio en la provincia de Buenos Aires. Desde muy pequeña los viajes fueron parte de su vida. Sus abuelos fueron los primeros agricultores de un pequeño pueblo del norte de Italia y atravesaron un océano hasta llegar aquí. Cada vez que ilustra, imagina sus travesías y las vuelve historias. Construye imágenes desde esa memoria emotiva que la atraviesa.



## Vecinas

4 de agosto de 2022. Estoy durmiendo poco. Digo nomás, no me quejo. Con lo que duermo me basta, descanso bien, soy afortunada. No voy a prender la radio. No, para no tildar otro ítem que me acerque al estereotipo de la sexagenaria: insomnio, olvido de palabras corrientes, noticiero matinal, renegar en voz alta con la radio y *siguen* firmas.

En minutos me sorprende la inquietud de estar perdiéndome algo. Algo importante, algo que no pueda dejar de saber. Cuánto hace que sabés que escuchar noticias no te garantiza estar informada, me digo. La cabeza se me va a la canción de Serrat. Sí, esa. Pueden estar violando a una piba acá a la vuelta y vos ni enterada. Del Nano irremediablemente a Sabina: ha muerto una mujer que conocí.

En unos minutos, ante la invasión de soliloquios y recuerdos, al fin encenderé la radio. Sabré entonces de la muerte de Rosa Camarotti. Rosa Aloy de Camarotti. Más tarde voy a leer en la pantalla la dirección de la casa en la que pasó más

de 50 años de su vida. No digo acá a la vuelta pero lo suficientemente cerca como para llegar caminando. No la conocí. Y no hay modo de no haberla cruzado más de una vez esperando el Roca o en la plaza. En las plazas. En LA plaza.

18 mayo de 1978. En casa y en el barrio se decía más o menos lo de la tele. Se sabía seguramente más, pero no se decía. Teniendo en cuenta la fecha, debió ser un día de mucho frío, más en aquella casa que en la mía. Yo yendo al colegio, todavía con el sabor de mi fiesta de quince y expectante porque se venía otra fiesta. La gran fiesta del campeonato mundial que nos iba a hacer protagonistas a todos los argentinos hermanados por el celeste y blanco de patria y camiseta. La tele a color, más toda la fantochada que muchos creímos. Al fin, se nos decía, entrábamos al mundo. Argentina era anfitrióna de extranjeros a los que había que demostrarles nuestras bondades y don de gente. John Travolta en los cines, en los combinados de nuestras casas que empezaban a llenarse de inútiles y fascinantes aparatos chinos. A unas cuarenta cuadras más o menos se llevaban a Osvaldo Daniel.

Después supe, no de Osvaldo específicamente, tampoco de vos, Rosa. Pero supe, fui sabiendo. Gracias a la fortuna de caer en la universidad pública y gratuita (mejor dicho, pagada con el esfuerzo de mis compatriotas con los que sigo en deuda) pude comenzar a ver un cachito más allá (más acá) de las pantallas. De a poco me fui asomando al abismo entre noticias y verdades. No fue suerte, claro que no, y mucho menos mérito propio. Fueron las simples coordenadas de tiempo y espacio. Un país y un tiempo de democracia resurgente con una universidad sin trabas ni milicos.

A mi modo tardío, periférico, inconstante, me acerqué a vos, Rosa, sin saber quién eras. Verte pasar, porque claro que te vi pasar cada 24 de marzo, últimamente en ese micro o camioncito que las llevaba hasta el escenario. Seguramente te miré a los ojos sin saber tu nombre y toqué a modo de caricia el vidrio de la ventanilla. Y cada año, cada vez más viejitas, tanto como cada vez más fuertes. Para mí era “ahí van Hebe y todas las demás”. Y ese repetido y único golpe que siempre y solo me da cuando las veo. Como un hueco. Como una piña en el pecho. Como angustia y alegría mezcladas, pero no exactamente eso. Y admiración, y esta palabra queda chica. Y faltan palabras. Alguna palabra que diga de una especie de gragea amarga que te dan en ese momento y te la podés tomar cuando te sentís desfallecer.

Vos sí que no te quedaste con lo que te decía la radio, la tele y mucho menos con lo que te dijo la cana ese día. “Lo llevamos por un asunto de drogas, esperen quince minutos”. No esperaste. Después del Mundial los vamos a largar. No esperaste. Sin espera arrancó ese nuevo tiempo en tu vida. A puro amor rompiste la pantalla. Atravesaste el muro. Saliste a la calle. Doblaste el destino, el destino asignado, Rosa.

Nunca supiste ni un solo dato de Osvaldo, tu hijo. Tu amado hijo que tampoco creyó en mentiras ni pantallas. Que no esperó. Igual que vos, Rosa. Igual que vos entendió de primera mano que la verdad está en la calle y con otros, siempre con otros. No saber de Osvaldo no te detuvo porque para entonces, hacía tiempo que sabías que él no era el único desaparecido. Con las Madres, la lucha por él mutó irrefrenablemente a lucha por todos.

Ahora te veo en primer plano, en una entrevista cantando y cantando a modo de mantra... *¡Ahora, ahora resulta indispensable! ¡Aparición con vida y castigo a los culpables!...* una y otra vez, una y otra vez, decís. Y tus ojos se entrecierran como yéndose a cada una de todas esas veces.

Tardíamente yo te busco a vos. Rastreo tu vida en internet, bordadora de pañuelos blancos. Caminadora de comisarías y dependencias. Buscadora de Osvaldo. Reclamadora de justicia. Ahuyentadora de venganza.

Nacida, según tus palabras en el video que tenés con Hebe, en el barrio de Boedo. Y el destino (la casualidad, te corrige Hebe, que nada cree en el destino) te llevó de los doce a los dieciséis a vivir en una casa cuyos fondos daban a lo que hoy es la casa de las Madres. Las pocas cosas que referís de tu biografía me arman un esquema que me arriesgo a completar. Entonces, echo mano a mi propia vida o más bien a la de mi madre. Ella, como vos, tampoco hizo el secundario. Raro para una “mujercita” en aquellos tiempos que la mandaran a seguir estudiando. No hacía falta para el destino, el destino asignado, Rosa, que poco tiene de tal y menos de casualidad. Pero sí, igual que vos, mamá fue al corte a prepararse para una vida doméstica de hijos, cocina y obediencia.

Y después el sur, el conurbano, Rosa, en el que fuimos casi vecinas. Vecinas según coordenadas de tiempo y lugar. Y tan lejanas. “Me puedo morir tranquila porque aquí hay una juventud que nos van a seguir, que van a seguir nuestra lucha”, decís en ese video. Se toman de las manos y se emocionan. Ella te agradece la entrevista y vos, agradecida también, la llamás puntal de lucha.

Quiero saber más de vos. Me corrijo: quisiera haber sabido más de vos. Antes, Rosa. No te digo amigas, no pretendo tanto. Una vecina, alguien que pasara de vez en cuando a preguntarte “Rosa ¿necesitás algo?” “Voy a la capital ¿te acerco?” Hacerte reír, si fuera posible.

Creo que sé cómo hubiera podido sacarte una sonrisa: ¿Rosa... era pintón, decime, ese cantor de tangos? ¿Cómo se llamaba? Roberto del Solar. Me juego que por lo menos lograría hacerte sonrojar. Ir a verte a la otra plaza, a la de Lomas, en la que militaban entre artesanos, artistas y mercachifles.

Ante todas estas imposibilidades, necesito dejar aquí cuatro cosas sobre vos, que tampoco fuiste contada. Por lo menos no con la plenitud necesaria. Acaso porque lo que más se contó fue tu lucha. Será que con los relatos pasa como con los triunfos: los únicos válidos son los colectivos. Buscar a Osvaldo no puede separarse de buscar a los demás, así como contar tu vida no podrá separarse de contar las vidas de las demás.

Hoy 4 de agosto 2022, según lo que leo, cambiaste de casa. En otra casa y más vecina que nunca. Cambiaste de casa para seguir en la casa, en la de las Madres. Y en la plaza que siempre salva, que siempre salva.

No encuentro otro modo de contarte. Se me hace que es el único. A través de mí, ignorante y tibia. De mi madre, obediente y sumisa. De las madres incansables y poderosas. De cada una de las que apenas te vimos pasar sin identificar exactamente quién eras. Junto a Hebe y las demás. Rosa inseparable de la lucha, de la historia. Rosa de las Madres. Rosa de las buscadoras de verdad. Rosa, relato colectivo. Rosa presente.

**Lina**

María Eugenia Munne

## MARÍA EUGENIA MUNNE

Nació en Argentina el 29 de julio de 1988; es socióloga y profesora. Porteña de nacimiento y bonaerense por adopción. Lee y escribe, y viceversa. No sabe convertir pesos en dólares. Tiene muchos fanatismos. En vacaciones, alterna playa, montaña y ciudad.

## ANA CLARA STELLATO

Ilustradora

Es artista plástica, nacida en Tandil en el año 1989. El arte la acompaña desde chica en diferentes expresiones: música, teatro, pintura, ya sea por talleres que ha hecho o por tenerlo de cerca en la mayoría de quienes integran su familia. En su caso, fue al terminar la secundaria que empezó a indagar en la pintura, desde ese momento supo que lo que más le gustaba era la pintura mural. Formó grupos con los que salía a pintar en la calle, estudió, trabajó, viajó y pintó también en la mayoría de los lugares a los que fue. Con el tiempo, además de la pintura, incorporó herramientas de ilustración y diseño. Desde hace un año utiliza una técnica de bordado para productos en grandes formatos.



## Lina

A mi abuela Lina la imagino presidenta de un centro de jubilados de Quilmes, que bien se podría llamar “Eva eterna”. Lo pienso cuando paso por enfrente de uno que está cerca de casa: siempre con el portón abierto y con la parrilla humeante. Hay pollos, choris y tiras de asado que se ven desde la vereda. La mesa está servida, con mantel y servilletas de tela. Pasar por ahí es como si volviera a ver a mi abuela haciendo el asado. Los hacía como los dioses, sus asados competían de igual a igual con los ñoquis caseros con bolognesa. Además, me gustaba verla asar y amasar: lo hacía provocando caos. La mesada de la cocina repleta de restos de cáscaras de verduras y harina y cacerolas, la parrilla rodeada de bolsas de carbón y cajones de madera rotos, diarios viejos y tenedores en el piso; al fondo los perros ladrando, demandando su parte y los huesitos de carne pelados desparramados por el pasto.

Si necesito recordarla, o cuando su recuerdo viene a mí, siempre es el mismo: ella está andando en bici en malla

y descalza, veo su cara de arrugas profundas, sonrío y me arenga “dale Maru vení, seguime”. Yo la seguía, temerosa, pero la seguía. “La abuela salvajemente dulce” sería el título, si quisiera regalarle un poema o una novela. Siempre me dio vergüenza llorar delante de ella; la veía como una especie de fortaleza, yo quería ser como ella, entonces, no podía llorar. Pero a veces lo hacía igual. Entonces, me secaba la cara con un repasador, me besaba y me mandaba a hacer algo. Hay una melodía que me frecuenta, ella me hacía dormir y me despertaba cantando esta canción:

*En la mañana; lirios y rosas  
mueven la brisa primaveral,  
y en los jardines las mariposas  
vuelan y pasan, vienen y van.*

*Una niñita madrugadora  
va a juntar flores para mamá,  
y es tan hermosa que hasta la aurora  
vierte sobre ella más claridad.*

*Tras cada mata de clavelinas,  
de pensamientos y de arrayán,  
gira su traje de muselina,  
su sombrerito, su delantal.*

*Llena sus manos de lindas flores,  
y cuando en ellas no caben más,  
con su tesoro de mil colores  
vuelve a los brazos de su mamá.*

*Mientras se aleja, como dos rosas  
sus dos mejillas se ven brillar,  
y la persiguen las mariposas  
que en los jardines vienen y van.*

La abuela, en donde viviera, plantaba algo en la tierra. Primero la vimos hacerlo en el fondo de su casa de Quilmes, un chalecito de esos que hacía la fundación de Eva, cerca de la cervecería. Después, en la casa de Moreno. Con mis hermanas nos peleábamos por responder a su pedido de quién le traía lo que fuera de la quinta. La quinta, nada de huerta. La quinta eran dos metros cuadrados de tierra desprolija y repleta de tomates, radichetas, lechuga y algo más. Supo plantar y cuidar pinos, parras, paltos y rosales. Abajo del pino tenía una mesa, de esas de cemento con cerámicas de formas irregulares, de triángulos y rectángulos en colores celestes, blancos, anaranjados y amarillos; y unas sillas de hierro gigantes con almohadones de lona rayados verde y blanco.

Un día iba en auto con mi papá - hijo de Lina - y tuvimos una charla. Empezó diciendo: cuando mi mamá se separó de mi papá, mi viejo se compró un terreno en San Martín y vivió en una prefabricada. Así como esa, dijo, señalando un cartel de la calle que anunciaba la venta de prefabricadas. Mientras manejaba y me hablaba de otras cosas, por ejemplo, de cómo se endosa cheque, le pregunté cómo era mi abuelo. Borracho era. Vos sabes que eso es una enfermedad, ¿no? Sí, claro, le dije. Consulté si lo quería, si se llevaban bien. Cuando estaba sobrio era muy buen tipo, dijo, subiendo las cejas hasta que se le arrugó la frente. Se mordió una uña de la mano derecha y

siguió. Era un boludo mi viejo, de tanto prestar guita a los amigos le hipotecaron la casa. Casi nos quedamos en la calle. Mi vieja consiguió la guita y zafamos. Fijate a qué altura hay que ir. Tres mil ochocientos dos, le digo. Pero cuando tomaba, las veces que me tuve que poner en el medio, mejor ni te cuento. Le pregunté por qué tomaba. No sé por qué, sé qué tomaba. Tomaba la *Bols*, la ginebra. Murió de cirrosis tu abuelo, me dijo mi padre la primera vez que me habló del suyo.

Lina tejía y cosía con su máquina. Nos hacía pijamas, sweaters, bufandas y, sobre todo, deshabillés. Hace poco supe que en su juventud había sido costurera, le pagaban veinte centavos el ojal. Un día la vi llorar. No recuerdo cuándo fue exactamente pero sé que fue durante el gobierno de Néstor. Estaba parada en la cocina escuchando la radio. El presidente le pedía perdón en nombre del Estado argentino. A mi tío y a mi papá los secuestraron la noche del 4 de agosto de 1977. Mi tío continúa desaparecido. Mi papá sobrevivió. Hubo una época en la que mis hermanas y yo íbamos a un colegio muy careta de Moreno. Al mediodía nos solía ir a buscar ella con su falcon verde modelo 73. Por supuesto, desentonaba alrededor de camionetas 4x4 y autos cero kilómetro. Siempre pensé en la paradoja de que manejara ese auto. Mi abuela era un tractor. Una vez nos contó que cuando era chica y vivía en el campo, el padre no la dejaba ir al pueblo, no sé por qué y ella se escondió aferrada a la parte de abajo del sulky. Al llegar al pueblo salió de ahí abajo y, al verla, su padre casi la mata.

Cuando iba con otras Madres a la Plaza de Mayo a reclamar por su hijo, preparaban jabones para tirar al suelo y hacer que los caballos de los milicos se patinaran y no pudieran pe-

garles. Si la abuela viviera iría con ella a cualquier milonga a bailar unas tandas, tomaríamos cerveza con fanta, le preguntaría por el día que llevó a mi papá bebé a ver a Eva, para que lo bendijera con un beso en la frente. Le diría que la extraño todos los días un poco, pero más cuando encuentro granadas en la verdulería de mi barrio, o cuando uso el repasador de servilleta. Nos despediríamos, con una curda - así decía ella - envueltas en un abrazo que no sé describir, ese que siempre falta.

# **Una pluma de fénix que de las cenizas resurge**

Agostina Gieco

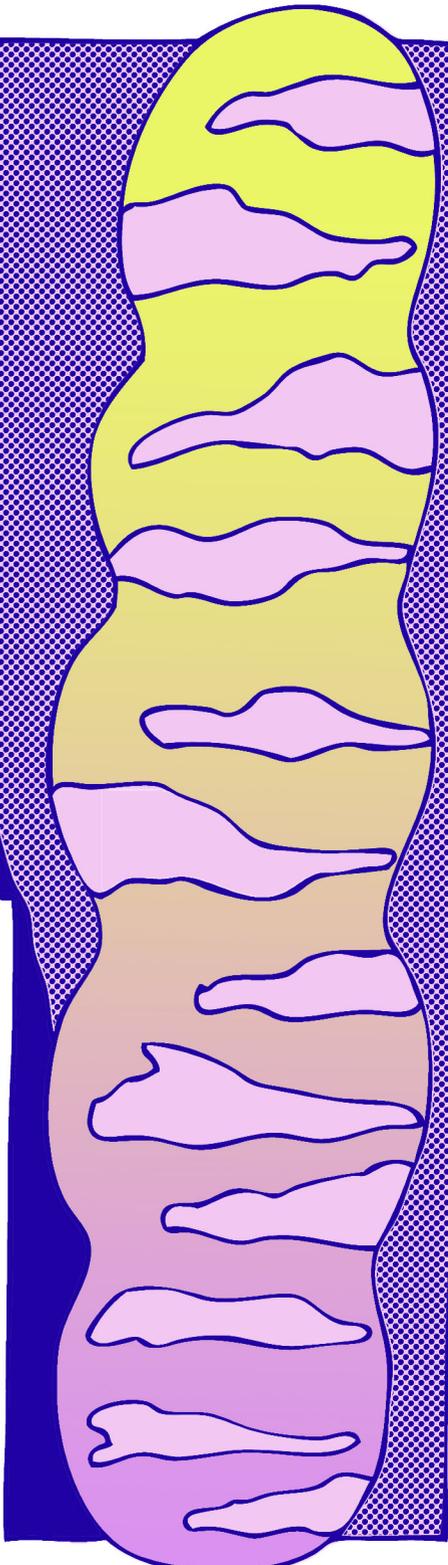
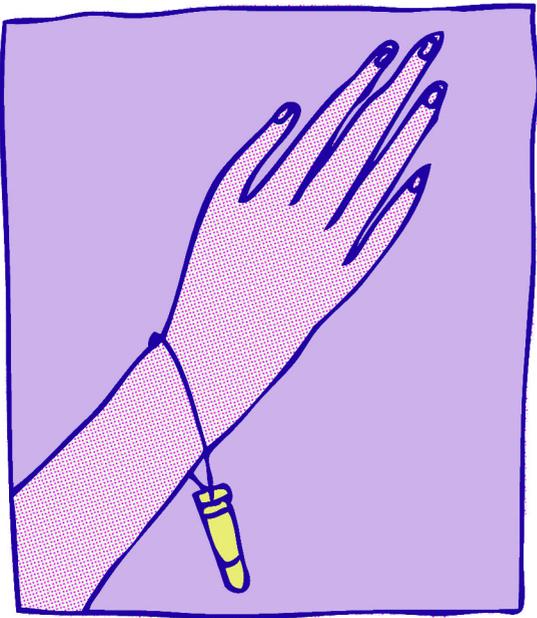
## AGOSTINA GIECO

Nació en San Fernando en el año 1998 y está por recibirse de Licenciada en Ciencias de la Comunicación en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Además, trabaja como Coordinadora de Operaciones para Non Stop S.A. Como hobby, escribe notas sobre películas, series o documentales que son publicadas en la web de la Agencia Paco Urondo. Por otro lado, participa desde principios del 2021 en la Agencia de Noticias de Ciencias de la Comunicación (ANCCOM) en una práctica pre-profesional en el sector de redes y contenidos digitales dentro del equipo audiovisual.

## CECILIE BLU

Ilustradorx

Ilustradorx, grabadorx y tatuadorx de la ciudad de La Plata. Estudió formalmente la Licenciatura en Artes en la Universidad Nacional de La Plata, pero encontró su identidad artística viajando y trabajando en colectivo con otrxs.



# Una pluma de fénix que de las cenizas resurge

## Una introducción cortita y al pie

“Somos las que sufrimos, las rebeldes a nuestra condición estúpida de muñecas de bazar”, postulaba Salvadora Medina Onrubia en su magistral obra *Las descentradas*, allá por 1929. Nacida en de La Plata, la escritora, poeta y anarquista feminista fue una luchadora con todas las letras. Sin embargo, como sucede en reiteradas ocasiones si de mujeres se trata, bajo un invisible manto quedó opacada su militancia gracias a -o por culpa de- el protagonismo de su marido, Natalio Botana, fundador del diario *Crítica* y uno de los hombres más acaudalados del país en aquel momento. Ya fallecido, ella comenzó a hacerse cargo del negocio, convirtiéndose así en la primera argentina comandando un periódico. ¡Qué ardua tarea le esperaba! De todas maneras, décadas previas a ésto, Salvadora había ido cosechando una vida de activismo político cuyo rumbo la guiaría hasta el final de sus días.

## **La cárcel del fin del mundo: el panóptico foucaultiano en su máxima expresión**

Fiel a sus convicciones, luchó por la liberación de Simón Radowitzky, el joven ucraniano apresado en el penal de Ushuaia; conocida también como “la cárcel del fin del mundo” y bautizada “la Siberia argentina”, en relación a sus álgidas temperaturas. Allí se desterraba a los presos a morir, ya que las posibilidades de salir con vida eran casi inexistentes debido al frío y a los tratos inhumanos recibidos. Fue en ese mortuario espacio foucaultiano, cual panóptico de vigilancia y control social, que estuvo encerrado Simón luego de asesinar al Coronel Ramón Falcón, Jefe de la Policía de la capital y principal responsable de los trágicos hechos sucedidos en la popularmente llamada “Patagonia Rebelde”. Radowitzky, vengador de los inocentes, a fin de cuentas, un héroe popular que tomó justicia por mano propia. Salvadora, una de las primeras mujeres argentinas en dar un discurso político multitudinario, a través de su perseverancia e insistencia logró que el mismísimo Hipólito Yrigoyen le concediera al anarquista el indulto presidencial. Floja carta de presentación tendría hoy la poeta. Qué mujer.

## **Su faceta de escritora: la pluma que mucho acarrea**

Fue pionera en la literatura argentina al escribir cuentos acerca de lesbianas (*El Quinto*) y abortos (*El vaso intacto*), en un contexto en el que socialmente estos temas eran tabúes, sacrilegio y más si se comentaban públicamente. ¡Qué oprobio que una dama de la alta sociedad se atreviera a hablar de mujeres desviadas que se enamoran de otras! ¡Cómo

el marido no la controlaba, no le decía nada! El deseo sexual se relataba de forma explícita en su cuento *El Quinto*, cuando afirma “*más tarde en mi cama demasiado ancha, demasiado baja, dormiremos abrazadas como dos inocentes*”. Dos razones convertían esta expresión en novedosa. En un extremo, se trataba de una mujer escribiendo acerca del deseo, abiertamente y sin tapujos. En el otro, era ella hablándole a una persona de su mismo sexo biológico, a una par. No a su marido, no a otro hombre. Fresca, libre, sin la culpa de anhelar calor humano provisto por, repetimos, otra mujer.

### **Una rebelde en tacos: militancia y poder al sostén de unos zapatos**

Su posición económica al casarse con Natalio Botana le permitiría hacer prácticamente lo que desease, en relación a la posibilidad de acceder a diversos elementos que la gente corriente no poseía. En internet, paradójico sistema que irrumpió para cambiar la forma de relacionarnos, de aprender y de vivir en este mundo hoy hiper tecnologizado, dicen las malas lenguas que se la podía observar arribando a un motín en un Rolls Royce, así como armando bombas molotov en vestido y tacos, elegantes y sofisticados. Parte de su contradicción se podría alegar, aunque poco importaría qué llevase puesto cuando participaba como oradora durante la Semana Trágica, en contra de la represión que derivó en 700 obrerxs huelguistas fallecidxs y 4000 heridxs. ¿Cuánto repercutiría su vestimenta realmente en la historia, nos preguntamos, si el hecho era que luchaba por las injusticias sociales? A decir ver-

dad, sí cambiaba en algo. Mientras otras mujeres que vestían las mismas faldas de seda y usaban los mismos tacones de punta estaban tomando té en sus mansiones, criticando a “la esposa de” y planeando fiestas con invitadxs que ni siquiera conocían, ella ensuciaba el pliegue de su camisa alegando por los Derechos Humanos, defendiendo a quienes más lo necesitaban, a “la plebe” dirían aquellas otras.

### **Madre hay una sola: el padecimiento de muchas**

En 1911, a la corta edad de 17 años, quedó embarazada. Abandonó Gualguay, donde se encontraba viviendo en aquel momento, para ir a Paraná con el padre de la criatura aún sin nacer. ¡Cuál habrá sido su sorpresa cuando éste le comunicó que no podía hacerse cargo -hoy leemos entre líneas que en realidad no quería- ya que estaba casado! De esta manera, cargando con la angustia y la decepción de un desamor, además del peso de una panza por parir, fue que se convirtió en madre soltera, a pesar de lo mal visto que estaba en aquella época materner sin un esposo a su lado que hiciese de sostén del hogar. Allí, sola, desamparada, en un mundo comandado por y para los hombres. En donde mal miradas eran las pobres mujeres que por su cuenta hacían lo que pudiesen por alimentar a sus niñxs, mientras que ellos, cobardes que no asumían la responsabilidad de sus actos, proseguían con sus vidas.

### **“General Urriburu, guárdese sus magnanimidades”**

Encarcelada por el presidente de facto José Felix Urriburu, junto a su marido y a otros 30 empleados del diario Crítica, con

motivo de las publicaciones periodísticas en contra de la persecución ideológica al anarquismo y las injusticias del régimen antidemocrático, se convirtió en la primera mujer en ser presa política en nuestro país. ¡Cuántas “la primera mujer” fue! De atrevido carácter, le envió una carta al General, a sabiendas de lo que implicaba desafiar el poder de un militar a cargo del monopolio de la violencia en un tenso clima de inestabilidad social y política. Entre esas líneas cuidadosamente seleccionadas, se encontraba el texto citado a continuación: *“General Uriburu, guárdese sus magnanimidades junto a sus iras y sienta como, desde este rincón de miseria, le cruzo la cara con todo mi desprecio (...) En este innoble rincón donde su fantasía conspiradora me ha encerrado, me siento más grande y más fuerte que Ud., que desde la silla donde los grandes hombres gestaron la Nación, dedica sus heroicas energías de militar argentino a asolar hogares respetables y a denigrar e infamar una mujer ante los ojos de sus hijos ... y eso que tengo la vaga sospecha de que Ud. debió salir de algún hogar y debió también tener una madre”*. El coraje de Salvadora era envidiable.

### **Una bala en su muñeca**

17 de octubre de 1945, una fecha aclamada por gran parte de la población y repudiada por otra. En pleno clima de agitación política, en donde miles de personas se agruparon para pedir por la liberación de Juan Domingo Perón, el diario *Crítica* ya era conocido por ser opositor al general y su movimiento. Cuatro días antes había publicado *“Perón ya no constituye un peligro para el país”*. Aquel miércoles, además, tituló *“Grupos aislados que no representan al auténtico proletariado argentino*

*tratan de intimidar a la población*". Éstas fueron razones suficientes, al parecer, para encender la llama de un conflicto que, aunque no se sepa a ciencia cierta qué bando comenzó, se caracterizó por arrojar bombas, gatillar armas y demás violentas acciones entre lxs manifestantes y el personal del medio de comunicación. Durante pleno acto, se disparó al despacho de Salvadora, directora del periódico en aquel momento. De milagro, la escritora no estaba allí, pero al arribar al día siguiente observó los resabios del posible asesinato que finalmente no ocurrió. En la pared se encontraba el plomo de una munición incrustado tan sólo diez centímetros por encima de su sillón. Ella, con la liviandad e ironía que guiaba su vida, la extrajo con un abrecartas y la envió a engarzar en una pulsera por intermedio de un joyero. De esa manera, llevó consigo la marca de una victoria más que simbólica, cual trofeo de guerra.

### **Mujeres argentinas: el sector invisibilizado de nuestras raíces como Estado**

En la historia de nuestro país, así como en la historia de la humanidad en sí misma, hubo muchísimas mujeres, cientos de ellas, que participaron activamente en la construcción de la sociedad. Por supuesto, debido a que fueron hombres quienes se encontraban detentando el poder político y público, éstas fueron invisibilizadas y reducidas a la nada misma. Hace muy poco tiempo, considerando la cantidad de años que llevamos el nombre de "Estado argentino", comenzamos a tener en cuenta a pioneras de diversos ámbitos como Julieta Lanteri, Cecilia Grierson, Alicia Moreau,

Rosario Peñaloza, entre otras; para dar notoriedad a su activismo político y en pos de una sociedad más justa e igualitaria. No basta, sin embargo, con incorporar sus nombres en las calles de Puerto Madero para que turistas transiten frecuentemente por allí y piensen “qué bien Argentina, recordando a sus mujeres de esta manera”. No, no es suficiente que sus acciones se vean reducidas de esa forma, aunque agradecemos que allí estén nombradas. Tiene que ser, en cambio, a través de la educación que se les haga honor. Todos los programas escolares que cada año el Ministerio envía a las instituciones de enseñanza, deberían contar con capítulos enteros dedicados a aquellas que batallaron en los frentes codo a codo con los hombres, empuñando sables para defender su patria, como María Remedios del Valle y Juana Azurduy, y su participación clave en las luchas por la independencia; a quienes cocinaron, lavaron y remendaron trajes hasta el cansancio durante las guerras, cuyas identidades son difíciles de rastrear al día de hoy; a las enfermeras que se encargaron de atender a los heridos, como Ana Masitto y Alicia Reynoso en la injusta Guerra de Malvinas; a aquellas que prestaron servicios de espionaje y logística para las batallas, como María Loreto Sánchez y Juana Moro. Pero también a quienes alzaron su voz por lxs desprotegidxs y olvidadxs por parte de la sociedad, como Ramona Medina y Lilian Andrade de la Villa 31; a las que se atrevieron a desafiar al poder cuando consideraban que había una injusticia cometida contra los Derechos Humanos, como las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo; a las pioneras de ciertas disciplinas, que descubrieron o inventaron algo

sin ser reconocidas por ello, como Elisa Bachofen, quien se convirtió en 1918 en la primera ingeniera civil no sólo de Argentina sino de Latinoamérica y que realizó diversos aportes para la agricultura. No olvidemos a aquellas que visibilizaron la discriminación laboral, social y económica que sufren las identidades trans y travestis, como Lohana Berkins y Diana Sacayán; a las que sentaron postura frente a los políticos para pedir por el voto femenino, como Julieta Lanteri y Elvira Rawson. A las Salvadoras y Alfonsinas, que a través de la escritura hicieron públicas temáticas condenadas a la intimidad y a cuántas más sin nombrar.

### **Descentradas: una obra feminista**

Cada vez que se estudia acerca de las reivindicaciones que hicieron las feministas de la historia, hay que dejar en claro el contexto social, cultural, político, económico e histórico en el que se desarrollaron. Hablar hoy sobre desigualdad entre hombres y mujeres ya no es novedoso. Abogar por la maternidad libre y no como imposición tampoco lo es. Cuestionar el rol de la mujer abocada a las tareas del hogar es un discurso muy oído. Sin embargo, a principios del siglo pasado, la construcción sobre las subjetividades de la época había calado tan hondo que quienes se atrevieran a pensar diferente sufrirían, como mínima pena social, lo que hoy en día se llama “cancelación”, en la que se desoye a determinada persona o agrupación mostrando descontento por sus dichos o acciones. En *Las Descentradas*, Salvadora narra relatos de mujeres que se oponen a los mandatos de

familia tradicional; a ser catalogadas como “la mujer de” en relación a su esposo; que aspiran a que sus vidas no giren en torno a los quehaceres domésticos ni a una maternidad impuesta. Descentradas somos muchas de las jóvenes de hoy en día, que cada vez cuestionamos más lo culturalmente aceptado como dado, lo naturalizado en relación a nuestro género, lo impuesto por una visión biologicista de la división binaria entre los sexos. Cabe destacar que su fascinante obra logró convertirla en la primera escritora sudamericana en estrenar una novela en el teatro, en el año 1929.

### **Si viviera**

¡Qué distinto sería el mundo del periodismo escrito si Salvadora Medina estuviera viva en esta Argentina repleta de publicaciones tan conservadoras como retrógradas! Posiblemente dirigiría un diario *Crítica* feminista, transgresor, que se anime a decir lo no dicho, a expresar aquello que se mantiene en el silencio de una conversación entre amigas. Daría lugar a nuevas voces, voces que sean representantes de las diversidades, voces marginadas y dejadas en el olvido. Se llevaría bien, seguramente, con Mariana Carbajal.

### **Previo al cierre**

En definitiva, una fracción de todo lo aquí presentado fue Salvadora Medina Onrubia. Mujer imposible de encasillar, cuya valentía y coraje se impusieron sin doblegarse ni estando tras las rejas, falleció empobrecida, olvidada y con el peso del suicidio de uno de sus hijos, del primero, “Pitón”,

como lo llamaban. El matrimonio nunca se recuperó del fatídico suceso y Salvadora no volvió a ser la misma. Recordarla, sin embargo, como la mujer que alguna vez fue, es nuestra misión y la razón por la que fue la elegida para este escrito.

### **Salvadora con S de...**

Salvadora, solemne soñadora. Sonríe sola sin subestimar su soledad, salpicando señales sorprendidas sino sagaces. Sutilmente sonrojada si se las señoritas saludaban. Sostuvo saberes sororos sin sospechar sobre su seguridad, su sinérgica sombra soleada. Sabiendo sus sentimientos, siguiendo sus sentidos, sufragista sustituta salió. Sabía soldado sin ser simple sumisa, siempre solidaria, simpática. Sin sexismo sólo su sonrisa se sostendría. Sencilla, suspiró sabiduría, sembró semillas simbólicas, sanadoras. Señora Salvadora, siempre soñada serás.

# **La debat ¿o la Debat?**

Marcela Noemí Lozano

## MARCELA NOEMÍ LOZANO

Nació en Trenque Lauquen y es bailarina desde los seis años, danza folklore y tango. Es Psicóloga y psicoanalista desde 1990; durante su adolescencia fue escritora de relatos y poesía; más tarde incursionó en escritos psicoanalíticos, editados en la revista psicoanalítica “Pasos” de la Fundación Estilos, entre 1993 y 1994. Fundadora y directora de “Surcos, espacio de pensamiento”, institución que dicta seminarios de literatura y psicoanálisis, fundada en el año 2020.

## VICTORIA GONZÁLEZ

Ilustradora

Nació en 1985 en Salto, provincia de Buenos Aires. A sus 7 años se mudó a CABA con su familia, desde entonces nunca supo adónde pertenecía. Estudió fotografía en Avellaneda, Artes Visuales en la UNA y Diseño Gráfico en el ISEC. Eterna viajera y estudianta, sus dibujos hablan de lo que ella no puede. Hace 3 años es mamá soltera, junto a su hijx construyen a diario un mundo que les pertenece y diaria también es su lucha por encontrar tiempo para dibujar.



# La debat... o ¿la Debat?

## Introducción

Este relato pretende ser una narrativa sublime acerca de lo atravesado desde una, ESA VIDA; y también desde una construcción social que es un mojón en mi ciudad, Trenque Lauquen, donde la historia marca con la característica de “fría” a la sociedad, según el arte teatral, ya que casi nunca se alza en elogiar, aplaudir, bailar acaloradamente frente a espectáculos maravillosos. Siempre fue una ciudad conservadora y ante manifestaciones del arte que invitan a disfrutar y dar lugar a la fantasía, la población siempre se mostró reticente.

Desde lo vivido, leyendo *El Proceso* de Frank Kafka, vivir lo representado en la obra teatral *Macbeth*, la obra *Drácula* de Cibrián, releer *La vía de formación de síntomas* del queridísimo Freud, lo vivido leyendo *Historia de la locura en la época clásica* de Faucault, escuchar y leer *La Cigarra* de M. Elena Walsh, los tres momentos de un análisis de J. Miller, desde el recuerdo de lo que se suponía era una señorita en la edad adolescente

en la sociedad de Trenque Lauquen en los años 80, de los relatos, algunos de *No-Cosas* de Byung-Chul Han, y puedo seguir por el derrotero de palabras en acto leídas, escuchadas, relatadas, trabajadas. En fin, desde este pequeño acervo, considero que es necesario que este relato pueda sea leído, relatado. Casi cantado por una orquesta que puede ser la de Trenque Lauquen, que lo haría excelentemente. Relato de existencia, claro, de La Debat, esa extravagante que se atrevió a hacer un contrapunto respecto del género, sin saber que estaba provocando una revolución acerca de la aceptación del género de los ciudadanos de esta sublime ciudad.

*Desde el concepto de ciudadanía somos considerad@s honorables, indigentes, artistas, profesionales, clase media, clase alta y unas cuántas categorías más de ciudadanos. Después, en cada sociedad estamos los ciudadanos sexuales y las preferencias, las adicciones, las perversiones, las posiciones, creo que dentro de lo que incluye la vida sexual de cada uno, pareciera que la persona (ciudadana, política, económica) queda aparte; como si el ser sexual fuera de otra especie, continúa aún ese velo de tabú, suave, pero insiste “de eso no se habla”.*

Sin embargo, una suerte que nos trajo la virtualidad es ver todo el tiempo a personas en su vida social, política, ética, deportiva, cultural y sexual; hoy sin prurito, o sea sin señalamiento moral, porque éste ya no tiene casi asidero en las generaciones nuevas, ¡por fin! La sexualidad nunca más será solo predominio de la reproducción o lo pornográfico.

Es un orgullo poder tratar de relatar algo de la vida de “La Debat”, ojalá este a la altura de este ilustre, su derrotero y logro de una vida con E.

## Coronade de gloria

La histórica escuela número 2 “José de San Martín” celebra los 130 años en 2016 con un gran festejo. Conmemoración que requirió de muchos exalumnos para lograrlo. Para la parte cultural escénica fueron convocados Carlos Debat y Marcela Lozano; ex alumnos de distintas etapas de la institución. Carlos Debat como transformista y Marcela como bailarina. Generalmente, cuando trabajaban juntas organizaban el espectáculo sincronizando el show transformista con la danza. Así fue esa vez. La Debat apareció brillantemente producida, ganadora del público que antaño lo señaló, casi de enfermo, durante casi todo su trayecto de educación primaria.

El Carly, así lo llamamos siempre los cercanos, generalmente inicia su show desde el humor, generando un clima de bienvenida para el público, usando la ironía acerca del trabajo que da la producción de un transformista, a veces finamente; otras no tanto. Hace una introducción de lo que se vendrá en el espectáculo. Esta vez, se presentó con la misma impronta, desde el humor, pero fue apelando a la historia de él en la escuela, y a los docentes y alumnos presentes. Lo hizo de una manera existencial, rozando casi todas las preguntas fundamentales que nos interpelan como humanos. Saludó a una docente, *¡estás viva! ¿En serio?* Y mirándola evocaba recuerdos del aula donde la docente lo señalaba como el distinto. *¡Mirá lo que hiciste con tu alumno! ¡No pudiste enderezar a todos!* Y comparaba a otro exalumno, destacado deportista nacional e internacional. *Como él, ¡él*

*te salió normal!* Comentarios desde un lugar de humor donde pudo decir lo que antes padeció, casi disculpando a las señoras mayores. Y así fue toda su presentación, entre sus dichos y temas musicales especialmente elegidos. Entre medio bailamos tango con Gonzalo.

Carly termina la presentación con un tema: “A mí manera” canción francesa de 1967, de Claude Francois y Jacques Revaux, adaptada por Paul Anka al inglés, para que la realice Frank Sinatra. Luego fue traducida al español para María Marta Serra Lima.

El Carly logra una versión única, inesperada, de una letra sublime y se puede escuchar y ver una letra universal, sentida desde el alma de todo ser con todos los matices de su sexualidad:

*“Y, ahora que cesan las lágrimas, encuentro todo tan divertido”.*

*“Pensar que yo hice todo eso y, permítanme decirlo, sin timidez”*

*“Oh no, oh no, yo no, yo lo hice a mí manera”.*

Mientras la música sucede, Carly va desmaquillándose y quitando los atuendos femeninos que le permitieron el espectáculo desde su SER. Desmaquillado al final del tema, da gracias a la vida por ser quién es, de una manera sublime desde la danza.

La Debat logra que la existencia nos vuelva a interpe- lar por nuestro ser cada vez y lo hace desde ese lugar de casi fábula sexual, desde el misterio de la sexualidad y la muerte del que tramamos y rumiamos respuestas sin fin.

## ¿Nadie te dijo que tenes que ser normal?

*Era invierno, un martes congelado y gris, el viento frío me acompañaba con furia. Ese día no tenía la panza calentita siendo las 7,45 de la mañana; a veces mi mamá no llegaba a calentarnos la leche, entonces con Clari agarrábamos un pedazo de pan y caminábamos con ese desayuno. No era que en mi casa faltaba la leche calentita. Era... No sé, era así mi mamá. Había que marchar a su manera. ¡Y mi trabajo de lenguaje estaba muy bien, me gustaba mucho esa materia! ¡Mañana fría y feliz! Mis compañeros no sé si se daban cuenta de que a mí me pasaba otra cosa distinta a ellos ¡seguro que sí! Ellos nunca cuestionaron, preguntaron, señalaron. Siempre compañeros, increíblemente, pensando es esa época; ¡qué bueno que fue así!*

*Al mediodía, al salir, el día seguía tan gris como a la mañana, me vuelvo solo a mi casa cruzando la plaza de la cooperativa eléctrica, como siempre. La cruzaba libremente como todos los días, cuando un grupo de pendejos me frena y me caga a trompadas; tenía 8, 9 años, me rompieron la nariz. Llegué a mi casa con la nariz sangrando. Mi mamá me pregunta: ¿qué te pasó? ¿Qué hiciste? Y ¿qué le explicas? ¿Qué hiciste? Nada, fue por ser puto.*

*Por eso me miraban, me seguían, me corrían y me pegaban. Mi mamá solo me decía, pero insistentemente, Carlitos pórtate bien ¡haceme el favor, que no me llamen del colegio! Me sentía diferente pero eso no me bajoneaba, yo la pasaba bien, pero el entorno se sentía raro y, entonces, en esos años me cuestionaba ¿por qué me tocó esto a mí? Y sentía que era en el universo el único tan troló.*

*Mi mamá no fue cruel, o no tanto, ella no cuestionaba mis maneras, ella casi no cuestionaba nada. Mi papá, claro, en esa época casi no estaba. No solo por trabajo sino porque los hombres de la familia casi ni participaban de la crianza y la educación; y mu-*

*cho menos de los momentos de recreación. Yo lo quería mucho a mi papá. Más o menos así transcurrió mi infancia y hasta los 12, siempre trolo. Amanerado y, a la vez, guerrero y contento. No sé por qué.*

### **¿Nadie te dijo que tenías que ser normal? Parte II**

*Como buen trolo, ningún deporte me apasionaba y juro que los miraba, porque alguno me tenía que llamar la atención, pero no, nada de nada; solo sé que me encontraba observando movimientos de los cuerpos y preguntándome cómo era que se lograban. El que me acercaba todo el tiempo a la danza era mi viejo. Mi papá era el que cuando aparecía en la tele la película Flash Dance me decía “hijo vení, ¡vení a mirar a la chica que salta!” Él me hizo conocer la diferencia entre los fronterizos y los chalchaleros, me hacía escuchar la misa criolla, trajo a casa el cassette de la Pantoja. Mi viejo sigue estando, por haber sido camionero transitó por rutas que yo ahora conozco cuando viajo, veo camiones en las estaciones de servicios y lo pienso cada vez. Mi primer acercamiento al arte fue desde el teatro. Mi viejo llevaba la escenografía de la obra La Última Sangre, obra de teatro que escribió Luis Cabrera, actor y director de teatro de Trenque Lauquen, ganador de un premio del Fondo Nacional de las Artes. Cuando se presenta en el teatro Español de Trenque Lauquen, mi viejo le dice a mi mamá que me lleve, que me va a encantar. Mi vieja me lleva. Quedo impactado con la obra. Empiezo a tomar clases de teatro con Pancho Rossi, después de ver semejante espectáculo, a los 14 años.*

### **El camuflaje existencial de la danza**

El camino en el arte teatral para Carly lo catapultó a una existencia otra, muy otra. Rápidamente y de la mano de

compañeras de teatro, Carly fue llevado a querer incursionar en la danza, así que se metió en el ballet de folklore de barrio alegre. Allí Alba y Pablo, ex bailarines del Ballet Nacional de Folklore, percibieron los talentos de Carly y le dieron lugar en los cuadros argumentales. Como un rasgo *carlyístico*, el enamorarse apasionadamente de las danzas hizo que siempre hubiera también una pareja vincular para el Carly. Entonces, en el Ballet de Barrio el Carly acompañó el protagonismo en los cuadros argumentales con “novia”, siempre parejas de baile. Clásicas ellas, bellas, esbeltas. Figuras danzantes que lo enamoraban, por danzantes, por mujeres, porque seguían sumando a todo lo que su cuerpo y su ser hilaban existencialmente. Por supuesto que era el mejor bailarín, lo lograba brillantemente cada vez.

Al Carly le intrigaba otro ballet que funcionaba en Trenque Lauquen, era el de apogeo en esa época, ocho parejas de baile con un folklore más apasionado que técnico y, además, el primero en la ciudad que realizaba coreografías de tango: el ballet La Flor del Ceibo. Supongo que algo del esplendor de ese grupo fue lo que conquistó a Carly.

Cambió de sitio, pasó a formar parte de La Flor del Ceibo; fueron unos pocos años turbulentos. Siguiendo la misma lógica pasional, el Carly “se pone de novio” con la primera bailarina del ballet, la Rita. Tanto que fueron a participar de un pre-Cosquín de tango, con coreografía de la mano de el Edu.

La academia familiar tomó al Carly casi como un hijo, entonces a él se lo acompañaba en todo, como si fuera el hermano menor. Bailaba mejor que Jorge Don, pero como adoles-

cente había que cuidarlo. Sí, sí, el Carly se metía apasionadamente en algunos lugares oscuros para el entendimiento del resto de nosotros, los bailarines mas grandes y “recatados”. Recuerdo una semana en que Carly se había trezado con un chico que no era de trenque Lauquen, ese dato nos alcanzaba para suponerlo dudoso. Y pasaba que el Carly no aparecía en los ensayos o llegaba tarde. Lo notábamos muy disperso. Como equipo familiar hicimos averiguaciones propias del caso y supimos que el personaje que lo tenía atrapado pasionalmente atravesaba H.I.V. Saber eso, en esta ciudad del interior donde aún todo lo distinto es raro, peligroso y amenazante, alarmó al grupo del ballet. Entonces entre algunos miembros, los más “familiares”, hacíamos turnos de guardia, de estar en guardia para cuidarlo. Recuerdo que poníamos un despertador que sonaba a determinada hora, hasta en los ensayos para que, al que le tocara el turno, fuera a verlo y verificar que estaba bien. Había cobrado una magnitud asombrosa la mezcla del quererlo mucho con el miedo a que se contagiara o se deprimiera, tanto que lograba novelas fabulosas entre nosotros. El Carly no solo no aparecía en los ensayos como lo hacía antes, sino que nos esquivaba, no se encontraba en los eventos semanales del grupo. Eso nos parecía un peligro, por si se contagiaba casi de una “peste mortal”, como por si estuviera melancólico o porque no estaba bailando como siempre. Nos volvía trágicos con el cuidado y el acompañamiento hacia él. Se trataba del año 1996, la sociedad que nos atravesaba aún estaba entre el imperativo categórico de “ser normal desde el sentido común” y la consiguiente creencia de que lo que se separaba de ese sentido

común era algo malo, entonces se volvían sinónimos el hecho de ser gay con el de padecer una enfermedad de transmisión sexual. No recuerdo mucho más de esa novela, lo novelado fue y es siempre su acontecer a partir de la danza.

El Carly se fue a estudiar técnica clásica con Inés a Santa Rosa, La Pampa por varios años y desde allí volvió al ballet de Barrio Alegre. Ese lugar tuvo a los primeros profesores profesionales con los que Carly se contactó para siempre: Alba y Pablo, aprendices de Norma Viola y el Chúcaro. Después de su estadía técnica con Inés, Carly estaba más preparado para danzas más exigidas, así es que Alba y Pablo lo convocan para el proyecto “Divino Tango”. Espectáculo trabajado y puesto en escena en La Pampa.

Carly siempre se relacionó social y afectivamente con distintos miembros de todos los espacios de arte donde tuvo un lugar. Siempre se fue acomodando como hermano, hijo, amigo; de tío no porque nunca le gustó compartir los amores. Siempre exclusivo entre dos, del arte.

En el año 1996 quería interpretar el tango “Adiós nonino” de Astor Piazzola. Carly siempre fue estudioso tanto de la música para danzar como de los argumentos, intérpretes y músicos que la hicieron posible. Adios Nonino surge como posibilidad desde las herramientas clásicas obtenidas por Carly y desde su pasión por la música.

“El farol para la escenografía requerida me lo armó el papá con un caño que fue a buscar a la casa de un amigo, con una base que buscó de un disco que tenía, después le agregó cemento para que tuviera mas peso y le puso un farol que no sé de dónde lo sacamos.”

Recuerdo la presentación en una noche de Gala de Surcos, Espacio para el pensamiento, lugar de esencia psicoanalítico. El Carly allí interpretaba la letra de esa obra. Era aún adolescente y era una maravilla verlo bailar. Surcos recién se iniciaba como institución, Carly era adolescente y les aseguro que esa vez logró hacer pensar a todos los espectadores sobre su existencia, mucho más que Freud.

### **La irrealidad de lo binario**

Además de los apasionados amores turbulentos acompañados por algunos del ballet de La Flor del Ceibo, hubo un acontecimiento relevante para su vida al que, por suerte, también pudimos acompañarlo. Carly se enteró de que había dos hijas de padre y madre que habían sido cedidas a familias de Trenque Lauquen por los padres y que él y su hermana Clara fueron los únicos dos reconocidos. Dos de los amig@s de La Flor del Ceibo acompañamos a Carly al Oeste City, confitería tradicional en aquellos años, al encuentro de Carly con su hermana Marisa. ¡Encuentro fuertísimo!

Los siguientes años Carly continuó con su lógica, habitar lugares de danza folklórica y clásica, seguir logrando parejas - partener de las que se enamora: esta vez es una bailarina clásica con la que arman coreografías que presentan en distintos eventos.

La excelencia como bailarín es acompañada por su forma de ser, quizás puede leerse como un rasgo psicopático, como una defensa esquizoide; tantos nombres nos brinda el Manual de Diagnóstico de Padecimientos Psíquicos, al

tratar de designar trastornos y/o perturbaciones a los rasgos de carácter que pertenecen a lo humano. Carly después de Flash Dance y de La última Sangre fue y es más artista que humano quizás. Su género en algunos momentos le urgía más que lo artístico y esta cuestión fue resuelta también desde lo artístico.

En Trenque Lauquen también transcurre un mundo sexual alternativo, desde siempre. Mundo que como todos los mundos contiene clases sociales - sexuales, clases sexuales - económicas, clases sexuales - no binarias. Carly danzaba y su deseo sexual le demandaba acciones, así es como se sintió impulsado a ir a ese submundo sexual que habilita toda tendencia. Mundo que habilita la posibilidad de negociar el supuesto de que la sexualidad por quien la consume debe permanecer oculta para resguardar la normalidad de la vida social.

Carly queda engrampado en una de esas “negociaciones” y esta situación la conocen los que en ese momento eran suegros de Carly. Puesta en escena en la que, a pesar del lamento por los perjuicios ocasionados a la novia y a su familia, fue el disparador para que Carly tomara una posición respecto de su género. Puesta en escena para él mismo. Parece que hasta ese momento Carly se debatía entre los parámetros binarios encarnizados por siglos en las generaciones, intentó parecer “normal” y por suerte no lo logró.

Después de estos sucesos, Carly se fue a Buenos Aires y, de alguna manera, fue haciéndose cargo de la identidad que lo atravesaba.

## Lápida o marquesina

Carly cuenta que tenía seis años y que semanalmente iban al cementerio, realizaban el recorrido de los muertos que tenían que visitar, honrar.

Había un primo del papá de Carly, cuyo padre era padrino del papá de Carly, el “tío Coco”. Su hijo había muerto alrededor de los 19 o 20 años en un accidente con el camión.

En las recorridas al cementerio siempre había que pasar por esa tumba que tenía una lápida que decía: “Carlos Alberto Debat” al que le decían Tatuna.

A pesar de la corta edad de Carly, siempre dijo que ver ese nombre, el suyo, le sonaba a marquesina, a que era un nombre para brillar. En aquel momento, ir al cementerio implicaba una recorrida por tod@s los familiares fallecid@s, para los niñ@s un paseo que debía hacerse en silencio.

Más adelante, evocando esos paseos, pudo resignificar el legado que el padre transmitiera al nombrarlo como a Tatuna. Que portara él su nombre tenía que ver con el deseo de que Carly llevara a cabo la vida que aquel no pudo, “la normal”. Claramente, el recuerdo de ver ese nombre, el suyo, en una lápida y sin saber lo llevó a ir construyendo su identidad personal y artística.

Tal vez lo pertinente respecto del género es tratarlo y pensarlo sin el criterio del sentido común y sin anteponer en las opiniones y comentarios el peso que tiene la significancia de la palabra obvio. Porque en la sexualidad y la identidad de género no hay nada dado, nada natural, hay un discurso dado desde lo familiar que contiene ilusiones, fantasías y

frustraciones inconscientes de quienes crían a los niñ@s a la espera de que ellos completen las insatisfacciones.

Carly devino un artista brillante, como quedará fijado en su recuerdo, el recorrido que hizo la actriz de Flash Dance, que su papá quiso que viera, bailarina de la que tomó herramientas, tanto desde lo académico como desde lo urbano y a eso le agregó dedicación completa. Así Carly fue construyendo sus personajes transformistas. En Mar del Plata hizo temporada de verano desde el año 2006 hasta el 2010; en San Bernardo desde el año 2012 hasta el 2014; en febrero de 2016 debutó en Londres en el Peacock Theatre con el espectáculo de Inmortal Tango, compañía dirigida por German Cornejo; en Carlos Paz, Córdoba, temporada de verano 2017, nominado a los premios Carlos como figura destacada en Variette. En mayo de 2017 viajó a Egipto a la península del Sinaí como coreógrafo y transformista para realizar shows en diferentes escenarios de la ciudad turística. En 2018 y 2019, Carlos Paz volvió a tenerlo como integrante de su temporada teatral de verano y en diciembre de 2019 viajó nuevamente a las milenarias tierras egipcias para desplegar el arte de la transformación y la danza.

La excelencia lograda en cada presentación forjó una seguridad tal en su ser que pudo comenzar a volver a Trenque Lauquen y ¡sí! Ser profeta en su tierra, contrariando el dicho popular. No tuvo que pedir permiso para avisar su homosexualidad ni para dar explicaciones de lo que se trata el transformismo. Carly aparece y todo Trenque Lauquen lo ovaciona.

Tanto en las lápidas como en las marquesinas se lee el nombre para quien se realizan las mismas.

Carly no se murió a los 19 o 20 años, tampoco pudo realizar esa vida de “normal” para completar la de su homónimo. Sí puede nacer y morir casi todos los días que trabaja, empezar un show es, meterse en una ficción, llevarla a cabo como una vida, otra. Y al finalizar, ese personaje que fue muere hasta la próxima función.

# **Eugenia**

María Eva Basterra Seoane

## MARÍA EVA BASTERRA SEOANE

Nació el 30 de mayo de 1979 en la ciudad de La Plata. Estudió Letras, Periodismo y Música Popular, si bien no finalizó ninguna de las carreras, aplica en cada instancia de su vida lo aprehendido. Es música y militante, actualmente sindical, pero pasó por la agrupación HIJOS anteriormente. Desde los 19 años es empleada estatal y esa ocupación le permite sostenerse económicamente. Es mamá de Juliana de 20 años, Manuela de 9 y Vera de 5; está en pareja hace 14 años. Integra hace 18 años una murga de estilo uruguayo conformada por mujeres y lesbianas. Además, canta folklore, samba brasileño y boleros, entre otras.

## ANA CLARA OVEJERO

Ilustradora | @esi\_lasparedes

Nació el 17 de febrero de 1994 en la ciudad de Lobos, provincia de Buenos Aires. Estudió Profesorado y Licenciatura en Artes Visuales en la Facultad de Artes de la Universidad de La Plata. Se define como “una artista en proceso siempre, activista por una ESI para todes y en todos los espacios”. Actualmente trabaja como docente de Artes Visuales y sus producciones se pueden ver en @esi\_lasparedes dicen.



# Eugenia

2020

Dejó el tejido sobre la mesa y apuró el paso porque recordó que había puesto el regador. Tenía un fondo grande, arbolado y lleno de amapolas silvestres. Le costaba cada vez más dedicarle tiempo a las plantas porque la artritis iba ganando terreno en sus manos; sin embargo, pasaba horas sacando malezas, removiendo la tierra, sembrando. Era algo que había heredado de Delio, su padre, quien había desembarcado en Saladillo, un pueblo del interior de Buenos Aires. Hijo de inmigrantes vasco franceses, llegó a tener un bazar y dos terrenos con sembradío y gallinero.

Laura era la cuarta de seis hermanas y hermanos. Siempre fue muy buena alumna. Se destacaba no sólo por sus notas sino también por su compañerismo. En la escuela, participaba del equipo de pelota al cesto y, después, tomaba clases de piano. Podría decirse que su vida transcurría

dentro de los parámetros “normales” de una familia de clase media baja de los años 40 y 50.

Mientras corría de lugar la manguera se le venían a la mente flashes de su infancia, su adolescencia, la militancia. Era agosto y agosto movilizaba y revolvió cada célula de su cuerpo. Repasaba cuando Kiti, su hermana mayor, se había ido a vivir a La Plata para estudiar. Tenía 15 años y solía ir a visitarla en los veranos y vacaciones de invierno para pasar unos días con ella y su pareja. Corría el año 63 y la pasión por la política inundaba las calles argentinas y las ciudades universitarias. Kiti y Cacho, su compañero, no estaban exentos. Comenzaron a militar en los barrios y cuando se fundaron las Fuerzas Armadas Peronistas decidieron formar parte. Laura vivió todo ese proceso y aún recuerda cómo en cada visita crecía más su deseo de mudarse a la ciudad de las diagonales e incorporarse a esa vida de lucha y resistencia.

Dejó la manguera sobre el césped, cerca de las amapolas, le dio de comer a su perra Tita y entró para prender la salamandra. El olor a humo la trasladó inmediatamente a San Justo, donde después de terminar la secundaria con el título de Maestra Normal - y como su padre no podía costear una pensión en La Plata - se mudó a la casa de su madrina, la tía Palmira, hasta juntar un poco de plata y lograr su objetivo. Allí atendían una panadería que les permitía tener un buen pasar y la recibieron con los brazos abiertos. El nieto de Palmira iba a un colegio privado de la zona y como ella aportaba con dinero extra, consiguió que Laura trabajara de maestra sin ningún problema. Los fines de semana charlaban largo y tendido mientras tejían. Palmira, al igual

que su marido, era muy peronista y con cada charla sumaba al corazón de Laura unas ganas irrefrenables por militar. Hablaban de todo; del 17 de octubre, de la fundación del Partido Peronista Femenino, de la transformación que significó para la clase obrera la llegada de Perón y, para las mujeres trabajadoras y humildes, la irrupción de Evita en el mundo de la política, lugar que hasta ese momento había sido negado por todos los partidos y clases.

Al tiempo de vivir allí, Kiti le consiguió trabajo en la guardería del Club Estudiantes de La Plata. Sin dudarlo, hizo sus valijas y emprendió el viaje hacia su tan ansiado destino. Con el dinero ganado como maestra alquiló una pieza en una pensión junto a su hermana Rosa, que hacía un año ya estaba allí. En San Justo, Nelly, la esposa de su primo, le había enseñado a tejer a máquina. Un día, paseando por calle 1, vio en una casa de compraventas una *Knittax* usada pero impecable; sacó cuentas y la compró ansiosa. Con lo que les tejía a las chicas de la pensión más el sueldo de la guardería, podía costearse el alquiler y demás gastos.

Sus ganas no sólo pasaban por salir de su pueblo y llegar a La Plata, Laura fue madurando en su cabeza la idea de aportar en la formación de la juventud que soñaba con un mundo más justo. Pensó en ese momento que ser profesora iba a ayudar y bueno, las matemáticas le gustaban mucho; era hábil con los cálculos, entonces decidió anotarse en la Facultad de Ingeniería y cursar el Profesorado de Físico Matemáticas.

## 1969

Un día llegó a visitar a Kiti y a Cacho, que vivían en un conventillo ubicado en calle 6. Entró golpeando las palmas como solía hacer y vio salir de la habitación a un joven de mediana estatura, rubio y con bigotes. Se miraron, se sonrieron, se saludaron.

-Hola ¿está Kiti? Soy Laura, su hermana.

-¡Hola! Yo soy Dani, me mudé hace poco con ellos.

Aquel encuentro no los dejó ir, se enamoraron perdidamente; sus vidas armaron una trama con la misma pasión con la que militaban y con el mismo compromiso de dar la vida si el momento llegaba. Por esos días, Laura dejó de encontrarle sentido a seguir estudiando Matemáticas, así que pensó que podía anotarse en alguna carrera con un perfil más social. Sin embargo, esa decisión duró muy poco, la Triple A comenzó a acechar a toda persona que manifestara cualquier inclinación solidaria y tuvo que pasar a la clandestinidad.

Una mañana se sentía mareada, descompuesta y sospechó que estaba embarazada. Dani había salido a comprar pan y, cuando regresó, le contó sus sensaciones. Un rato más tarde, en el hospital, confirmaron las sospechas. Y si bien la felicidad los invadía, sabían el riesgo que eso implicaba en aquel contexto. Había que comunicar a la organización lo que estaba pasando. El día de la reunión ella no se sentía bien y decidió quedarse en la casa, quizás presentía lo que se vendría y no soportaba la idea de escucharlo. Dani llegó tarde, de madrugada, entró despacio para no despertarla, pero Laura no dormía. No logró decir una sola palabra, se abraza-

ron y lloraron juntos. La decisión estaba tomada y no había discusión; traer un bebé en esos momentos era un riesgo no sólo para la pareja.

## 1972

El verano abrasaba las diagonales y junto a ese calor crecían las ganas de consolidar la relación: decidieron casarse. En esa velada de felicidad eterna comenzaron a planificar su huida hacia Mendoza, donde vivía la familia de Dani. Allí las cosas no estaban tan duras como en La Plata y era hora de preservarse.

Llegó el día de la partida y el plan era que Laura esperaría a Dani en la estación de trenes de City Bell después del trabajo. La noche anterior, él tenía un operativo. Con un compañero debían trasladar material comprometido de una casa a otra. Las medidas de seguridad debían ser respetadas a rajatabla. Una de ellas era ir con los ojos vendados o mirando hacia abajo para no ver la dirección de las casas de otros militantes de la organización. Mientras viajaban por calle 1 en el Citroën amarillo que manejaba Martín, Dani cerró sus ojos; iban charlando de algunos planes, sin muchos detalles, por las dudas. De la nada, un micro se les cruzó frente al auto. Martín pegó un volantazo y evitó el choque, pero la puerta de Dani se abrió bruscamente y salió volando del auto pegando su cabeza contra el cordón. No pudo reaccionar por estar tabicado. Quedó desparrramado en el piso, inerte, inmóvil. Martín frenó y corrió hacia él, constató su pulso y entre lágrimas se alejó caminando rápidamente porque la gente comenzaba a juntarse. El auto estaba lleno de armas y otros materiales propagandísticos.

A la mañana siguiente, Laura ya estaba lista en el andén sin saber aún el destino de sus sueños. De lejos vio venir a alguien conocido pero no era Dani, sino Mercedes. Supo que algo no andaba bien.

- Vamos que el Flaco tiene algo que decirte -, fueron las únicas palabras que sonaron entre ellas hasta llegar a la casa donde las esperaban.

Laura escuchó aturdida al Flaco, perpleja, no pudiendo asimilar las palabras, oía y no, no entendía. Se sentó sobre una cama, apoyó sus codos en las rodillas y con las manos sostuvo su frente. En el piso había unos papeles de diario, las lágrimas iban cayendo sobre las letras negras que se deformaban con cada gota. Con la muerte de Dani ella también moría un poco. Tenía 23 años y el corazón trunco.

### 1973

Había pasado un año desde la muerte de Dani y Laura empezó a trabajar en una fábrica textil. Volvió a casa de Palmira y se conectó con el Peronismo de Base de Villa Jardín. Tres veces por semana iba a dar apoyo escolar y a alfabetizar. La casa donde dictaba las clases pertenecía a una compañera del barrio llamada Julia. Se habían hecho buenas amigas y después de cada jornada se quedaban charlando de bueyes perdidos mientras tomaban mates y, de vez en cuando, algún vinito.

- ¿No tenés novio, Laurita? - le preguntó un día Julia. Ella se puso seria y le contestó con una voz temblorosa.

-No. Hace un tiempo estuve a punto de casarme pero mi compañero murió en un accidente. Julia se quedó callada

un instante, sirvió un mate y luego, mirándola a los ojos, le dijo con voz dulce:

-Lo bueno de lo malo es que también pasa.

Un día lluvioso, el apoyo escolar se transformó en un merendero. Se pusieron a hacer tortas fritas para las pibas y los pibes, con unas buenas chocolatadas. Mientras jugaban a las cartas y al dígalo con mímica, Julia se acercó a Laura y le dijo al oído:

- ¿Te querés quedar a comer?

-Dale, me encantaría.

Estaban meta repulgue haciendo empanadas de carne cuando se abrió la puerta y entró el Negro, el marido de Julia, con un morocho de bigotes y labios gruesos. Laura se puso colorada. Entendió todo enseguida: era Víctor, un militante del Peronismo de Base, referente en el barrio, obrero gráfico y cantor. Ella ya había escuchado hablar de él y dos por tres su amiga le decía que se tenían que conocer, pero siempre la sacaba carpiendo. Esa noche bebieron, charlaron, cantaron; Laura volvió a sentir un cosquilleo en la panza y el dolor comenzó a transformarse.

Después de un tiempo empezaron a salir, a planificar sus vidas, a compartir deseos y no tardaron en irse a vivir juntos. Con la ayuda de la organización compraron una casita en Valentín Alsina. Durante varios años buscaron tener un bebé y, finalmente, el 30 de mayo de 1979 nació María Eva. Por seguridad, la tuvieron en La Plata y se quedaron unos días en lo de la hermana Rosa. Cuando regresaron a su casa no habían pensado que, en tan sólo dos meses, sus vidas cambiarían para siempre.

El viernes 10 de agosto tenían planeado ir a La Plata a visitar a la familia de Laura, sin embargo, Víctor estaba dolo-

rido por una operación de hernia que le habían realizado hacía poco así que decidieron quedarse. Era cerca del mediodía, ella cocinaba un arroz, la beba dormía y él estaba ordenando el galpón. Alguien batió las palmas en la puerta de entrada, Laura se asomó por la ventana y vio cómo un hombre con bigotes trataba de abrir el portoncito que separaba la puerta principal de la casa.

-Sí ¿qué desea? dijo desde la ventana.

-Buen día señora, estamos ofreciendo seguros.

-No, gracias. Le respondió desconfiada.

En ese preciso momento ingresó por los techos un grupo de tareas de la ESMA, el G.T. 3.3 y el “vendedor” de seguros irrumpió por la puerta principal. Redujeron a Víctor y a Laura le dijeron que hiciera un bolso con ropa para la nena porque iba a ir por un tiempo a un lugar. Primero las llevaron a las mujeres. A ella la encapucharon y la tiraron al suelo a bordo de un Falcon verde. Víctor fue llevado después. Viajaron un largo rato hasta que ingresaron a un predio. Las bajaron del auto, descendieron unas escaleras y la dejaron con la beba en un cuarto. Le habían sacado la capucha, pero Laura sólo miraba a su hija. De repente ingresó una mujer con uniforme de policía que le pidió que le entregara a la niña, que ella la cuidaría bien. Tiempo después se enteró de que esa mujer era una compañera que habían disfrazado para que fuera a buscar a María Eva. Esa misma mujer, Bety, fue la encargada de cuidar, alimentar, bañar y dormir a su hija.

Después, a ella la desnudaron y la ataron a una cama de metal para comenzar con la sesión de tortura. Le pedían

nombres, direcciones, citas, que dónde militaba, con quiénes y así, sin descanso. Al no obtener respuestas, la desataron y la llevaron a capucha, un sector de la ESMA que se encontraba en la parte de arriba del edificio. Esa parte tenía techo a dos aguas y, separados por tabiques de madera, se alineaban colchones inmundos con los cuerpos de las compañeras y compañeros torturados, semidesnudos o con ropas sucias y harapientas. Allí permaneció sin saber de su hija, de su compañero y de su vida.

En algún momento de ese terror detenido en el tiempo la levantaron y la llevaron ante un militar que parecía de alto rango. Esta persona empezó a hablarle suave; le decía que se quedara tranquila, que iba a estar todo bien, que la beba estaba bien. En ese momento Laura sintió una ira terrible y mirándolo fijamente le dijo:

-Ustedes son una mierda, tienen dos caras, me acaban de torturar y arrancar a mi hija y ahora me dicen que está todo bien.

No terminó de pronunciar esas palabras cuando una trompada la dejó semiinconsciente en el piso. Fue llevada nuevamente a capucha. Pasaron los días. Sabía que a Víctor ya lo habían torturado fuerte, que el lugar de tortura se llamaba huevera por los maples pegados en las paredes para amortiguar los gritos, que al lado estaba la cocina donde dormía María Eva, que todo era un horror.

Otra vez volvieron a buscarla, la metieron en una habitación y uno de los milicos empezó a gritarle mientras blandía una libreta que Laura no llegaba a ver qué era. Le decía que había mentido, que qué eran esos cifrados, esas claves.

El tipo dejó la libreta sobre la mesa y Laura casi larga una carcajada, pero se contuvo.

-Es la libreta de María Eva, de cuándo caga y cuándo no caga; esos números son los días y la C es de caca, la N/H de No Hizo y así...

Los tipos se miraron nerviosos, furiosos por la escena que estaban viviendo no atinaron a decir ni a hacer nada.

-Llvatelá- dijo entre dientes el que gritaba.

## 1979

Mientras estaba en capucha no podía parar de pensar en su beba, ¿dónde estaría, tendría frío, la alimentarían? Supo después que les habían prohibido a las personas detenidas que la cuidaban que dijeran su nombre. Entonces, le pusieron Cepillito, porque tenía todos los pelos parados como un cepillo. Recordaba que un milico le había dicho: “qué hermosa beba, lástima que le cagaron la vida con el nombre”. El odio brotaba en cada centímetro de ese lugar.

Un día, de la nada, la llevaron delante del jefe de la ESMA.

-Te vamos a largar- le dijo - ¿a dónde querés que te llevemos?

-A lo de mi hermana, en La Plata- dijo sin dudarle. Rosa era su compinche; sólo 1 año y medio menor que ella pero parecían mellizas.

Antes la llevaron frente a Víctor, le dijeron que si llegaba a hacer una denuncia lo hacían boleta. Le dieron a su beba, las subieron a un auto y partieron. Era de noche, tarde. Llegaron a lo de Rosa cerca de la medianoche, tocó timbre, dijo

su nombre y que estaba con unos amigos. Al abrir la puerta, Rosa y Laura se miraron y no hubo nada que explicar. Entraron todos. Laura tenía un ojo morado, María Eva estaba toda mugrienta; prepararon un baño.

-En unos días Víctor las va a llamar ¿tenés algún teléfono para que se comuniquen? - dijo uno de los tipos, mientras dejaba el arma sobre la mesa. Rosa miró el arma mientras anotaba el número.

-Si te portás bien, en poco tiempo lo volvés a ver- afirmó uno de ellos cuando salían hacia la puerta. Víctor estuvo secuestrado 4 años.

El 17 de enero del '80 Laura se reencontró con Víctor, no porque lo habían liberado sino porque en la ESMA tenían una teoría: había detenidos recuperables y otros que no lo eran. Él entraba en la primera categoría. Solía coincidir esta categorización con personas detenidas que tenían un oficio o eran profesionales, con lo cual les servían como mano de obra esclava para todo lo que se les ocurriera hacer con ellas. Al entrar en ese estado de “recuperación”, uno de los beneficios que tenían las detenidas y los detenidos era el de visitar a familiares. También se aseguraban que no hicieran denuncias.

En esa visita que duró sólo unas horas, con un milico parado en la puerta de la casa, se amaron intensamente. Ese encuentro tendría consecuencias dicotómicas: Laura había quedado embarazada. Su cabeza trataba de procesar semejante noticia, trataba de pensar qué hacer. Pudo escribirle una carta a Víctor que le hizo llegar un compañero en una de sus salidas. En esa carta dudaba si abortar o tener a ese bebé. María Eva no tenía siquiera un año y la incertidumbre

de no saber si Víctor estaba vivo o muerto cada día que pasaba, la destrozaba por dentro. A pesar de todo eso, siguió adelante con su embarazo. Tenía fecha para el 17 de octubre, pero la beba nació el 12 de noviembre. Eso provocó que tragara meconio y tuvo que estar internada casi un mes. Le puso de nombre Soledad, así se sentía. Fue un mes interminable, yendo y viniendo al hospital -dejando a María Eva por varias horas con Rosa y Juancito, su hijo apenas 2 meses mayor que la niña- hasta que le dieron el alta.

Los años que siguieron no fueron fáciles. Laura estaba sola con las nenas, sin poder trabajar, viviendo en la casa de las hermanas, con la incertidumbre de no saber si su compañero era o no un desaparecido más, hasta que recibía una visita u otra carta de él. Pasado un tiempo del nacimiento de Soledad, decidió mudarse a José C. Paz, donde vivían su suegra y la hermana mayor de Víctor. Sentía que allí podía llegar a conseguir trabajo y que la abuela Aída le daría una mano con las nenas. Y así fue: consiguió un cargo de docente y la ayudaron con la crianza. Sin que ellas lo supieran se acercaba lentamente la democracia. Las salidas de Víctor duraban cada vez más días. Era el último detenido en la ESMA y presentía que en cualquier momento iba a ser liberado.

En diciembre del '83, a una semana de asumir Alfonsín, llegaba la tan esperada noticia de su liberación. Sin embargo, los controles seguían, lo llamaban por teléfono, lo citaban un día, a una hora en algún lugar para que se presentara. Él iba, esperaba una hora, dos, nadie aparecía y se volvía. Lo peor era que cada dos por tres, durante la semana, caía un milico a la casa a "visitarlos". Les decía a las nenas

que él era el tío Luis y, de vez en cuando, insistía en llevarlas a dar una vuelta en su camioneta. Laura siempre tenía una excusa para evitar esa propuesta perversa.

Un día fueron de visita unas Madres de Plaza de Mayo, les ofrecieron irse a Brasil, que los sacaban de inmediato, que esas visitas que recibían eran peligrosas y más aún porque Víctor había empezado a presentar pruebas de sus secuestros. Pero ellos no querían irse del país. Lo pensaron y decidieron mudarse a Neuquén. Entonces, empezaron a desarmar la casa. Iban apilando cajas en la única pieza que tenían; estaban escondidas por si llegaba a caer el “tío Luis”. La tarde anterior a su partida, apareció. Llegó en su camioneta. Hacía frío, era mayo y no les quedó otra que tomar mate dentro de la casa. Laura y Víctor se miraban nerviosos, rogaban mentalmente que ese hijo de puta no tuviese ganas de ir al baño que quedaba pasando la pieza. Finalmente se fue y suspiraron aliviados.

Llegó el día de partir. El avión salió temprano a la mañana y pasaron esa noche en la casa de un primo de Víctor que vivía cerca de Aeroparque. Para las nenas era una aventura, para Laura un volver a empezar, volver a dejar trabajos, amigos, familia; pero ahora ya no estaba sola.

En Neuquén las cosas se acomodaron enseguida. Laura consiguió un cargo de maestra en una escuelita cerca de Alta Barda, donde vivían; Víctor encontró un puesto en una imprenta; María Eva empezó primer grado con su primo Juan, y Soledad comenzó el jardincito. Corría el año '85 y con el comienzo de esa nueva vida también se inició el juicio a las Juntas Militares. Víctor había sacado mucha información de la ESMA, que en cada salida iba escondiendo en casa de ami-

gas, amigos y familiares; y tenía que presentarla. Empezó a viajar a Buenos Aires y Laura nuevamente sintió la soledad, la incertidumbre, el miedo. En uno de los viajes de Víctor, supo que sería el último. A su regreso le dio el ultimátum:

-Yo no puedo volver a pasar por esto- le dijo llorando otra vez sola, con las nenas, sin saber si te pegaron un tiro a la salida del juzgado. No. Basta. Cuando las chicas terminen las clases nos volvemos a La Plata.

Después de las fiestas emprendieron el regreso con una mano atrás y otra adelante. Esta vez les cobijó Fernando, uno de los hermanos de Laura. Consiguieron colegio para las pequeñas, pero el laburo escaseaba como nunca. Laura daba clases particulares en la casa y Víctor ayudaba a Fernando en la restauración de muebles de la compraventa. Al poco tiempo, Mónica, la hermana menor de Laura, les ofreció mudarse a un departamento que alquilaba en un lugar más céntrico donde se les facilitara el traslado, tanto para la búsqueda laboral como para asistir al colegio de las niñas. Otra vez el cariño y la contención de esa hermandad tan necesaria en esos tiempos. Estuvieron allí hasta fin de año y nuevamente volvió el tiempo nómada.

## 1987

Y así continuaron, de casa en casa y de colegio en colegio, hasta que por fin Laura consiguió nuevamente una vacante en una escuela. Con parte de su sueldo, Víctor alquiló un local y puso una casa de fotografía. Parecía que finalmente habían encontrado su lugar en el mundo: Tolosa.

**1989**

Un compañero de militancia que tenía un buen puesto en el Ministerio de Economía le ofreció a Laura ir a trabajar como secretaria. El sueldo era bueno y el trabajo no era muy arduo, así que no lo dudó. Todo comenzaba a acomodarse. Al fin sentía que podía pensar en planificar algo sin que el destino le depare un dolor, una ausencia; por fin dejaba de sentir el desarraigo. Sin embargo, la vida de Laura no quedó acotada a encontrar la calma laboral y económica. Con Víctor siguieron militando en El Barrio La Unión, con apoyo escolar, poniendo las cloacas, con la lucha de los carreros para que los dejaran circular por el centro de la ciudad.

Unos años más tarde se separó de Víctor y siguió, como hizo siempre. Compró su casa en el año '97, un chalet de la época de Evita y Perón, también en Tolosa, que tuvo que arreglar de piso a techo y lo hizo sola. En Economía se armó una Junta Interna de ATE y ella formó parte. Peleó con sus compañeras y compañeros contra la burocracia sindical y para lograr conquistas en cada sector del Ministerio. Las vicisitudes de la vida no la derrotaron, la fortalecieron, a pesar del miedo, la soledad, las pérdidas, nunca dudó en seguir adelante y jamás pasó por su cabeza la idea de rendirse. Laura continuó transmitiendo a cada joven con quien se cruzaba los valores de la lealtad, la coherencia, la modestia, la templanza, la perseverancia, la posibilidad de tener un mundo mejor y sobre todo el amor, la alegría, la pasión y el compromiso.

## 2020

Cerró la canilla de la manguera y se acercó a las amapolas. Las acarició no sólo con la dulzura de quien adora sus plantas, sino imaginando en cada hoja fragmentos de su pasado. Todo lo que había hecho en su vida determinaba lo que era hoy y le permitía recorrer el paso del tiempo con la entereza y sabiduría con la que cuidaba sus plantas.

Era 10 de agosto, y agosto movilizaba y revolvía cada célula de su cuerpo. Los recuerdos la apabullaban y necesitaba la introspección; entonces fue hasta la pieza, sacó la caja de fotos de la parte de arriba del ropero y comenzó a viajar. Se encontró con Rosa, Kiti, Cacho. Siguió hurgando y apareció la carta del embarazo de Soledad, la respuesta de Víctor, las fotos del año de María Eva, abrazados y sonrientes. También estaba Dani, con una camisa grafa, fumando y con un atado de 43/70 en el bolsillo.

Siguió mirando, buscando y encontró una foto, se encontró. Tenía un peinado de la época, de las chicas “bien”, para disimular, para diferenciarse de las “subversivas” con cabelleras largas hasta la cola. Dio vuelta la foto y pudo ver su nombre, ese nombre que le dio una identidad que podía llegar a salvarla si alguna pinza la paraba. Vio su nombre y no era el verdadero, pero era real, tan real como ella y toda su vida tan fuertemente vivida. Se llevó la foto al pecho, como si abrazara a esa joven que no claudicó en ningún momento y con la vista empañada, pero con una sonrisa orgullosa, suspiró:

-Eugenia.

EN PRIMERA  
PERSONA,  
EL ESTADO  
EN TU VIDA



# **La torta marmolada**

Sheila Acosta Anzalone

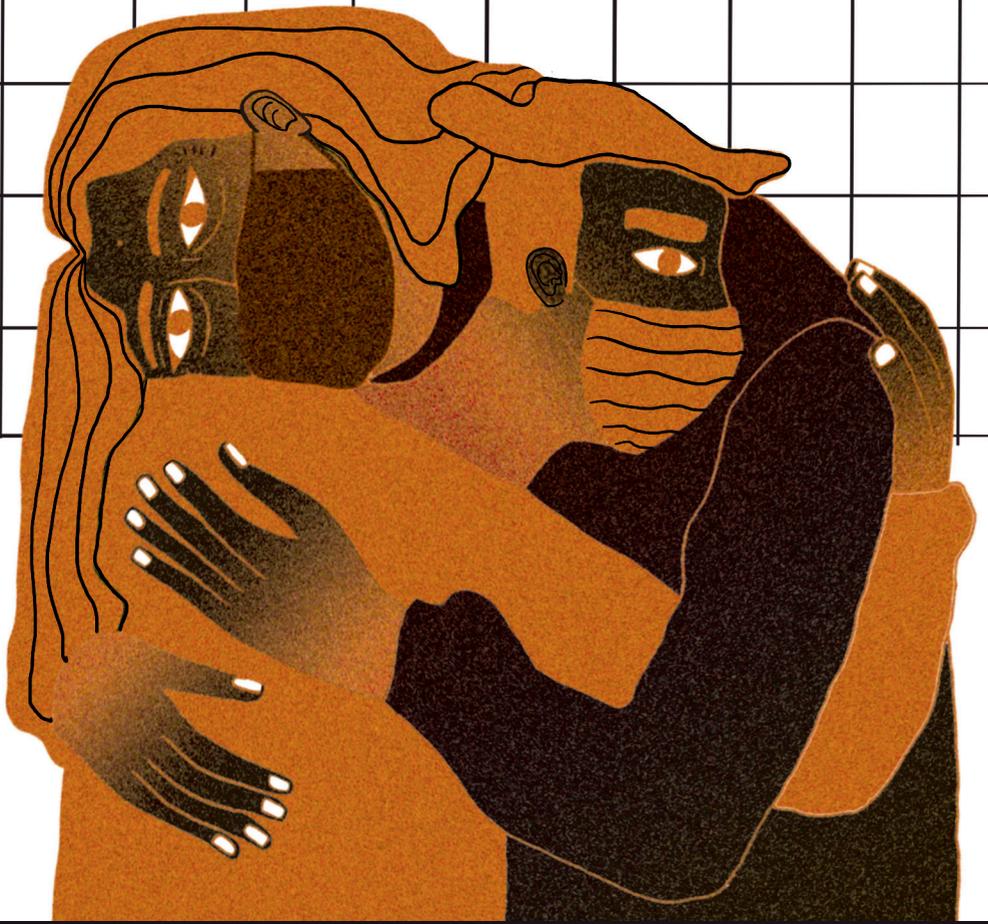
## SHEILA ACOSTA ANZALONE

Nació en Montevideo en 1969, reside en Argentina desde los cinco años y es ciudadana por opción desde 1996, vive en Ostende, Pinamar. Tiene cinco hijos que materna en ausencia de la responsabilidad alimentaria y de cuidado paterno; es abuela de dos bellos nietos. Es docente de Educación Secundaria (directora y profesora), Comunicadora Social y escritora. Fue cofundadora de la organización feminista “Fiera” y coordinadora en la Costa Atlántica de la Asociación de Narradores Argentinos. Publicó siete libros, el último es “La escuela y la alegría”, cuyos cuentos se basan en las historias del trabajo de docentes y auxiliares durante la cuarentena y el impacto que provocó en los estudiantes la exclusión digital.

## JUSTINA DE URQUIZA

Ilustradora

Se dedica a la ilustración en todas sus formas y a la docencia. Es oriunda de la ciudad de La Plata, estudió en la Facultad de Artes de la UNLP donde se recibió de Licenciada y Profesora en Artes Plásticas.



## La torta marmolada

Entré a la reunión zoom de Matemática y Físico-Química apenas dejé la mezcla de la torta marmolada dentro de la olla de aluminio, para que se hiciera a fuego mínimo. Media hora después, silencié el micrófono y cancelé la cámara para moverme de la silla sin que se notara. En la cocina, la torta tomaba forma y estaba altísima, le faltaban unos diez minutos, volví a la reunión. Calculé el tiempo mientras les pedía especialmente a los profesores de sexto año que recordaran acompañar el cierre de ciclo lo antes posible porque los pibes trabajarían, en esa primera temporada, en medio de una pandemia sin vacunas y estaría bueno que los que estaban en condiciones de titular lo logaran. La selección a la que estarían expuestos sería precoz y feroz como otros años y, en ese contexto, aún más. Repetí la maniobra aprendida en tantos zoom; faltaba un poco, el filo del cuchillo que introduce salió algo pegoteado. Volví y me dio el tiempo justo para saludar hasta la próxima y desmoldar, hacía mucho que

una torta no me quedaba tan perfecta. Me puse las zapatillas, nadie debía saber que suelo presentarme a las reuniones pintada, emperifollada y en patas. Tenía que salir a comprar, así que envié un mensaje de whatsapp triplicado:

- No corten la torta que está en la barra porque no es para ustedes; más tarde les hago otra.

Después de picar algo salí para Madariaga cargando todo lo que tenía que cargar, porque antes de ir a la escuela iba a pasar por un par de domicilios de estudiantes.

Entré al pueblo con mis charreteras y jinetas de mando ante los que mandan: soy la directora de la Edem, vengo a recibir los cuadernillos de los estudiantes y a firmar unos papeles. Pase y reverencia, gestos logrados con la chapa que una va usando para ese tipo de circunstancias. Ya había pasado por la primera casa donde dejé unos paquetes de pañales para la criatura de días de una estudiante, además de yogurt y frutas para ella, y apenas volví a la camioneta me dirigí a la segunda. No vi la numeración pero tenía que ser ahí, las ventanas a la calle estaban abiertas y la niña que recibió mi pregunta me confirmó que no me equivocaba. Crucé el pasillo con las dos bolsas y vi al padre en el fondo. Dije lo que en esos momentos se estila decir y él me respondió:

- Gracias, señora, pase pero todavía estamos aislados.

-No se preocupe- le respondí- solo voy a dejar unas cosas.

Una de las pibas mayores estaba frente a la mesa de la cocina colmada de ñoquis listos para marcar. La saludé, le dije lo mismo que al papá y que dejaría algo en la otra mesa.

-Haga nomás, ya viene- me respondió amablemente.

Sobre el mantel dejé la bolsa en cuyo interior estaba la

caja con la torta marmolada que hice durante el zoom de Matemática y Físico-Química. En la silla, dejé la bolsa más grande que contenía unos libros: *Viaje al centro de la Tierra y Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Verne; *Robinson Crusoe* de Defoe; un libro de humor para niños y jóvenes, por eso de que el humor es tan necesario en un tiempo así; una antología de cuentos de la LIJ; un diccionario de inglés-castellano; un apéndice de la Convención de los Derechos del Niño, fundamental para Construcción de la Ciudadanía y un libro sobre las maravillas de la naturaleza. Salí ponderando los ñoquis mientras observaba la cocina revestida con cerámicos de un azul veteadado brillante.

-Ya viene, señora- insistió la joven.

-Sí, gracias, lo espero afuera- dije, mientras volvía sobre mis pasos. Apenas salí, llegó. Detrás de sus lentes y del barbijo podía percibirse la tristeza de su rostro. Le dije que todo lo que habíamos conversado por whatsapp sería así, que confiara en el secreto que le había contado. En ese instante, mientras le decía que me sorprendía cuánto había crecido desde marzo, pensé en cómo carajos se hacía para no abrazar a un pibe al que se le había muerto la madre. Que si me pescaba el virus en circunstancias estúpidas nunca me perdonaría no haber hecho lo que tenía que hacer en aquel momento, sin vacunas y en que el horizonte se divisaba tan lejano. Fue así que lo abracé y él se aferró a mí muy fuerte. Después, le recomendé especialmente *Veinte mil leguas de viaje submarino* y le aseguré que el humor del otro libro le haría bien, porque la risa ayuda a sanar y llorar también. Me fui prometiendo más libros antes de fin de año y comenté que el sábado siguiente

haría ñoquis, como las chicas. Subí a mi vieja camioneta y me alejé de ahí pensando en lo inútil de algunos actos que ejecutamos para no mantenernos indiferentes y en la necesidad imperiosa de hacerlos. Cuando doblé hacia la avenida detuve la marcha y tomé el alcohol en aerosol que había dejado en el asiento del acompañante. Mientras me creía despreciable por rociarme las manos, toda la ropa y hasta el pelo, sentí que la mujer que hacía ñoquis y tortas para sus hijos en una cocina azul me entendía y por eso suspiré aliviada y me dirigí a la escuela en la que todavía había mucho que hacer.

# **La casa**

Mirta Noemí Esteves

## MIRTA NOEMÍ ESTEVES

Nació en Coronel Pringles en 1948. Estudió en la escuela primaria Domingo F. Sarmiento en la Escuela Normal. Fue docente, directora, supervisora y profesora de Historia durante 35 años. Está casada, tiene siete hijos y trece nietos.

## MERCEDES IRASTORZA

Ilustradora

Nació y vive en Tandil, es ilustradora y docente de arte. Estudió en el Profesorado de Arte, donde actualmente da clases de ilustración editorial e historia de las artes, disciplinas que le permiten experimentar y formarse desde la producción e investigar sobre el desarrollo de la ilustración en nuestro país.



## La casa

Anochece. Estoy en el sillón del living, mirando pasar a las personas que caminan hacia sus hogares luego del trabajo. Han pasado muchos años desde que llegué aquí. La vida ha transcurrido, inexorable como el viento que borra las huellas dispersas en la arena. La casa me parece tan pequeña, ya no la miro desde la perspectiva de mis siete años. Pero aún me parece ver a mi madre, parada en la puerta de entrada sin poder creer que tenía una casa propia para vivir. Mi padre le dice mientras le pone un brazo en el hombro:

-Tiene lavadero, ya no vas a lavar afuera.

Ella mira las paredes y las lágrimas se deslizan lentas por sus mejillas. Después recorre la casa acariciando sus paredes, admirando sus pisos de parquet y sus comodidades. Veníamos de habitar un espacio ajeno, de solo tres ambientes, sin agua, solo con una vieja bomba y una gran pileta en la que mi madre lavaba la ropa. Ahora estábamos siendo los dueños de una casa en la que viviríamos mejor. Crecí allí, en

ese territorio doméstico, amparada y sintiendo que alguien a quien no conocía había pensado en nosotros. Una mujer a la que mis padres amaban y respetaban y llamaban Evita.

La primera noche en la casa fue una mezcla de emoción y alegría. Mi madre está preparando la cena en la nueva cocina, escucho el ruido de la carne friéndose en la planchuela y siento el olor saturando el aire. En un momento se queda pensativa, como si de repente se hubiera sumergido en un profundo pozo de silencio solo habitado por recuerdos. Se queda así, concentrada; y cuando levanta la vista me ve ahí junto a la estufa, mirándola y me sonrío.

Era el año 1955, yo apenas tenía siete años y hacía unos meses que habitábamos la nueva casa, estábamos en el patio escuchando el sonido de los aviones. No comprendía porqué mi padre estaba tan triste y mi madre sollozaba, mientras los aviones pasaban sobre el rojo techo de las casas. Todavía mi memoria conserva ese recuerdo.

Pasó el tiempo impregnado del perfume de las flores del jardín, del viento que acariciaba la fronda de los árboles y los juegos de los niños. Juntas plantamos un pequeño limonero que mi madre cuidó por mucho tiempo. La escuela pública me recibió con la misma generosidad que la casa, un edificio enorme para mis ojos de niña, con calefactores, ventanales amplios, aulas iluminadas y un patio enorme. Mi padre decía que eran las escuelas de Perón.

Cuando llegó el momento de la secundaria mi madre dijo que había que seguir, aunque costara privaciones. Existía un solo colegio secundario privado al que concurrían los hijos de la élite del pueblo. Su director, un hombre de poca

fortuna pero de mucho saber, inició los trámites para que fuera estatal y allí fui, a terminar el secundario y al fin recibirme de maestra. Dieciocho años y ya estaba designada en una escuela estatal.

Los niños me recibieron con alegría en esa escuela rural, plantada en medio de un campo verde y espacioso que se me clavaba en la retina. Cada día, recorría 80 km de ida y 80 km de regreso para dar clases. Un viejo colectivo me llevaba por los caminos de tierra, iba rezando para que no lloviera y el camino se convirtiera en un pantano intransitable. Por las tardes, ya casi de noche, llegaba a casa. Allí estaba mi madre y me sentía a salvo en ese nido confortable.

Mi madre era hija de inmigrantes italianos, había nacido en la vieja Europa de la posguerra, sus padres vinieron a la Argentina en busca de paz y trabajo. Ella nunca se sintió extranjera, amaba a este país, lo consideraba su patria y así me transmitió ese sentimiento. A veces, me decía “Europa es un sueño que solo vive en la cabeza de los latinoamericanos. Argentina es un país lleno de esperanza y de oportunidades”.

El tiempo había pasado desde aquel día en el que entramos por primera vez a la casa. Yo sentía que habían sucedido muchas cosas, la que más me conmovió fue darme cuenta de que la casa había atrapado a mi madre. Desde que entró a vivir allí no quiso salir más, no fue nunca más al cine, que le gustaba tanto, tampoco a la casa de sus amigos o vecinos. Su rostro tenía una paz luminosa y, por la tarde, aguardaba con el mate en la mano a que yo volviera de la escuela. Después, se sentaba a mi lado para acompañarme en la lectura de textos de historia o se extasiaba ante los cuentos de Borges y las poesías de Nalé

Roxlo y cuando apareció el televisor en nuestras vidas, se pasaba las horas sentada frente al aparato. Algunas veces me relataba episodios de su vida pasada y sus ojos de un celeste transparente se entristecían. La escuchaba, sus palabras penetraban mi cabeza despacio como una cuña amorosamente afilada.

Un día me marché para seguir con mi vida y fui madre; cuando ya no podía sola retorné a casa. Esa casa pequeña pero enorme en calor de hogar en la que me aguardaba mi madre. Y compartimos la vida juntas. Por las tardes, escuchábamos a Leonardo Favio y canturreábamos juntas esa canción que tanto le gustaba *ella ya me olvidó, yo no puedo olvidarla*.

*Si el Hades existe, ella estará allí seguramente.* Decía, a veces, mirando el retrato de Evita que tenía sobre una repisa. Y yo comprendía el mensaje, entendía su amor y le sonreía. El tiempo trajo los días oscuros, en los que temíamos salir o reunirnos con los amigos. A muchos de ellos no los vi nunca más: Arturo, Rubén y Silvia, los amigos de la escuela secundaria con los que compartíamos ideas y pasiones, se los llevaron lejos en los tiempos del odio.

Pasaron los años, mi madre seguía aferrada a su casa que ahora era también mi hogar y el de mi hijo. El brillo de sus ojos se fue perdiendo, sus piernas perdieron su fuerza y ya no le quedaban ganas de vivir. Mi padre había muerto y ella deseaba morir bajo el techo de esa, su casa. Sabía yo que ese deseo sería cumplido porque ella y su casa eran una.

El viento suave mueve las cortinas, son de una tela ligera que me gusta mirar. Delante de la casa hay un patio lleno de flores, la tierra en la calle forma remolinos que suben

hacia el cielo y se disipan lentamente. Me levanto y camino hacia la puerta. Siento que una paz infinita me atrapa. Miro un retrato de mis padres juntos y sonrientes. Me estremezco, siento frío. En esta casa está mi infancia y mi vida toda atrapada en la memoria. Pienso cómo una decisión del Estado pudo darle sentido a la vida de muchas personas, como me la dio a mí. Me siento en el diván del living, miro por la ventana la noche que llega. Ahora sé con certeza que la memoria guarda todo como una caja oscura en la que cada acto de la vida se esconde. Veo a mi nieto jugando en el jardín, debajo del limonero cargado de frutos.

# **El quehacer de la vida**

Alba Luz Alvez

## ALBA LUZ ALVEZ

Nació en la localidad de Morón el 17 de mayo de 1973. Vivió su niñez en el barrio Villa Udaondo del partido de Ituzaingó. Realizó sus primeros pasos en el jardín de infantes y primaria hasta 4° en la escuela N° 87, con vagones de tranvías y pupitres de madera. Hizo catecismo y tomó la primera comunión en la parroquia de Lourdes. Vivió allí, en su barrio, hasta los 8 años. Luego se mudó con su familia a Posadas, en Misiones, desahuciados por los militares. Cuando su padre regresó de la desaparición forzada a cargo de la dictadura, terminó la escuela primaria y realizó los estudios secundarios hasta el 3° año de Perito Mercantil, recibió su título parcial y fue obligada a casarse a los 16 años. Se mudó a la localidad de San Miguel en el año 2006, donde conoció a su pareja actual y terminó el secundario en FINES (2014).

## ANA INÉS CASTELLI

Ilustradora | @anaines\_castelli

IPER (Bahía Blanca). Estudió Diseño en Comunicación Visual, Escultura e Ilustración. Le gusta leer, escribir, ir al cine, escuchar música, ver crecer las plantas y la gente que quiere. Se pueden ver algunas de sus ilustraciones en su perfil de IG @anaines\_castelli

Entre otros talleres que organiza, coordina e integra el proyecto Pequeña Valija Impresora: @pequenía\_valija\_impresora

Es socia de la Asociación de Dibujantes Argentinx.



## El quehacer de la vida

A los 16 años ya tenía un objetivo claro de qué hacer con mi vida: quería terminar el secundario y ser de profesión Contadora; aunque no me llevaba bien con las matemáticas me gustaba mucho eso de aprender a administrar o registrar en documentos comerciales en qué se gastaba. Transcurría el año 1989, ya había sobrevivido al gobierno de facto de los militares y al primer gobierno democrático. Del primero logramos huir luego de la desaparición forzada de mi padre en Buenos Aires, él fue militante social y peronista, del desahucio nos fuimos a vivir a Posadas, Misiones, a la casa de un tío. Por el año 1981 llegamos a la tierra colorada, con la vuelta de la democracia respiramos y festejamos la libertad pero las cosas no fueron tan fáciles viviendo de prestado. A mis padres con seis hijos que mantener se les complicaba un poco. Con mi madre madrugábamos para alcanzar alguna codiciada “caja pan”. Tuve la necesidad, siendo la hija mayor, de salir a trabajar desde muy chica, con solo once años, al terminar la prima-

ria, comencé a trabajar de niñera en la casa de mí maestra. Mi madre trabajaba de empleada doméstica y mi padre, de profesión Maestro Mayor de Obras, hacía changas cuando podía o había algo de construcción. Más adelante comencé a trabajar “cama adentro” como empleada doméstica y continué mis estudios en una Escuela de Comercio, donde terminé el ciclo básico en tercer año de Perito Mercantil. Me iba acercando a mi objetivo. Al pasar a cuarto año de comercio, mi madre ya se había separado de mi padre y ese comienzo de verano no fue igual que otros años. Habían cambiado muchas cosas, yo solo me enfocaba en ayudar con mis hermanos y seguir trabajando y estudiando. No me interesaban los chicos, no pensaba en tener novio. Pero un día, de regreso a casa el fin de semana, después de cinco días de trabajo, mi madre me esperaba con un hombre. Me sentó y me dijo que me tenía que casar e irme con él. Quise hablar, no me dejó, me dijo que ella firmaría por mí en el registro y que me fuera con él. Me escapé a la casa de un amigo, mí mejor amigo en ese momento, que vivía con su mamá y su hermanito. A la semana me encontraron y el 5 de enero de 1989 me casaron.

Mi ya esposo, mucho mayor que yo, me subió en el tren para venir a Buenos Aires y una vez arriba me mostró el Acta de Matrimonio y me dijo que si yo intentaba escapar me buscaría y me mataría porque, a partir de ese momento, era mi dueño y podía hacer lo que quisiera conmigo, que nadie me iba a reclamar ni a salvar. Así comenzó lo que yo consideré mi secuestro. A los pocos meses quedé embarazada, estaba aterrada, no sabía lo que iba a pasar con mi cuerpo ni conmigo. No deseaba ser madre ni estar ahí. Me

había llevado a vivir a un campo de 50 hectáreas en Open Door, Luján. No había vecinos cerca, solo once perros y diez caballos. Éramos cuidadores del lugar por casa y comida. El primer mes, el dueño de los caballos nos trajo un cajón de huesos de los que tiran, ahora entiendo, en las carnicerías; tres paquetes de polenta gruesa de kilo; dos de azúcar; un kilo de yerba y una bolsa de pan duro. Dejó eso y dijo que volvería en un mes. Al mes siguiente volvió, se llevó todos los caballos y no volvió más, era el año 1990. Los primeros seis meses de embarazo los pasé con hambre de guerra, fue realmente duro comer de lo que los perros cazaban, pegarles para que soltaran la presa. Me la pasaba llorando y deseando ver a mis hermanos, no tenía noticias de nadie, se habían olvidado de mí y “mi dueño” me sometía a miles de penurias y maltratos. Muchas veces pensé en huir, pero estaba a dos horas a pie de la ruta principal; él, en mi estado, me alcanzaría enseguida y yo tenía muchísimo miedo de que cumpliera su promesa. Además, ¿a dónde iría con mi panza? Sin controles del embarazo, así pasaron los nueve meses. Apareció, como sabiendo, el dueño del campo en un viejo camión. No sé si de casualidad o porque Dios lo mandó, y me llevó de urgencia al hospital Posadas. No teníamos nada preparado para esperar al bebé, ni siquiera sabía el sexo. No tenía dilataciones, tal vez por el miedo que sentía, yo no quería parir. El 7 de noviembre de 1990 me realizaron una cesárea y nació mi primera hija a la que llamé Andrea. Nos dieron el alta y regresé al bendito campo. No mencioné que allí no había luz, nos alumbrábamos con lamparitas hechas de gasoil con un trapito en la tapa de un frasco. No teníamos gas,

así que cocinaba en un hogar a leña que tenía la casa; tampoco había agua, debía caminar casi seis cuabras de campo para conseguirla. Antes de que mi hija cumpliera el mes, el padre me dejó embarazada de nuevo. Esta vez, como yo había aprendido a viajar hasta Pilar en un colectivo que pasaba cada hora por la ruta, pude controlar mi embarazo, que era de riesgo, y llevar a control y vacunar a mi beba. Caminaba dos horas con mi hija en brazos y mi pancita a esperar el colectivo. Así nació Juan Elías, segunda cesárea. En uno de los controles, la doctora que me atendía dijo que podía cuidarme con la luna, me dibujó un croquis con los días y las semanas del mes y así lo hice. Nos mudamos a Luján en un barrio cerca del centro. Pasaron casi tres años desde mi tercer embarazo, él me prohibía tomar anticonceptivos pero siempre renegó de mi segundo hijo, no lo quería y me había sugerido que me lo “saque”.

Los maltratos se habían hecho ya costumbre para mí, solo intentaba tenerlo contento para que no se enojara y sobrevivir o ganar tiempo; ya para ese entonces, mi objetivo había cambiado de forma, ya no pensaba en ser contadora. Lo único que soñaba era algún día poder escapar de esa vida, lograr mi libertad; era lo que más deseaba pero con mis hijos, nada sin ellos, pienso que él lo intuía. Muchas veces me decía que si yo quería me podía ir pero sin mis hijos, porque eran de él. Y tenía razón, en esa época los hombres tenían derechos sobre los hijos, la patria potestad era de ellos, nosotros solo podíamos resignarnos a la servidumbre del hogar, cuidar su crianza y obedecer al hombre. No me gustaba verlo enojado, no quería que los chicos sufrieran violencia; cada

vez que él se enojaba intentaba que no se volviera violento, entonces callaba y aguantaba. Así sucedieron dos embarazos más y transcurrieron a su lado 16 años. Tenía 33 cuando logré pedir ayuda y contar mi situación.

Había normalizado esa vida, pero nunca había perdido la esperanza de escapar de ese matrimonio forzado con un desconocido del cual no me había enamorado nunca, ni se había hecho querer jamás. Nunca más había vuelto a saber de mis hermanos ni de nadie y, de repente, alguien me había escuchado. Era el año 2005, yo me había convertido en scout. Sí, leyó bien: scout. Me preocupaba mucho mi hijo, quería algo mejor para él. No quería la figura paterna como influyente o figura de hombre. Entonces, a sus 7 años, me acerqué a un grupo scout y comencé a llevarlo todos los sábados. Como caminábamos cerca de 30 cuadras, nos quedábamos con Juan Elías, las hermanitas Andrea, Fabiana, Natalia y yo. De a poco fui integrándome al grupo hasta convertirme en una colaboradora. Cuando quedé embarazada de mi quinta hija, Ailen, le pedí a la doctora que me ligara las trompas. Ella me dijo que era ilegal pero que con un permiso y una declaración jurada de mi esposo lo podía hacer; por suerte, lo convencí para que firme. Ailen fue mi última cesarea, ninguna de las dos aguantó: nació ocho mesina.

Había cumplido sus tres añitos cuando una compañera del grupo me preguntó sobre mí y sobre mi vida, nunca nadie lo había hecho y de un solo suspiro le conté todo; en años, era la primera vez que contaba mi verdad. Mi compañera me hizo la gran pregunta: ¿te querés separar? ¿Querés

que te ayude? Por primera vez, el alma bajó a mi cuerpo, no sé dónde había estado hasta ese momento. Y llorando le dije sí, por favor. A partir de ese momento comenzó el camino a mi libertad; pero sería con mis hijos conmigo o nada. Anteriormente, yo había hecho una denuncia a escondidas en la comisaría, pues él me había golpeado tanto que tenía toda la espalda morada en la parte de la cintura. Me había echado a mí sola y tenía a los chicos sometidos, yo tenía mucho miedo de que les hiciera daño y esa noche corrí a la comisaría a denunciarlo. No existía la comisaría de la mujer y el policía que me atendió me retó diciéndome que yo estaba exagerando, que él era el padre de los chicos y que volviera a mi casa. Pero insistí y me tomó la denuncia, la guardé en mi zapato y volví a la casa, me pegó de nuevo. Mi última hija, para ese entonces, tenía tres añitos y, una semana más tarde de mi primera denuncia, una compañera scout me prometía ayuda. Así lo hizo, consiguió una audiencia con el Juez de menores, Marcelo Giacoia, de Mercedes. A escondidas y mintiendo fui a la entrevista, el Juez me escuchó con atención y me otorgó la primera perimetral por 180 días. Cabe destacar que con mi caso se inauguró la primera comisaría de la mujer en Luján. Al progenitor de mis hijos lo sentenció a pericias psicológicas e internación para tratamiento en el hospital Cabred de Open Door. No cumplió, salió del hospital al poco tiempo y el Juez tuvo que ordenar una guardia permanente en mi casa. Hasta que tuve que irme del distrito de Luján para empezar una nueva vida en donde no me encontrara, porque había intentado matarme y también había prendido fuego una de las habitaciones donde dormían los chicos.

El Juez me había dado la tenencia de mis hijas e hijo. Me mudé a San Miguel para comenzar otra vida. Nada fue fácil, terminé en situación de calle con ellos. Pero si había sobrevivido a aquel campo al principio, podía sobrevivir a cualquier cosa y sabía que los iba a sacar adelante. Al poco tiempo, conseguí trabajo y pude alquilar un lugar. Trabajaba de franquera cuidando a una persona los fines de semana y, durante la semana, estaba con mis hijas e hijo. Los chicos estaban escolarizados y yo intentaba buscar ayuda en el servicio social de San Miguel. Era el año 2006 o 2007, mi última hija había nacido con Néstor Kirchner Presidente. Entonces, tenía una gran esperanza. Yo quería lograr un futuro mejor para los que dependían de mí, me sentía fuerte. Insistía en el servicio social, me ayudaba una trabajadora social muy buena, Mónica, que logró hacerme entender que yo debía moverme del lugar de víctima. Me enseñó sobre la resiliencia y dijo que yo podía usar esa fuerza, que todo lo que me propusiera lo iba a lograr. Hasta que un día, ya por el año 2008, me llamaron de la dirección de Desarrollo Social y me preguntaron si me animaba a manejar una cooperativa. Para ese entonces, Néstor Kirchner había creado el programa de inclusión laboral PRIS, ahí comencé a trabajar como cooperativista organizando a 16 personas que estaban a mi cargo. La lucha por la vivienda se hacía cada vez más fuerte en mí, era una cuenta pendiente desde el desahucio de mi familia por los militares, allá por los comienzos de los ochenta en Ituzaingó. Claro, a mi padre, militante social peronista, no se la iban a dejar pasar. Así fue como comencé también a organizarme con otras vecinas para exigir viviendas, había muchas otras mujeres en la

misma situación que yo. Aclaro que con el padre de mis hijos nunca logré tener casa, me tuvo 16 años en la indigencia.

Realizamos la primera protesta y logramos armar uno de los asentamientos del barrio El Polo de San Miguel, en una fracción de ese hoy barrio popular. Cuando logramos asentarnos, me llegó a mí sola la orden judicial de desalojo, pero todas las otras familias quedaron. Me puse feliz por ellas, yo me tuve que ir con mi familia a cuestras. Paradójicamente, quienes me desalojaron era una sociedad “Canalle - Macri y asociados”.

En el año 2009 comencé a militar políticamente en una organización peronista, sabía que era la única forma de luchar por más derechos y quería seguir los pasos de mi padre. Como presidenta de la cooperativa continué trabajando, refaccionando viviendas para vecinos que vivían en casitas de madera, les construimos las casas desde el cimiento al techo con los módulos de viviendas que yo gestionaba. Ayudando a otros me ayudaba a mí misma, de rebote no más; así llegamos a construir hasta un Centro Comunitario “La casita de Barrio Mitre”. En el transcurso de esta historia conocí a José, hoy mi compañero de vida, la persona que elegí y de la cual me enamoré; aclaro esto porque lo anterior fue un matrimonio forzado que hasta el día de hoy no entiendo por qué, pero eso ya pasó.

Para ese entonces, Cristina Fernández de Kirchner ya era presidenta, había creado la Asignación Universal por Hijo y el programa Ellas Hacen, yo admiraba y agradecía cada derecho que nos daba un gobierno para el pueblo. Lloraba por

los logros de todas las mujeres que ya no tendrían que pasar por lo que yo había pasado. La AUH fue una gran ayuda para mí y una señal de que Dios me miraba, miraba por mis hijos y por mí, a pesar de todo. En el 2014, con el programa FINES, terminé mi cuenta pendiente: ¡sí! Logré terminar el secundario, aquel que había quedado trunco allá por el año 1990. ¡Por fin! Entre el 2014 y 2015 comencé como coordinadora de ENHOSA y capacité, con un equipo de profesores y administrativas, a 1600 mujeres del programa Ellas Hacen, en plomería de agua fría y desagüe intralote. En 2015 asumió Macri. Me convertí, gracias a mi organización, en la responsable del Frente de Desocupados Eva Perón de San Miguel y comenzó la gran resistencia al gobierno de Mauricio Macri y de Vidal. Desde finales del 2014 hasta mediados del 2016 ayudé a RENABAP a relevar 19 barrios populares de San Miguel y logramos que muchos vecinos y vecinas obtengan el certificado de vivienda familiar que luego de los relevamientos otorgara ANSES.

Durante todo ese tiempo, también desde el 2011 hasta el 2019, acompañé al compañero Bruno Baschetti en sus candidaturas a concejal y a Intendente por San Miguel. En el 2017 me ofreció acompañarlo en la lista como cuarta concejala. En esa oportunidad no logré entrar, pero en el 2019 fui segunda candidata y asumí en diciembre de ese año como concejala del distrito de San Miguel. Hoy tengo un Centro Comunitario en el corazón de ciudad Santa María junto a los barrios de la periferia de San Miguel, al que se acercan cientos de vecinos y vecinas a verme todos los días, me he capacitado con dos diplomaturas y he creado un taller que

se llama “Junto a Ti”, donde junto con un equipo de profesionales asistimos a cientos de mujeres que sufren violencia de género y que están pasando por casi lo mismo que yo pasé. Lo hago en coordinación y articulación con el Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación.

Llegamos al 2022 y en este quehacer de la vida sigo ocupada y ocupándome de ser feliz, de una vez por todas, con mis hijas e hijo ya adultos y mis siete nietos. Ninguno está en situación de calle. Tengo un buen compañero a mi lado y la firme convicción de que es un deber derribar patrones de vida y viejas costumbres.

# **Ironías**

Olivia Orsatti

## OLIVIA ORSATTI

Nació en Olavarría en 1987. Estudió periodismo porque siente una fuerte vocación de denuncia de injusticias, sobre todo aquellas que oprimen la vida de mujeres, disidencias, niñeces y adolescencias. Le gusta el aire libre y, al igual que a muchas, la salvaron sus amigas.

## JULIA DRON

Artista plástica

Es Profesora y Licenciada en Artes Plásticas en la Facultad de Artes de la UNLP. Realizó el Posgrado en Producción Visual en esa misma institución. Fue desarrollando su interés por la ilustración a partir de talleres, cursos y seminarios. Conectó con la naturaleza a través del dibujo, la poesía, el collage, la pintura y de sus viajes en bicicleta. Le interesa generar algún tipo de misterio y extrañeza en las ilustraciones. Sus obras han sido seleccionadas en salones de pintura, ilustración y grabado. Incursionó en Proyectos editoriales.

$$\begin{aligned} & (-5x^3)^{10} : (-5x^3)^2 \\ &= (-5)^{10} \cdot x^{30} \\ &= (-5)^2 \cdot x^{30} \cdot x \\ &= (-5)^2 \cdot x^6 = 25 \end{aligned}$$

- 1) DIST. CON MULTIP.
- 2) Cociente de potencia
- 3) pot. de otra pot.



32

## Ironías

El primer día que le corté las uñas a Azul, sin querer le arranqué un pedacito de piel, con un alicate en forma de abejita que provocó que sangrara un poquito. Si bien ese milímetro de piel cortada cicatrizó en horas, ni bien vi la sangre me sentí la peor mamá del mundo. Ella tenía un par de semanas de vida y yo, 16 años. Me gusta contarlo para permitirme el desahogo de no haber sabido muy bien qué hacer con una criatura que creció durante nueve meses en mi panza y estaba obligada a cuidar, al menos hasta su mayoría de edad. Y me gusta contarlo a pesar de que los bebés vienen con una serie de recomendaciones automatizadas que se transmiten en las familias o, si afortunadamente hay acceso a la atención médica, entre pediatras. En mi caso, la pediatra de mi hija fue la misma que tuve yo: no había terminado mi madre de prescindir de sus servicios para mí que volvimos para que supervise la salud de mi hija. En las ciudades medias o pequeñas, los profesionales se heredan, los de leyes y salud rankean primero.

A pesar de contar con obra social, nunca nadie me había hablado de lo que puede ocurrir cuando le cortamos las uñas a bebés. Esa, como todas las otras cosas de la maternidad, se aprenden estando ahí. Otro poco, me gusta contarlo para que mi hija escuche lo difícil que fue y es ser madre. Lo a fuego que se marcan algunas situaciones que desde afuera parecen muy simples, como parir o cortarle las uñas a tu bebé y provocarle una herida. Así de desigual son las relaciones de poder entre quienes cuidan y quienes deben ser cuidados. Así de rápido -y fuerte- lo entendí.

Me llamaba la atención la reacción de la gente. “Sí, fui mamá a los 16 años”, solía resolverles la matemática. No lograba ver lo que causaba sorpresa. Pues, antes de quedar embarazada había visto, y sigo viendo, a muchísimas pibas en esas circunstancias. Están en casi todos los estratos sociales: las mujeres que parimos a los 16 años -si bien no deberíamos- existimos. No lograba entonces reconocer las múltiples vulnerabilidades que atravesaron mi existencia y particularmente esa situación. Sin embargo, se enuncian solas. Mi vulnerabilidad queda expuesta de inmediato en esa frase.

Hoy entiendo qué fue lo que pasó cuando la confirmación llegó con la imagen de mi útero alojando un embrión de doce semanas: entré en shock. Tuve esa escena en bucle durante meses en mi cabeza. Si bien tenía un atraso de unas semanas, no me imaginaba la posibilidad de un embarazo, aún sabiendo que no nos cuidábamos con mi pareja, un año mayor que yo. Con la idea de tener un quiste o algo así que me impidiera menstruar saqué turno con el ginecólogo y en el centro de ecografías y allí fui un día de julio, sola, como

en un control de salud más. No debería haber estado sola. Mi mamá era enfermera, lo que facilitó que desde temprana edad las dinámicas de la medicina tradicional se me hicieran normales y autómatas. También era catequista: yo estaba bautizada, comulgada y confirmada por la Iglesia Católica, lo que facilitó la incorporación de otras instrucciones. El día que le conté que tenía relaciones sexuales, enumeró los métodos anticonceptivos y concluyó con la siguiente frase: “si quedás embarazada, lo tenés”. Por eso, ni bien miré el monitor del ecógrafo entendí en un segundo cuál iba a ser mi lugar en esta historia. Tenía 15 años y medio.

Veo en el nacimiento de mi hija, literalmente, un ancla: mi primera responsabilidad. Era menor, mis padres estaban en total tutelaje legal de mi persona y, aunque no tuviera edad suficiente para votar ni conducir un vehículo, iba a responder por todo lo que le sucediera a esa persona que había salido de mi cuerpo. Es el mandato de las madres, sea cual sea su edad, a pesar de que la reproducción de la especie implique dos cuerpos y, sobre todo, cierta madurez.

De todos los poderes que anhelé en la vida, el adquisitivo fue el que más torció mi realidad. Con plata en el bolsillo pude elegir a qué aspecto de mi vida le iba a otorgar calidad. Que una madre sin trabajo pueda acceder a un monto económico del cual disponer a su antojo es reconocimiento, en una sociedad que se empeña en restringirla. Y para poder entenderlo tuve que despojarme de todos los prejuicios que en la sociedad que habitamos se sostienen estructural y, sobre todo, discursivamente. Ser (mamá) adolescente en 2004, en la familia que me tocó, viviendo en una ciudad del centro bo-

naerense, fue definitorio en la construcción de mi identidad.

Argentina intentaba salir a flote tras la crisis económica más grave desde el regreso de la democracia mientras depositaba toda su esperanza en un presidente nuevo, originario de Santa Cruz. Las niñeces y las juventudes sufríamos en carne viva los coletazos del neoliberalismo. Había hambre, dificultades para acceder a una educación de calidad, a un trabajo y no había nadie en la dirigencia política de aquel momento que estuviese pensando en ellas.

Tan desamparados estábamos que, en diciembre de ese año, la corrupción confluyó en la peor tragedia del rock nacional hasta la fecha y la dejó expuesta. La noche de aquel 30 de diciembre yo estaba con mis amigas, amigos y mi hija que aún no caminaba, en casa, criando en tribu como siempre. Estuvimos hasta las cuatro de la madrugada pegados al televisor, mirando cómo sacaban los cuerpos de República de Cromañón en la pantalla de Crónica, deseando no ver caras conocidas entre ellos.

Olavarría no fue la excepción de este escenario nacional adverso (si es que hubo alguna). En esta ciudad minera y agroindustrial -de historial probado de vínculos con la última dictadura eclesiástico cívico militar, y famosa por apoyarse en los informes de inteligencia de la Policía Bonaerense para tomar decisiones- tampoco había interés por la franja más vulnerable de la sociedad. Pero yo tenía techo, comida y dos padres que trabajaban, así que terminé el secundario y elegí una carrera que se dictara en la ciudad ya que no iba a poder estudiar en otra, pues me había multiplicado. A pesar de contar con una amplia oferta educativa,

elegí el camino del periodismo y en la universidad pública mi cabeza se rompió una y mil veces. Tal vez, el desenlace hubiera sido el mismo si estudiaba ciencias exactas, pero nunca lo sabré porque el examen vocacional me inclinó al campo de las ciencias sociales. La realidad es que ahí me hablaron de derechos y yo estaba llena de ellos, tanto yo como mi pequeña de cinco años.

Aprender cuáles eran esos derechos no me fue gratuito. Reconocerse en desigualdad es violento y conocer cómo se sostiene esa desigualdad, a través de discursos que yo misma repetía, fue fundamental para no seguir reproduciéndolos. Durante mi tercer año en Comunicación Social, el Estado Nacional aprobó por ley la Asignación Universal por Hijo/a, un monto de dinero para menores de edad cuyos progenitores no accedían a trabajo formal, a cambio de controles de salud y escolarización de sus beneficiario/as. “No es para mí”, fue lo primero que le dije a alguien que me sugirió tramitarla. Creía que no pertenecía a la clase social de la que se hablaba como destinataria. Yo no era negra, ni puta, ni pobre. Pero era madre, no trabajaba y el padre de mi hija, al igual que en el resto de este relato, brillaba por su ausencia.

Con la plata de la AUH pagué fotocopias y cervezas por igual. Tenía autonomía mientras vivía en el techo de una familia con la que no compartía valores de cuidado. Manejar mi propio dinero me motivó aún más a perseguir mejores condiciones de vida para mí y para mi hija pero, por sobre todas las cosas, reconoció a mi hija como sujeto de derecho y a mí, por el simple hecho de ser su madre, como cuidadora. Materializó herramientas para ejercerlos. A pesar de los techos, los estructu-

rales y los simbólicos, me dio libertad. Si esa libertad se traducía en cigarrillos, nafta para ir a la facultad o en pañales, como la sociedad estaba empecinada en señalar, poco me importaba.

Mientras estudiaba pude acceder a una beca, luego a un trabajo formal, me independicé y finalmente, me recibí. Entregué mi tesis en marzo de 2022, a los 34 años. Paralelamente, mientras recibía la información de todos estos lugares fuera de mi techo, procuré que mi hija crezca libre de la mayor cantidad de mandatos posibles. La guía de ese camino fue mi espejo.

Eso lo pude entender muchos años después de haberle cortado un pedacito de dedo gordo a mi bebé. Me doy cuenta de que no fue mi culpa, que no habría podido evitar esa situación ni queriendo. Yo cuidé y cuido a Azul desde hace 18 años. Y como en los medios, en las ciudades y en las familias también circulan relatos. En la mía se dice que las niñas desean ser madres y antes que hablarles de vidas libres de violencias, prefieren que lo sean.

Cuando el Estado reafirmó con dinero que Azul era mi hija me permitió sostener el estudio y conocer sus derechos, a pesar de que eso significara también reconocer los que en mí no se ejercieron. Me gusta verlo como una ironía. Mientras cuidaba a mi hija, la llevaba al jardín y le festejaba los cumpleaños, de noche cursaba materias donde aprendía cómo en el poder mediático se encuentran alianzas claves para reproducir culturalmente un sistema de opresión; donde las mujeres y disidencias no accedemos a condiciones de trabajo dignas por nuestro género y padecemos, además, las múltiples discriminaciones por nuestra orientación sexual; edad; color de piel; clase social; identidad migrante y ori-

ginaria; discapacidad y una lista infinita. Sin haber podido elegir el destino de mi cuerpo, el recorrido me mostraba que había múltiples formas de habitar este mundo, mucho más justas y sanas. Aquel verano de 2004 tiré el alicate de abejita ¿cómo no iba a hacerlo?

# **Lágrimas del alma**

Rosa Margarita Martínez

## ROSA MARGARITA MARTÍNEZ

Nació en 1963 en un pueblo rural de la provincia de San Luis. Actualmente, vive en Benito Juárez, provincia de Buenos Aires, en el barrio Pachan. Es jubilada y participa de diversas actividades ofrecidas por el municipio, como el espacio de adultos mayores en la Secretaría de Deportes; también en el ámbito de mujeres creado por la Dirección de Mujeres, Género y Diversidad Sexual. Rosa es activa y alegre, ha vivido desde niña la violencia más cruda y pudo -en estos espacios de participación- atravesar su dolor y resignificar su vida. Construir con otros desde una perspectiva diferente permitió que Rosa se pueda expresar a través de sus poemas, creer en los otros, poder vivir en una sociedad más justa, más solidaria y transmitir la importancia del Estado y la construcción en red con otras mujeres.

## CARMELA CABALLERO (Carmela Bestia)

Ilustradora

Nació en Asunción, Paraguay. Allí creció junto a una familia grande. Migró a Argentina, donde trabaja y estudia hace algunos años. Pinta y dibuja personajes, en su mayoría bestias, que parecen seres imaginarios pero tienen que ver con una interpretación personal de cuestiones de la vida. También trabaja cuidando a una niña, hace serigrafía y pinta murales. Disfruta de jugar al ajedrez (aunque pierda la mayoría de las veces), tomar mates a la mañana y pasar el tiempo con Jagua, Lola y Mini los animales con los que convive.



# Lágrimas del alma

## **Me hubieras**

*Las lágrimas que más duelen  
no son las que caen por los ojos  
y resbalan por la cara  
las que más duelen  
son las que caen del corazón  
en silencio  
y resbalan por el alma.  
R. M. Martínez.*

## CAPÍTULO 1

### *Callar y seguir*

Nací en Arizona, una zona rural en la provincia de San Luis, en 1963. Allí pasé mis primeros años de vida. Mi pubertad la pasé en la provincia de La Pampa, en General Pico. Hoy vivo en la provincia de Buenos Aires, en Benito Juárez, donde estoy instalada definitivamente con mi familia.

Mi mamá biológica era una mujer de la vida y era alcohólica. Tuvo trece hijos, ocho mujeres y cinco varones, yo era la menor. Ya había una organización familiar estructurada que indicaba que mi abuela materna y la hermana mayor de mi mamá entregaban a los varones, los daban en adopción y se quedaban solo con las niñas, con el fin de entregarlas a diversos hombres con motivo de explotación sexual.

Pero mi mamá tenía algo particular conmigo, solo a mí me maltrataba verbal y físicamente, no le importaba si yo comía o no, no le importaba nada, porque yo era “la rebelde”, la que se escapaba cuando era el turno de entregarme. Escapaba porque nadie me ayudaba y yo sabía que eso estaba mal, mi familia sabía todo lo que pasaba pero nadie hacía nada. Además de la explotación sexual, sufría violencia física cuando me castigaban por no dejar que me hicieran lo que ella quería. Me obligaba a estar horas en el patio semi desnuda, en pleno invierno, hacía que me arrodillara arriba de arroz que se me terminaba incrustando debajo de la piel e iba dejando marcas hasta el día de hoy. Incluso, a veces, recuerdo que me dejaba durmiendo con los animales durante toda la noche y sin comer, llegué a tomar leche de la perra que teníamos para sobrevivir.

No era como es ahora, que si necesitás ayuda podés denunciar o hay instituciones que te pueden proteger, en ese momento no había nada, era horrible. Yo vivía huyendo por todos lados porque no tenía ayuda de nadie. A veces, no dormía de noche por miedo a que me atraparan hombres, incluso mis hermanos.

Un día, con mi mamá biológica fuimos a otro campo que lo dirigía una mujer, yo confié y fui porque iba a estar rodeada de mujeres. Pero mi mamá estaba tramando algo, la observé y sentí que así era. Estaba tramando algo con esa mujer. Cuando vi que llegaba mucha gente, me escapé, les tenía miedo. Me fui a mi casa, donde estaba mi padrastro con sus hijos e hijas. Una de ellas era sordomuda, con la que me quedé sola cuando todos se fueron. Yo estaba contenta porque era mujer y no me iba a hacer nada. Me propuso jugar, pero yo nunca me imaginé lo que iba a pasar. Me destruyó.

Recuerdo que mi hermanastra tenía cuarenta y pico de años y yo, cinco ó seis. Me alzó y me sentó en la mesa, me pidió que me acostara y me ató. Me sacó parte de la ropa y abusó de mí. Recuerdo que me desmayé del dolor y cuando me desperté estaba en un hospital. Cuando le conté a uno de mis hermanos que estaba escribiendo mi historia, me ayudó a recordar ese día. Fue él quien me encontró arriba de la mesa, con sangre y me llevó al hospital. Cuando salí, fui a vivir con mi abuela materna.

Nuestra vida transcurrió así, íbamos de un lado al otro y cuando pensábamos que íbamos a estar bien, de nuevo nos encontrábamos en un pozo. Todo era callar y seguir, seguir la vida como estaba.

## CAPÍTULO 2

### *Teresa y Cándido*

Ya viviendo en la Pampa, en General Pico, recuerdo que tenía nueve o diez años y me escapé una noche de mi casa porque mi mamá biológica había citado a un hombre para entregarme. Me fui a dormir en medio de un molino, en un campo vecino. Esa madrugada, había un hombre que estaba cosechando con las máquinas y me encontró dormida adentro del pozo, fue a buscar a su esposa y juntos me “adoptaron”, con el consentimiento de mi madre biológica.

Fueron mi mamá y mi papá desde ese día. Lucharon un montón conmigo para demostrarme que existían el amor y la ternura, porque cada vez que yo los escuchaba discutir me escondía en el gallinero por miedo. Me enseñaron lo que es que alguien te cobije, te dé un beso de buenas noches, te lleve a la escuela, te haga una caricia. Ahí conocí el amor. Todo lo que sé me lo enseñaron ellos, Teresa y Cándido.

Pasaba un tiempo con ellos y un tiempo con mi mamá biológica, porque ella iba con la policía a buscarme hasta que, después, pude quedarme definitivamente con mis papás.

A los once años aproximadamente, mi mamá biológica me estaba golpeando por haberme negado a comprarle vino, ese día conocí a Juan. Los abuelos de Juan vivían cerca de la casa de mi mamá, en el momento que me estaba golpeando pensé en ese lugar, me escapé por la ventana y fui. Mi mamá me siguió y me escondí detrás de la abuela de Juan, Avelina Rojas, quien me defendió y la echó porque me quería seguir pegando dentro de la casa. A partir de allí, me quedé

un tiempo con ella. Cuando tenía 14 años conocí a su hija con la que me divertí mucho y fuimos amigas. Algunos años después fuimos a una fiesta, bailé con Juan y a la semana nos casamos, hasta el día de hoy.

Un mes y medio antes de cumplir los 15 años me avisaron que mi madre biológica había sido asesinada en Santa Rosa, La Pampa, y no sentí nada. No sentí dolor. Mis padres me llevaron a su velorio y yo no podía parar de reírme, creo que no tuve otra manera de expresarme.

### **CAPÍTULO 3**

#### ***Blanca***

Comencé una vida con Juan, ambos éramos camioneros, manejábamos cada uno un camión pero andábamos siempre juntos para cuidarnos. Llegamos a Benito Juárez contratados por un hombre que tenía una empresa y yo continué en ese trabajo por años, hasta que fui mamá. Fue aquí que pude contar por primera vez lo que me había pasado y empezar a perdonar. Estando acá pude dejar atrás todo, San Luis, La Pampa, esa familia y construir algo más, mi propia familia.

Cuando nos vinimos a vivir al pueblo, un pastor de la iglesia evangélica, al que todavía considero un segundo padre, me ayudó. Lo conocí gracias al destino, empezamos a frecuentarnos y junto a su familia fueron los primeros que nos recibieron. Yo no existía en Juárez, porque me había aislado como mecanismo de defensa y no veía a nadie. Me in-

vitaban y me negaba. Era horrible. Tenía miedo de salir a la calle, me costaba confiar y relacionarme con las personas; con otras madres de la escuela de mis hijos, tenía pánico de concurrir a otros lugares. Pero ellos me brindaron confianza, les conté mi historia y me aconsejaron mucho.

Vine a vivir al barrio Pachan hace 18 años. Una vecina, Blanca, fue la que me empujó a salir adelante. Con ella conocí muchos lugares y paseamos mucho. Fue con Blanca con quien pensé por primera vez la idea de escribir un libro juntas, porque ella vivió muchas cosas en su vida, igual que yo y, sin embargo, salió adelante. Hablábamos mucho sobre cómo habíamos podido “zafar” cada una y cómo la vida nos había hecho coincidir. Recuerdo la fortaleza que tenía Blanca frente a los obstáculos, a pesar de todos los golpes que le daba la vida, a pesar de sufrir violencia cotidianamente dentro de su hogar, siempre se levantaba con una sonrisa, siempre me contagiaba su alegría. Ella era mi compañera, hacíamos todo juntas. En ese momento, todavía no existía el movimiento de mujeres que hay hoy, la sororidad. Pero gracias a la amistad que pudimos construir con Blanca es que yo pude comenzar a ver la vida de otra manera. Blanca era luz. Falleció hace unos años, se desplomó en mis brazos. Nuevamente me quedé sola y caí en un pozo depresivo.

Después de la pandemia, sentí la necesidad de incorporarme a los espacios donde había pensado ir con Blanca antes de que falleciera. Empecé a ir a la colonia de adultos y a los espacios de adultos mayores en el Polideportivo Municipal de Benito Juárez, pero esta vez lo transité con mi marido. Ahí se abrió algo, algo se despertó. Empecé a conocer

personas, profesionales del Estado municipal que me extendieron la mano y me contagiaron la alegría. Recuerdo a una profesora de Educación Física que fue como un ángel, con alegría nos daba las clases y despertó el interés por hacer deporte y mantenerme activa.

A partir de esta nueva forma de vivir y de incorporarme a propuestas, comencé a participar de espacios con otras mujeres que hoy forman parte de mí día a día, son mi red de contención. Actualmente hago un taller de cocina, actividades recreativas y estoy finalizando el secundario más allá de estar atravesando una enfermedad. Me siento contenida, escuchada, pude encontrar un espacio donde reconstruir mi historia y comenzar a sanar. Hoy estoy cumpliendo esa idea que teníamos como hermanas que éramos con Blanca.

A pesar de todo lo que ha pasado y lo que puede pasar, siempre hay algo o alguien que te estira la mano. Participar en estos espacios me ayudó y considero que podría ayudar a tantas mujeres que, como yo, tienen sus propias historias para contar y sanar y necesitan de un otro que las inspire a salir adelante. A pesar de todo lo que he pasado, en Benito Juárez logré construir y tener mi propia familia, tener a mis hijos y a mis nietos, criarlos con amor y luchar por ellos, poder transmitirles lo que me enseñaron Teresa y Cándido.

Poema del Alzheimer, dedicado a mi hijo Josué.

*No me pidas que te recuerde  
no trates de hacerme comprender  
dejame descansar  
haceme saber que estás conmigo  
abrazá mi cuello y tomá mi mano  
estoy triste, enferma y perdida  
todo lo que sé es que te necesito.  
No pierdas la paciencia conmigo  
no juzgues, no grites, no llores  
no puedo hacer nada con lo que me ocurre  
Aun si trato de ser diferente no lo logro  
recuerdo que te necesito  
que lo mejor de mí ya partió.  
no me abandones, quedate a mi lado  
amame hasta el final de mi vida.*

FICCIÓN  
EN CLAVE  
DE GÉNERO



# **9 de Julio**

María Celeste Mazzitelli

## MARÍA CELESTE MAZZITELLI

Nació en Adrogué y vivió toda su vida en Temperley. Realizó sus estudios primarios y secundarios en escuelas públicas de su barrio. Estudió la Tecnicatura en Minoridad y Familia en la Universidad de Lomas de Zamora y actualmente cursa la Licenciatura en Ciencias de la Educación. Tiene una hermana melliza y dos hermanos mellizos. Es de una familia chica pero afianzada. Hace trabajos *ad honorem* en la unidad 40 de la provincia de Buenos Aires, a través del programa Alas. También da cursos gratuitos en la Facultad de Ciencias Sociales de la UNLZ.

## CECILIA CODONI

Ilustradora | Artista plástica

Vive en Tolosa, La Plata, con su familia y su gato Mochi. Recuerda de su infancia cosas como los regalos de los viajes de su tío, entre ellos, una lata de acuarelas y un atril que usó muchos días de lluvia. Es Ilustradora y Artista Plástica, estudió en la Facultad de Artes de la UNLP. Se formó luego como ilustradora haciendo miles de talleres. Le gusta coleccionar papeles, sellos y objetos que encuentra en la calle y que luego son parte de sus collages. Ama pasar las tardes en su estudio ilustrando y tomando mate.



## 9 de Julio

Se llama Ofelia, ya es abuela; no tiene muchos nietos, solo cinco, pero está cansada igual, se los dejan siempre en su casa. Se queja pero los quiere.

Es de contextura baja y gorda. Tiene una papada suave, muy suave. Es activa y servicial, cumple con todas las tareas del hogar al pie de la letra como le enseñaron pero se queja, sabe que no está bueno vivir así. Servir al viejito, servir a los nietos y nietas, servir a los invitados, servir, servir y servir.

No quiere ese destino para sus hijas y nietas, pero sus hijas no le dieron bola y se casaron. Siempre les repite a sus nietas: “ustedes no sean como sus mamás, que por irse de casa se fueron a lavar los calzoncillos de cualquiera. Sean independientes, disfruten de muchas relaciones, conozcan muchas personas. No hagan como yo”. Las nietas se ríen, todavía son muy chicas para entender. Pero de grandes van a recordar cada palabra y van a pelear por lo que quieren y por no repetir las vidas de su abuela y su mamá.

Ofelia, a pesar de todo, es alegre y graciosa. Le gusta pasear, ir de compras, aunque sea a la verdulería, a la feria o a la carnicería, da igual. En el barrio la conocen todxs como “La Porota”. Su andar es un tanto gracioso, da pasos cortos pero rápidos. No tiene mucho pero con lo poco que tiene hace mucho; se las rebusca para que sus nietos y nietas estén contentas. Todos los jueves va a la feria que se hace en el barrio, que se arma justo en la esquina de su casa. Les deja elegir un juguete, un par de medias o alguna bombachita a las nenas, siempre dependiendo de la plata que tenga esa semana. Las nietas son las más chicas de la familia, por eso las malcría un poco.

Siempre está en la cocina, a la hora que la busques va a estar ahí. El lugar más chiquito de la casa. Es un pasillo, de un lado están la mesada, la bacha para lavar y la cocina; del otro lado hay pared y nada más que pared. Tiene una puerta que da al fondo de la casa y que siempre está abierta. Por eso, le pusieron una cortina de tiritas plásticas de colores para que las moscas no entren.

Arriba de la mesada hay una alacena que hace juego con el bajo mesada. Un juego de alacenas que podría decirse que en los `70 fue un mueble muy costoso de comprar. Es de fórmica naranja, un naranja tirando a rojo que brilla mucho y que, en algunas de sus puntas, se puede ver cómo se va levantando y dejando al descubierto el aglomerado que lleva dentro. Una alacena chica como la cocina, pero que igual siempre tiene algo nuevo, como la máquina de churros y la jeringa plástica para rellenarlos de dulce de leche. También, en un momento apareció de nuevo la máquina de helados, un armatoste bastante incómodo que había que dejar enchufada

adentro del freezer; pero esa se usó hasta que llegó el ¡1, 2... listo! Cuando salió ese postre tan fácil de hacer se le dijo adiós al armatoste. Cuando se le decía adiós a algo en la casa no era para siempre, solo cambiaba de lugar, pasaba de adentro al galpón de afuera. En ese galpón podías encontrar hasta las muñecas con las que jugaron las hijas de Ofelia, sus cuadernos de la escuela y muchos recuerdos más, también los muebles que se cambiaban iban a parar ahí.

En la cocina está la olla gigante de los perros, es grande porque son cuatro animales que alimentar: la Cleo, la Panki, la Negra y la Moni. Igual, la olla entra cómoda en esa cocinita. Dentro del horno siempre están las asaderas y el sartén con el aceite para freír, ese aceite se usa varias veces y, entre uso y uso, se cuele para sacar los restos de pan rallado o de papas; esto se hace religiosamente así dura más y no se pone feo.

Estaba en esa cocina cuando la llamaron, era un martes de abril como cualquier otro. Preparaba el almuerzo para sus nietas que, como iban a una escuela cercana a su casa, siempre almorzaban ahí. Entre apanado y apanado de las milanesas que estaba haciendo, sonó el teléfono. Se limpió en el delantal un poco el pan rallado que tenía pegado en la punta de los dedos, bajó el fuego donde hervía las papas para el puré y atendió.

- Hola, diga.

- Hola ¿con la casa de Ofelia?

- Sí, ella habla. ¿Quién llama?

- Hola Porotita querida, soy yo, la Judith.

- Judith, amiga, tanto tiempo. ¿Qué pasó? ¿Cómo estás? ¿Cómo está el pueblo? ¿Y la Pocha?

Con la voz un tanto entrecortada, Judith contestó.

- Por ella te llamaba. Está muy enferma y lo único que quiere es verte antes de partir. Habla de vos frente a sus nietos, frente a sus hijos. No entra en razones. Necesitamos que vengas.

- Pero si vos sabés que no puedo volver.

- Porota, ya pasó tanto tiempo. No están ni vivos los que se opusieron, los que querían verte lejos. Por favor, vení. Te lo ruego.

El agua de la olla con papas hierve y se rebalsa.

- Bueno, Judith, tengo que seguir con lo mío. Dejame-lo pensar.

Corta y vuelve a la cocina. Camina lento como arrastrando los años de amargura y tristeza. Durante todo ese día está como ida, en otro lugar. Cumple con todos los quehaceres del día y a la noche, cuando se va a acostar, ya presiente que va a ser una larga noche, que le va a ser imposible poder dormir después de esa noticia.

Da vueltas y vueltas y piensa. *¿Qué hago? No puedo no ir. Pero ¿qué le digo a mi familia? No les puedo decir que voy a ver a La Pocha, me van a preguntar quién es y qué les digo, nunca hablé de ella. No, esa no es una opción.* Después de tanto pensar y dar vueltas se decide: va a mentir. Va a decir que tiene que arreglar unos papeles de la casa de un primo que falleció. O cualquier cosa, pero a La Pocha no la va a nombrar. Temprano a la mañana se va al centro de Lomas a comprar el pasaje a 9 de Julio. Saca con fecha para ese viernes, pero no compra pasaje de vuelta, ni se le ocurre, ni lo piensa.

Vuelve intranquila a la casa, como si hubiera hecho algo malo. Llega y se va directo a la cocina, ya está por ser la hora del almuerzo y sus nietas van a llegar con hambre. Mientras

cocina, piensa y repasa su mentira. No quiere levantar ninguna sospecha. A la tarde de ese mismo día, mientras el viejito está en el club jugando a las cartas, llega Miriam, la hija divorciada que vive a la vuelta de la casa y va todas las tardes a visitarla, a ver si necesitan algo y a tomar unos mates.

Como todos los días, Ofelia pone la pava, prepara el mate con cascarita de naranja secada al sol, un poco de burrito y el chuker, se sientan en la mesa del patio a charlar un rato. Entre mate y mate, Ofelia pone en marcha su plan y arranca con su mentira.

- El viernes me voy para mi pueblo, a 9 de Julio. Ya me mandaron los pasajes.

- ¿Qué?

-Que tengo que irme para mi pueblo a hacer unos trámites. Mi primo Cachito falleció y sus hijos necesitan que vaya a firmar los papeles de la casa.

- ¿De qué casa, mamá?

Se pone nerviosa, no había pensado demasiado su mentira, no creyó que le preguntarían tanto.

-Mirá Miriam, no me explicaron muy bien. Me mandaron el pasaje, yo voy y cuando sepa más, te llamo y te explico. Vos solamente tenés que venir el fin de semana a hacerle la cena a papá. Yo el domingo ya estoy acá, no vuelvo el sábado porque no había pasaje para ese día, pero despreocupate que el domingo temprano ya estoy acá. A la tarde ya vamos a estar tomando mates como ahora. Y cambia rápido de tema. Miriam queda un rato desconcertada, pero no pregunta más.

Cuando se va Miriam vuelve a la cocina a preparar la cena, mientras lo hace repasa una vez más su mentira, pero

esta vez piensa hacerla más sencilla. Va a decir que el primo Cacho falleció y quiere ir al velorio, total el viejito no le va a decir nada, él ya sabe que ella algún día va a querer volver a cerrar su historia.

Mientras termina de cocinar pone la mesa, lava las cosas que ensució y prende la tele. Después, sirve la comida y se sienta. Pasa un buen rato hasta que toma coraje para decirle al viejito su mentira. El viejito, cómplice, no dice nada ni pregunta cuándo se va ni cuándo vuelve. Él siempre supo que ese día iba a llegar. Lo único que pensó por dentro, y que no dijo tampoco, fue por qué se había tardado tanto.

Por fin llega el viernes, ya arregló todo con la Judith que la va a esperar en la terminal al mediodía. Está ansiosa, se sube al micro con su bolsito de mano. No lleva mucho: un buzo, un suéter, dos pantalones, tres remeras y una campera, por si refresca. Por las dudas, no sabe por qué, se llevó todos sus ahorros. Es lo que le esconde al viejito para que no se la chupe toda. Él no sabe que ella tiene plata, ella no sabe para qué la guarda, pero la guarda. Y tampoco sabe para qué la lleva, pero la lleva. Se sienta y espera ansiosa que arranque, ya quiere estar allá, no lo puede creer. Después de tanto, volver. No puede dejar de pensar en las ganas que tiene de abrazar a La Pocha. La recuerda tan viva, tan linda. Su sonrisa, su mirada, su todo.

La Pocha fue su primer y único gran amor. Con ella se dio su primer beso. Era una tarde de febrero en el pueblo, tenían catorce años. Estaban hablando de la vida cuando le confesó que nunca había besado a nadie.

La Pocha la miró y le dijo  
- Si querés te enseño.

No lo podía creer, había esperado ese día desde que la primera vez que se vieron. Sonrió y cerró los ojos, el corazón se le aceleró cuando sintió la calidez de sus labios húmedos. Ese día empezó todo lo lindo y todo lo malo también. En el pueblo no se podían enterar de lo que pasaba entre ellas, la única que lo sabía era Judith. Tampoco se animaban a hablarlo con alguien más, ya que hasta ellas creían que eso que hacían estaba mal, pero no podían dejar de hacerlo.

Se deseaban tanto que apenas se despedían ya querían volver a verse. Lo bueno era que, por ser amigas, nadie sospechaba nada y no impedían que se vieran. Hasta que un día, el primo de La Pocha las vio; se estaban besando en la plantación de algodón cuando Carlitos las fue a buscar y ¡zaz! Horrorizado, corrió a su casa. Él era más chico y entendía muy poco o nada sobre las cuestiones del amor, pero algo sabía y era que eso estaba prohibido, eso estaba mal. Entró llorando a la casa y le empezó a contar a su mamá lo que había visto, ella ya sospechaba algo así que fue corriendo a casa de su hermana y le contó todo.

La historia corrió por todo el pueblo como piezas de dominó puestas en hilera. El drama vino después cuando, Don Julián, el papá de la Pocha, fue a increpar a la familia de Ofelia para que se vayan del pueblo. Don Julián era un hombre de plata, tenía campo, las plantaciones eran suyas, no era un mísero peón como el papá de Ofelia. La familia de Ofelia decidió mandarla para la Capital; allí tenía una tía que iba a ayudarla hasta que pudiera independizarse. Ya instalada tuvo que aprender a vivir una nueva vida, consiguió trabajo y se casó, pero eso es historia para otro cuento.

Estaba repasando su vida cuando el micro frenó y anunció el arribo a su pueblo. Otra vez se le aceleró el corazón, estaba tan cerca de la Pocha que no podía creerlo. Cuánto había pasado, tanto tiempo y tantas historias se habían escurrido. Como habían arreglado con Judith, ella ya la estaba esperando en la terminal. Se quedaron un rato mirándose, como reconociéndose nuevamente. Había pasado tanto tiempo que era raro encontrarse entre tanta vida. Una vez hecho el reconocimiento, se abrazaron como si fueran adolescentes otra vez; por un rato, Ofelia se olvidó de que le dolían los huesos por haber estado sentada cinco horas en un asiento semicama.

No quería parecer maleducada pero tenía ganas de decirle a Judith que quería ir directo a verla, que no le interesaba otra cosa. La Judith, como si supiera lo que estaba pensando, dijo ¿quierés que vayamos directo a lo de la Pocha?

- Sí, dijo con entusiasmo. Y hacia allá fueron.

Ofelia iba mirando por la ventanilla del remis pensando en lo estancado que había quedado el pueblo, parecía que el tiempo se había detenido en ese lugar. La esquina de lo de Mingo ahí mismo estaba, la canchita de Julia también ahí estaba. Estaba todo en el mismo lugar, pero más deteriorado. Y miró que ya estaba deteriorado en aquella época. La escuela N° 1 también estaba ahí, con la misma estructura, los mismos ladrillos a la vista, el mismo mástil, las mismas aulas, el mismo patio, la misma precariedad, las mismas faltas y miserias. El pueblo siempre había pertenecido a “la gente de bien”, los pobladores siempre habían estado en deuda con esta gente que supuestamente había venido a hacerles un favor a ellos y no a sus propios negocios.

La Pocha seguía viviendo en la misma casa de siempre, su casa de la niñez, la casa que quedaba en el centro del pueblo. Se había tenido que ir para allá cuando se agravó su enfermedad. A ella le gustaba más la Estancia, se sentía libre ahí, pero necesitaba estar cerca del hospital por si pasaba algo de urgencia.

Cuando se iban acercando a la casa de la Pocha le empezaron a sudar las manos, se le aceleró el corazón, le dolía la panza, se hacía pis, estaba muy nerviosa. Llegaron, se bajaron del auto y Judith abrió la reja que estaba sin llave. Ofelia se quedó parada en la vereda.

- Dale Ofelita, vení tranquila que nos está esperando. Ya le avisé que hoy veníamos.

- Sí, sí. Ahí voy.

Caminaron juntas por un caminito hecho de piedras que llevaba directo a la puerta principal, una puerta grande de madera maciza, una puerta que, como a ellas, le había pasado el tiempo también. La Judith abrió, también estaba sin llave. Entraron y subieron las escaleras, la habitación estaba arriba y la Pocha ya hacía un tiempo que estaba en cama.

En la puerta de la habitación, la Judith se frenó de golpe.

- Está acá, entrá tranquila.

- ¿Sola? ¿Y vos? Dice, mientras ríe.

- ¿Me vas a decir que le tenes miedo a la Pocha? Entrá tranquila, ya sabe que sos vos.

- ¿Decís que me va a reconocer?

- ¿Y vos crees que no? Dale Porotita, entrá sin miedo. Después, si querés, venite para casa, yo voy a estar ahí. Sigo

viviendo en la misma casa de siempre, me imagino que te acordás dónde es.

- Claro que me acuerdo, después paso por allá.

Tomó aire y dio el primer paso. Cuando abrió la puerta y entró, una sonrisa se le empezó a asomar mientras lloraba. Ese viernes, la Pocha estaba tan ansiosa como Ofelia; tenía una mezcla de nervios, alegría y miedo. Miedo de que Ofelia ya no la viera como solía verla en su adolescencia; ahora estaba vieja, enferma y gastada. Por momentos se arrepentía de haber pedido que venga.

Cuando llegaron, la Pocha escuchó el auto que frenó y, a partir de ese momento, le pareció que pasaba una eternidad entre que bajaron y llegaron a su habitación. No sabía cómo ponerse, se giraba de un lado de la cama, se giraba para el otro lado; se peinaba para un costado y para el otro, acomodaba las cosas de la mesita de luz, ya no sabía qué hacer. Hacía para no pensar, le tenía tanto pavor al rechazo, podía soportarlo de cualquier persona, pero de su Porotita no, le daría mucha tristeza, más de la que sufrió cuando tuvieron que separarse.

Cuando sintió el picaporte tomó aire mientras cerraba los ojos y temblaba. No se dijeron nada, se abrazaron fuerte y se besaron como si tuvieran catorce otra vez. Temblaban, pero no de miedo como cuando eran chicas, esta vez era de emoción porque sabían que ese beso iba a ser para siempre y que por ese beso había valido la pena la espera.

Se acariciaron, lloraron, se abrazaron y tomadas de la mano pasaron la tarde juntas. Ofelia se recostó a su lado con la espalda apoyada en la cabecera de la cama, mientras le acariciaba la cabeza a la Pocha.

Pocha le contó sobre sus nietos, sobre la vida en la casa y lo penoso que era eso; le contó sobre Carlitos, su primo, el buchón le decía y se reían. También le contó sobre lo que había pasado cuando ella se fue a vivir al centro, que el papá había decidido casarla con el hijo del Achával Junco, que no era un mal tipo pero que nunca habían logrado quererse. La Ofelia le contó sus dimes y diretes, le contó de cómo conoció al viejito, que se querían, que les había costado pero que hoy se querían, se entendían con sus locuras y que se acompañaban dentro de lo que podían.

Recordaron anécdotas de cuando eran chicas y se rieron mucho, pasaron toda la tarde juntas entre caricias, recuerdos y chismes del pueblo. Ofelia la escuchaba con una sonrisa en su boca y una mirada de alegría. Hasta que la Pocha se quedó dormida, ella estuvo un rato acariciándola y mirándola. Se levantó de la cama, le besó la frente, acarició su cara y salió. Se fue a lo de la Judith, que vivía a dos cuadras de ahí. Llegó y se tomaron unos mates.

- ¿Y, cómo estás Ofelita?

- Bien, estoy contenta por haber venido.

- ¿Te quedás?

- Sí. Paso la noche acá, si no te molesta

- ¿Cómo me va a molestar? Lo único es que me vas a tener que ayudar a cocinar, vos que siempre fuiste la experta en la cocina. Rieron un rato y cocinaron juntas. La Pocha falleció esa misma noche.

Ofelia volvió a su casa después del velorio. Y, como le había dicho a su hija, el domingo ya estaba en la cocina po-

niendo la pava y preparando el mate con cascarita de naranja secada al sol, burrito y chuker para tomar en el patio de su casa.

# **Quiero que me llamen Eulalia**

María Cecilia Corda

## MARÍA CECILIA CORDA

Es de La Plata y es actriz (solo conocida en espacios alternativos) y escritora (misma situación). Como editora es más reconocida, lo fue de *Descentrada*, la revista interdisciplinaria de feminismos y género; y ahora dirige *Palabra clave*, ambas en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Su formación es bien humanística, comenzó con bibliotecología, siguió con historia y continuó con una maestría en ciencia política y sociología. Trabaja en la Biblioteca de Ciencias Sociales “Enzo Faletto” de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) desde que estaba Menem. Y un poco más acá, hacia la crisis del 2001, comenzó como docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Al día de hoy persiste en reflexionar sobre en qué estaba pensando cuando se metió en el campo de las ciencias sociales. No obstante, allí continúa.

## LUCIA RICCI

Ilustradora

Nació en 1998 en Buenos Aires. Es estudiante de Diseño Gráfico en FADU, UBA. Dibuja y escribe desde siempre, a partir de 2016 lleva el proyecto gráfico titulado *La Chinoise*, porque siempre prefiere firmar sus trabajos con un nombre fantasioso. Empezó formalmente como una necesidad y, desde entonces, se nutre participando del intercambio con otrxs y con la exposición en muestras y ferias gráficas, una fascinación que domina.



## Quiero que me llamen Eulalia

Acá me van a blanquear. El tema es que no tengo el documento con el nombre con el que me conocen, DNI, así se dice. No sé a quién preguntarle. Si no, les digo *muchas gracias pero no acepto*. Que me sigan pagando taca taca. Yo para qué quiero blanquearme, ya medio negra soy, no voy a pasarme a blanca ahora. Aunque si le digo así al capataz, va a sospechar. Todo el mundo quiere que lo blanqueen acá. No sé para qué. Yo si me enfermo voy al hospital. Mientras me alcance para el alquiler y mis cosas, no quiero ser ni blanca ni nada. Otra cosa que se me ocurrió es decirle que perdí el documento. Pasan los meses y se olvidan. Me quieren mandar a hablar con uno de recursos humanos, nunca lo vi en mi vida. Y eso que hace ya seis años que trabajo acá. Tal vez venga en otro horario. Ni en un pasillo me lo crucé, no sé quién es. Ahora me lo quieren presentar. ¡Para presentaciones estoy! No quiero saber nada con nadie, menos con ese hombre que anda escondiéndose peor que yo. Ni la cara

muestra. Yo a veces la muestro, la mayor parte del tiempo ando con el barbijo en la planta, pero en el patio no. Y en el comedor al mediodía, tampoco. Ni cuando me voy a las seis de la tarde, o a las siete. Otra cosa que se me ocurrió es hacerme un documento con el nombre que uso ahora. Les digo que cambié de identidad, escuché en la televisión identidad de género: que podés cambiarte el documento, la partida de nacimiento, todo. Yo no tengo títulos. La primaria al final no la terminé porque los últimos dos meses no pude ir. Fue el año que falleció mi abuela, ella sí quería que estudiara. Pero entre una cosa y la otra ya no me podía llevar, estaba mal y, después, muerta.

Yo me quedé en la casa haciendo las cosas que hacía ella. Cuando fui a buscar el título, no me lo quisieron dar, me dijeron que quedé en condición de alumna libre. ¿Qué mierda es eso? Me di media vuelta y me fui. Esa vieja de la directora nunca me cayó bien. ¡Sinvergüenza!

Así que voy a hacer eso. Me presento en donde hacen los documentos, acá en Suipacha hay una oficina en el centro, y les digo lo del cambio de identidad. Que me pongan Doña Eulalia Quiroga, con eso suficiente. Año de nacimiento: 1980. Número redondo, de paso me saco unos años. Lugar de nacimiento: Suipacha, de acá nomás. Acta no tengo, que no me pidan, otro despelote. Me la robaron. Nombre del padre: desconocido. Nombre de la madre: Rosa Quiroga, total qué saben. Mi madre sí se llamaba Rosa, que en paz descanse. Estado civil. Eso sí que no les contesto. Yo quedé casada legalmente allá en el Paraguay, no te podés separar fácil. Así que rellenen con un punto, o un guión, que pongan lo que les parezca.

Que ponga un punto, le digo. ¿Qué tiene que estar preguntando tanto? Chismosa. Como toda mujer de pueblo. Qué le interesa. Y sí, ando con el Carlos del mercado, él me dijo que está separado, a usted qué le importa. No tengo que darle explicaciones, ni a usted ni a nadie. Él es un hombre sin compromiso y yo también. Le digo que yo también. ¿Casada de dónde? Bueno, sí, estuve casada, pero hace mucho. Nadie se acuerda. Al hijo me lo mató; palos y palos todos los días hasta que un día, lo mató. Lo pesqué justo enterrándolo en el fondo. El hijo de puta ese. Malparido. La vida imposible, quince años de sufrimiento. Qué digo quince, más; o parecieron más. El nene era chiquito, no pudo defenderse. Aprovechó que me había mandado a trabajar. Ahí fue cuando me fui, no lo pensé ni un segundo. Corrí con lo puesto corrí, corrí y me subí a un camión que me trajo hasta acá. Dios me puso en el camino a ese camión y a ese muchacho que me ayudó.

Por eso, a usted, qué le importa mi estado civil. Ponga Eulalia Quiroga. María Eulalia Quiroga y punto final, lo necesito para que me blanqueen en la fábrica de quesos. Me van a presentar a un señor que está más arriba que mi capataz y que me va a decir los papeles que tengo que llenar. Tengo que llevar el documento, el DNI.

Yo me fui porque si no me iban a dar el acta de defunción. Usted no sabe lo que es: palos de chica, palos de grande. En este momento lo único que necesito es que usted me ponga ahí en la computadora los datos que le estoy diciendo y que me dé la tarjeta. Está haciendo un bien. ¡No sabe el bien que está haciendo! Con el documento entro legalmente a trabajar a la fábrica. Hay beneficios, me dijeron mis com-

pañeras. No ahora, más adelante. Yo allá no puedo volver, me entiende. Si me dan este trabajo fijo, me quedo. Yo me quedo, delo por seguro. Usted misma me puede dar el acta de defunción, dentro de unos años. No ahora. Ahora necesito el documento. María Eulalia Quiroga. Se lo anoto en este papelito si le viene mejor y lo hace cuando usted pueda. Yo vuelvo a pasar, no hay problema.

# **Una resurrección posible**

Silvina Andrea Casteller

## SILVINA ANDREA CASTELLER

Nació hace cincuenta y cuatro años en La Plata, vive en City Bell, una localidad cercana de esa ciudad. Se recibió de abogada y trabaja en el Poder Judicial en el fuero penal desde hace más de treinta y cinco años. Está casada hace veintisiete años con Andrés, también abogado y tienen tres hijos, dos varones y una mujer. En su tiempo libre se dedica a escribir, leer y hacer actividades físicas.

## ANTONELLA GIORDANINO

Ilustradora

Nació en el Partido de La Costa. Desde muy joven desarrolló gran pasión por el dibujo y la pintura, pasando la mayor parte de su tiempo creando y explorando su creatividad. Después de culminar sus estudios de Diseño de Indumentaria y el Profesorado de Artes Visuales en su lugar de origen, sintió la necesidad de seguir capacitándose y crecer como artista. Fue así que decidió mudarse a La Plata donde trabaja como ilustradora y colabora con diferentes clientes en la creación de proyectos de ilustración y diseño gráfico.



# Una resurrección posible

## 1

Hoy, domingo de Pascua, volví a ver a mi hijo después de muchísimo tiempo. Subió al taxi que manejo hace años. Si bien no soy de ir a la Iglesia, me considero creyente, aunque nunca he podido vivir la Pascua como una verdadera fiesta de resurrección. Al contrario, una abrumadora tristeza me impide celebrar la idea de un nuevo nacimiento. El poder volver de la muerte y renacer me resultan ideas perturbadoras. Porque, al fin y al cabo, saber que vamos a tener una segunda oportunidad para volver a vivir no hace más que colocarnos frente a un verdadero desafío. ¿Qué nueva vida viviría? ¿Se puede volver a empezar con cicatrices que no han sanado?

Estas cavilaciones ocuparon muchas horas en mis pensamientos, hasta el día de hoy. Hasta que me reencontré con mi hijo y entendí que no, que a veces uno no puede resucitar, aunque eso haya sido el anhelo más profundo. Cuando abandoné a Dani, mi hijo, él tenía ocho años. Hasta ese momento yo era

ama de casa así que, cuando me fui, tuve que salir a trabajar. Fue el Tano Brescia, mi amigo de la infancia, mi hermano de la vida, quien me dio una mano para poder salir adelante. Me acompañó y me consoló. Me enseñó a manejar y me prestó su coche para que pudiera ganarme unos pesos. Tuve que sacar el registro en un acto que significó el inicio de una nueva vida. A partir de ahí, junté peso por peso y logré comprarme un coche, éste que manejo ahora. Soy tachera hace veinticinco años.

Conocí a mi marido, Gabriel, en el barrio. Él me llevaba diez años, tenía todas las características de lo que -por entonces- se consideraba un buen partido. Un tipo macanudo y muy trabajador. “¡Vos sí que te sacaste la lotería con Gabriel, nena!” decía mi vieja cada vez que podía. Aunque, al poco tiempo de estar juntos me di cuenta, por algunas actitudes, de que Gabriel era en el fondo un machista sin vuelta. Estuvimos algo menos de un año de novios. Eran tiempos donde la pasión apuraba y existía la regla universal de que había que llegar virgen al matrimonio. Sólo había algunos “permitidos”: los apretones en el zaguán, los besos urgentes atrapados por manos deseosas. Dejar todo en suspenso para cuando “estemos casados”. El matrimonio era el pasaje de entrada al paraíso. O al menos eso era lo que yo creía. A él le gustaba remarcar que, por ser mayor que yo, era portador de una “superioridad numérica en experiencia”. Como trabajaba desde chico estaba acostumbrado a manejar dinero, a decidir por sí solo sin tener que rendirle cuentas a nadie. Yo me enamoré sin un manual de instrucciones y me casé muy joven, a los dieciocho años y “hasta que la muerte nos separe”, como recalcó el cura en la ceremonia.

Pero a partir del casamiento las cosas cambiaron radicalmente. Gabriel laburaba todo el día así que nos veíamos muy poco. No puedo acordarme en qué momento preciso fue que cambió de actitud, pero sí que fue asumiendo una postura cada vez más exigente y violenta. Para el afuera, mi familia y los vecinos, era un buen tipo, un buen vecino. Conmigo fue un hijo de puta. Me convertí en su sirviente, que sólo tenía voz para las tareas de la casa. Vivía para cocinarle y tener lista la comida cuando él llegara, para lavar y planchar, para tener la casa limpia y acomodada. Yo no tenía vida social, a él no le gustaba que saliera de la casa. Me celaba constantemente y tenía una obsesión por la vestimenta que yo debía usar. Al principio, los celos me hicieron sentir importante, creía que era normal que los tuviera porque eso demostraba que me amaba y llegué a pensar que muchas de las escenas que me hacía, sucedían porque me quería.

Gabriel buscaba cualquier excusa para pelear por cosas triviales y que inexorablemente terminaban en agresiones, por lo menos verbales, que combinaba con puteadas y humillaciones de todo tipo; ya sea por mi inexperiencia o directamente por mi forma de ser. “No servís para nada vos, sos una cuadrada. Ni la comida podés hacer bien, pelotuda”, esa era una de sus frases predilectas. Cada vez que una situación así pasaba, yo quedaba devastada. La humillación constante te cala muy hondo, te convence de tus debilidades. Te mina la confianza en vos misma, porque terminás creyendo que tiene razón, que quizá sos vos la que hace las cosas mal. Cada agresión se convertía en una bomba con efecto nuclear. Cuando caía, arrasaba con todo. Al principio,

creí que mi amor lo cambiaría, que iba a lograr que Gabriel me amara sin provocar dolor. Después, solo pude sobrevivir. El amor se transformó en miedo, en un miedo ciego que me convirtió en su presa. Cuando me pegaba, me decía que lo hacía porque así me educaba, que “mi juventud e inexperiencia merecían corregirse”.

Las palizas pasaron a ser cosa de casi todos los días. Golpes y trompadas, puntapiés y azotes. La sangre tiñendo todo, la vida en colores morado, violeta y rojo. Yo vivía como un perro en su cucha, acurrucado por temor a los golpes. Me aislé en mi propia casa. Aprendí a maquillarme para tapar las ojeras y los magullones en la cara; sabía también cuándo tenía que salir a la calle con un sombrero, porque las marcas eran imposibles de disimular.

Estoy segura de que en el barrio todos sabían lo que pasaba en mi casa, tal como lo sabía mi madre. Ella decía que la mujer tenía que atender al hombre y que había que saber perdonar algún “desborde”. “Ellos son los que salen a trabajar y tienen muchas cosas en la cabeza, no hay que traerles problemas”, decía. Siempre se ponía del lado de Gabriel. Eran otros tiempos. No había mucho que una mujer pudiera hacer. Era mejor estar “bien casada” que exponer las miserias. Todo se barría bajo la alfombra. A los dos años de casarme quedé embarazada. Nació Daniel, nuestro único hijo, que hoy tiene 32 años. Yo me aferré al nene como un náufrago a una tabla en el medio del mar. Trataba de consentirlo en todo cuanto podía. Pero Gabriel me atormentaba diciéndome que así lo “iba a hacer maricón”. Me recriminaba que lo malcriaba. Decía que había que educarlo como a un varón. Con él nunca fue violento,

aunque sí muy exigente. Yo me convertí en un fantasma. Me sentía completamente sola. La sensación de desprotección es aplastante, una vive por instinto y por reflejo. Perdés tu capacidad de decisión. Dejás de ser una persona. La maternidad no me salvó. Me hizo sentir aún más débil, era la hermana mayor de mi hijo pequeño. La no querida por el padre de ambos.

Empecé a desatender al chico, a cederle a Gabriel cada vez más terreno en la única porción de tierra que me quedaba, mi maternidad. Sentía que no tenía nada para darle a mi hijo, que no era una buena madre. Empecé a creer que hasta tenía que protegerlo de mí misma, la culpa se me metió en las venas como un veneno ponzoñoso, infectándome. Hasta que un día no pude aguantar más. La última paliza que me dio hizo que el mundo se me cayera encima como una mole de piedra. Era mediodía, el nene estaba en la escuela. Hacía unos días que a Gabriel yo lo notaba particularmente violento. Algo le había pasado en el trabajo, algo que lo tenía irascible. La explosión fue porque las milanesas que le había preparado estaban duras por una mala elección de la carne. Él me gruñía como un animal herido. Gritos, maldiciones, golpes. No paraba de golpearme. “Por suerte”, en un momento me desmayé y quizá al creerme muerta, paró. Desperté en medio de un charco de sangre, entumecida, con la boca destrozada, los pómulos cruzados de lado a lado por líneas de carne abiertas. Fue ahí, en ese momento que - aniquilada - decidí irme de la casa. Apenas podía mantenerme en pie, recuerdo el esfuerzo que me llevó limpiar la sangre maldita, el rojo que todo lo tiñe de horror y muerte. No podía llevarme a mi hijo en esas condiciones. Me fui a la madrugada con lo puesto, dos costillas y la mandíbula

rotas. Me sentía derruida, como una cañería consumida por el óxido. Gabriel me secó por dentro. Me dejó vacía. Dejarle a mi hijo fue aceptar la derrota. Me convertí en una paria.

## 2

El Tano me ayudó a conseguir una pensión bien lejos de mi casa, del otro lado de la ciudad, en la que de a poco me fui reponiendo de los golpes. Cuando empecé a dormir mejor, a sentirme más segura, aunque estaba sola, soñaba que volvía a buscar a mi hijo. Pero solo en los sueños era capaz de hacerlo, porque al despertar volvía a reconocermme como lo que era: una madre sin fuerza ni valor, que no supo sobreponerse. Una madre que permitió que la vencieran, que la humillaran hasta convertirla en una cosa.

No volví a verlos, ese fue mi castigo. Me sentí una miserable. Me odiaba por no haber luchado por él, me sentía tan culpable que poco a poco me convencí de que desaparecer de su vida era lo correcto, lo que tenía que hacer. No tuve más contacto con nadie, salvo con el Tano, que me tenía al tanto de la vida de Dani, por él sabía que estaba bien. Hasta mi vieja dejó de hablarme. Nunca pudo entenderme. No creo que pudiera siquiera ponerse a pensar en alguna justificación para mi huida, y me mandó a decir con el Tano que ni se me ocurriera volver por mi hijo, porque ella se iba a encargar de que nunca ocurriera.

Gabriel murió cuando el nene cumplió doce años. No sentí alivio cuando me enteré, el daño que me hizo no se lo llevó su muerte. Me pertenecía. Tampoco busqué a mi hijo, que quedó a cargo de mi mamá. Sólo una vez pensé seriamente en

volver para recuperarlo. Fue el día que Dani cumplió catorce años, quizá porque supe que mi madre lo había llevado de viaje a conocer el mar. Ese era uno de mis sueños, conocerlo juntos. La idea funcionó en mi cabeza como un un búmeran porque, lejos de darme impulso, revivió todos mis fantasmas de culpa lacerante. ¿Qué podía ofrecerle a mi hijo? Vivía en una pensión con lo justo y laboraba todo el día. No tenía ni un hogar para cobijarlo. Enfrentar a mi mamá se me presentaba como una idea imposible de intentar siquiera. Yo sabía lo que significaba presentarle batalla, desafiarla por el niño. Y sabía que no tenía armas para semejante cruzada.

### 3

Hoy mi hijo subió al taxi. Al mediodía, un muchacho me hizo señas para que parara el coche. Aunque creí reconocerlo de inmediato, la idea me pareció ridícula porque yo trabajo muy lejos del lugar donde él vive, pero no pude seguir de largo. Instintivamente, paré para que subiera. Es altísimo, desgarrado, tiene barba y algunas entradas, como su padre. Es muy flaco. Se metió al auto apurado, haciendo malabares con un huevo de pascua gigante envuelto en un papel brillante. Me dio la dirección sin mirarme, sin levantar la cabeza, no era lejos de donde estábamos. El viaje duraría unos pocos minutos.

No sé cómo hice para manejar. Sentía que me iba a explotar la cabeza, mil imágenes se agolpaban en mi mente. El tiempo se detuvo en ese auto. Creí escuchar su risa de bebé, sentir el calor de su cuerpecito en mi abrazo, hasta creí volver a percibir su olor. Pensé que estaba volviéndome loca. Tuve que parar en un

semáforo que demoró más de lo habitual porque había un desvío, fueron apenas unos instantes que me resultaron eternos, mirándolo de reojo por el espejo, tratando de medir sus reacciones, sus gestos. Él seguía ensimismado en el celular.

Ensayé mentalmente una explicación, pensé en suplicar su perdón. Sentía que me ahogaba, que no podía respirar y, al mismo tiempo, me era imposible reaccionar. No pude emitir un sonido, una palabra, tenía la garganta cerrada como si un puño me la estuviera estrujando para impedir que por fin se abriera. El cuerpo tenso, rígido haciendo fuerza con todos los músculos para no llorar. Cuando llegamos a la dirección que me había dado, noté que había en la puerta de la casa una piba embarazada. Paré el taxi, le dije cuánto era y entonces, recién ahí, mi hijo alzó la vista y me miró por el espejo retrovisor. Me reconoció. Estoy segura. Nos encontramos en esa mirada. Sin sacarme los ojos de encima, con un gesto agrio y los ojos vidriosos, extendió su mano con la plata. Nuestros dedos se rozaron por un segundo y me estremecí. Sacó la mano bruscamente, como si hubiera tocado algo que lo quemaba. Sin dejar de mirarme, mordiéndose el labio, en silencio, abrió la puerta. Se bajó y la cerró dando un portazo. Cerré los ojos, acompañando el ruido que retumbó en mi cabeza como un mazazo, con la misma fuerza demoleadora de las trompadas. Por un instante volví a aquella casa, a los golpes, a la sangre; a la angustia y la humillación. Al abandono de mi hijo. Sentí cómo la culpa se apoderaba de todo mi cuerpo, envolviéndome como la hiedra a la piedra, petrificándome. Lágrimas lentas, pesadas y ásperas me devolvieron al presente. Encendí el reloj y arranqué.

# **La primera Mburuvicha**

Pamela Swindt

## PAMELA SWINDT

Nació en San José, Entre Ríos. Es Licenciada en Letras por la Universidad Nacional del Litoral y estudiante doctoral de la Universidad Nacional de La Plata. Se especializó en Estudios Afrolatinoamericanos y Caribeños en CLACSO. En el 2021 recibió una beca de creación del Fondo Nacional de las Artes que le permitió escribir la serie de cuentos inédita, titulada “El camino de las ancestras”, de la cual forma parte “La primera Mburuvicha”. Se desempeña como tutora pedagógica virtual en la capacitación de la Ley Micaela en el Ministerio de Igualdad, Género y Diversidad de la provincia de Santa Fe.

## MARÍA PAULA ALDEA

Ilustradora

Nació en 1983 en Coronel Dorrego. Cursa sus estudios en la Escuela Superior de Artes Visuales de Bahía Blanca y en el Instituto del Profesorado de Arte de Tandil, donde reside. Apasionada por la experimentación, se encuentra en búsqueda constante de nuevas expresiones, fundamentalmente basadas en el arte sustentable, el cuidado del ambiente y la naturaleza aplicadas a la ilustración. Disfruta realizando investigaciones de campo sobre Bio Arte y nuevos materiales.



## La primera Mburuvicha

Viernes a las cinco de la tarde. Imposible encontrar cómodo el asiento en el que llevo horas sentada escuchando una disertación fútil en la capital del país. Me saco los anteojos un momento para restregarme los ojos sin mucho disimulo, a esta altura del partido creo que casi la totalidad de las personas en el aula necesitamos un café bien tostado o un mate recién arrancado. Respiro profundamente y trato de concentrarme, sin éxito. Miro al banco de la derecha donde está María, mi amiga de toda la vida que me convenció para que la acompañara en esta locura de congreso de hispanistas. Locura porque es en Capital, mi lugar menos favorito sobre la faz de Argentina y, en segundo lugar, porque es de hispanismo, bastante alejado de mi línea actual. Pero María me invitó a escuchar el panel con los últimos avances del grupo de investigación del que forma parte y no acostumbro rechazar las invitaciones de amistades, aunque sean en Capital.

-Mari -le digo bajito- ¿esto se irá para largo?

Mi amiga se sonríe al escuchar la pregunta. Hace tanto que nos conocemos que creo que ya adivinó mis verdaderas intenciones: salir de acá cuanto antes e irnos a estirar las piernas a la reserva ecológica. O tomar un vino. Y tomar un vino. Incluso en este cubículo del saber, es viernes. Sutilmente me hace el gesto con la cabeza que invita a la retirada. Con el sigilo del caso guardo el anotador y el programa y nos escabullimos hacia el pasillo. Por suerte, habíamos tomado la precaución de sentarnos en las filas más bien del fondo.

-No aguantaba más estar sentada, pero no quiero que te sientas en la obligación de irte, si querés quedarte al cierre yo busco algo para entretenerme digo.

-Pero no, la verdad que ya escuché lo que necesitaba. Además, puedo jugar la carta de que no quiero que me agarre demasiado la noche en la ruta -me dice sonriendo de costado- algún provecho tenemos que sacarle a la carta del interior ¿no?

Como si fuéramos dos estudiantes veinteañeras haciéndonos la rata salimos del edificio entre risas en busca de algún transporte que nos arrime hasta la reserva.

-Che, ¿qué te pareció lo que dijo Hernández? -me pregunta ya en el taxi- te vi retorcerte cuando empezó a hablar de la expedición de Juan Díaz de Solís al Río de la Plata.

-¿Ubicás el meme ese que circuló hace algunos años que decía para qué me invitan si ya saben cómo me pongo? Bueno, qué querés, si siempre es la misma cantinela, seguimos mirando para el mismo lado.

-Bueno, a ver, ¿para qué lado podemos mirar si las fuentes que hay son las que dejaron los españoles? No hay mucho por dónde seguir - me contesta, un poco a la defensiva.

-¿Y eso por qué será? -le pregunto, aunque no quiero empañar el ánimo del momento con la discusión imposible de siempre: cómo reconstruir la historia de los pueblos indígenas con las fuentes de los conquistadores.

María me mira sonriendo con los labios apretados en una expresión de quien ya conoce los bueyes con los que ara.

-La cuestión -digo- es que hasta Saer le dedicó sus buenas páginas al famoso naufrago de esa expedición, Francisco del Puerto. ¿Y Díaz de Solís en la fundación mítica de Buenos Aires? No sé -suspiro-, últimamente pienso cada vez más que hay que des-fundar esto a lo que le venimos llamando patria. ¿Cómo? A esa todavía te la debo.

Cuando llegamos a destino empezamos a recorrer un sendero para estirar mejor las piernas. Comentario va, comentario viene, llegamos a un mirador. Me imagino la Colonia de Sacramento en alguna parte de la otra orilla, me imagino a los expedicionarios españoles navegando a sus anchas por las aguas, ilusionados por posibles riquezas o acaso con el ánimo enardecido por la aventura al comienzo pero fatigado con el transcurrir de las semanas. Estaba en esas ensoñaciones cuando la voz de María me hizo volver a la realidad:

-Ya estás navegando ¿eh?

-Perdón, viste que siempre me pierdo en el horizonte.

-Te tengo una propuesta, a ver qué te parece.

-Soy toda oídos.

-Ya que sacrificaste estos tres días para hacerme el

aguante acá y te quedaste carburando con todo el asunto de la expedición ¿qué te parece si mañana temprano nos vamos de excursión a la isla Martín García? Tengo entendido que hay una hostería para quedarse y todo.

Miro de reajo a mi amiga, tratando de determinar si me está hablando en serio porque, a ciencia cierta, sé que no es muy amante de la vida al aire libre.

-¿En serio decís? - le pregunto con una sonrisa de entusiasmo ya traicionándome.

-Sí, es mi manera de agradecerte y un regalo de cumpleaños adelantado.

-Bueno, ya que insistís- le digo riéndome-, vamos.

De vuelta al hotel donde nos estamos quedando, dejamos todo más o menos organizado para arrancar temprano porque el horario de salida del catamarán es a las nueve. El recepcionista, conocido ya de Mari -por todas las veces que se alojó en este hotel en los años que hace que viene a dictar cursos- nos hace la gauchada de llamar por teléfono y reservarnos el alojamiento en la hostería de la isla.

Llegamos cerca del mediodía. Madrugar estuvo un poco áspero pero el trayecto fue ameno y la mañana acompañó despejada. Vamos como nómades, con la mochila y los bolsitos a cuestas con las pocas cosas que solemos llevar a los eventos académicos: notebook, lápices, libretita, los lentes y unas mudas de ropa. No hace falta poner el celular en modo avión para disfrutar el fin de semana sin interrupciones porque la señal es mala.

Por suerte, el alojamiento no está lejos y nos instalamos rápidamente. El lugar es antiguo tirando a tétrico. La recep-

cionista que nos da la bienvenida nos advierte, además, que por la noche la electricidad se corta hasta bien entrada la mañana. Si bien no me considero supersticiosa, no desconozco que estamos en un territorio plagado de muertos. La historia de la isla es truculenta desde la conquista; guerras, epidemias, prisiones, ¿qué catástrofe natural o humana no hizo dejar huesos acá? Recorremos la calle principal, el lugar donde estaban el cine y el cementerio.

Las cruces están casi todas torcidas, un verdadero misterio según escuché alguna vez en un programa de cosas insólitas. En nuestro camino solo nos encontramos con una señora ya entrada en años, de cabellos largos y con algunos collares adornando su cuello, que nos saluda con una leve inclinación de la cabeza.

-¿Será de acá de la isla? -me pregunta Mari.

-Ni idea, no la vi en el catamarán -trato de recordar- y por acá parece que no anda ni el loro.

-Llevaba un ramito de flores silvestres, para mí que fue a presentar sus respetos a algún familiar fallecido que está enterrado acá.

-Quién sabe -suspiro- esta isla está llena de muertos. Martín García, el primero que sepamos ¿no?

A la tardecita el tiempo empieza a desmejorar así que nos instalamos en la galería del lugar a tomar unos mates con la yerba que nos convidan en la cocina. Es bastante fuerte, pero en el jardín hay burro y cedrón.

-¿Nunca te preguntaste cómo sobrevivió Francisco del Puerto si tan caníbales eran los que recibieron a Solís? -le digo a Mari.

-Hay algunas teorías -arranca- la más aceptada es que no lo consideraron como hombre sino como niño, entonces le perdonaron la vida.

-Perdonarle la vida es una cosa, adoptarlo es otra -digo- porque después se volvió lenguaraz. Si la situación hubiera sido al revés... Bueno, ya sabemos cómo sigue la cosa.

Estamos charlando sobre estas cuestiones cuando escuchamos unos pasos acercarse desde adentro. Nos damos vuelta casi al mismo tiempo y nos encontramos con la mujer que habíamos visto en el cementerio. Silenciosa, arrima un sillón y se instala también a disfrutar del ocaso, bastante cerca de nosotras. El paso del tiempo se nota en sus arrugas. Su mirada es cálida, amable pero enérgica, como si una corriente estuviera arremolinándose en el fondo del río. Trae consigo una botella con algo que parece caña con ruda. Lo que tiene sentido, pienso, porque falta poco para el 1 de agosto.

Un viento con olor a tierra húmeda empieza a llegar con las primeras gotas de lluvia. La señora se sirve un vasito de la bebida que trae y se la toma. Con María nos miramos, quizás debiéramos presentarnos.

-Se viene la tormenta -comento.

-Se viene -dice la señora.

-¿Llegó en el catamarán de hoy?

-Llegué -me responde, críptica -¿gusta un poco?- agrega levantando la botella. No quiero ser descortés y rechazar su invitación, así que le pregunto:

-¿Es caña?

-Es -me dice.

-Entonces le acepto un vaso -le digo tratando de parecer lo más jovial posible.

Mientras me sirve le hace un gesto a María, quien también acepta el ofrecimiento. La caña resulta ser excelente, al segundo trago percibo que, además de caña, debe tener otros yuyos porque el sabor a ruda va cediendo como la noche ante el amanecer.

-Muchas gracias, la verdad que está muy rica, ¿tiene alguna otra cosa a parte de la ruda?

-Me alegro que les haya gustado. Sí, es una receta familiar, tiene algunas otras cosas -agrega, como quien no quiere la cosa.

Me imagino que una no va por la vida ventilando las recetas familiares así como así. Mejor no insistir. Mientras tanto, los primeros rayos empiezan a caer en el horizonte y los grupos de árboles comienzan a hablar entre sí a medida que el viento sopla con más fuerza.

-¿Vive acá? -le pregunta de pronto María.

-No, no. Estoy haciendo una visita.

Con Mari intercambiamos miradas rápidamente. ¿De dónde vendría? ¿A quién estaría visitando? Me invade una curiosidad casi infantil.

La tormenta arrecia pero al resguardo de la galería se está bastante bien.

-¿Quieren un poco más? -nos pregunta de pronto levantando la botella- de vez en cuando ayuda a aclararnos.

Las dos aceptamos sin vacilar, más por tratar de sacarle charla que por otra cosa. Pero, cada vez que quiero formularle una pregunta, siento que no tengo palabras, no

encuentro cómo abrir el juego a pesar de que me considero una persona conversadora. Percibo en esta mujer un halo de majestuosidad que vuelven nimias e insignificantes las preguntas que quiero hacer. Me siento, de alguna manera, desnuda ante algo que me excede.

De repente, un relámpago, un fagonazo de luz estalla en el cielo y me enceguece. Todo queda blanco por un instante. Abro y cierro los ojos varias veces para recuperar la vista, pero a medida que la luz se extingue veo que el paisaje cambia. Quiero preguntarle a Mari si está bien, si ella también vio la explosión en el cielo, pero de mi boca no salen palabras. En cambio, ante mí, se materializan una orilla y un río turbulento navegado por un barco. ¿Estaré alucinando? ¿Tan fuerte habían sido los dos cañazos que me había dado? Quiero pensar, pero lo único que puedo es sentir.

Entonces, escucho las voces de un desembarco tumultuoso y accidentado, son nítidas pero no llego a distinguir la lengua con claridad. Varios hombres llegan a la orilla acarreando pertrechos y lo que parece un cuerpo humano envuelto en tela y se internan entre la vegetación. Una pequeña retaguardia con armas extrañas cierra la comitiva. Un manto de neblina empaña el panorama y de pronto escucho gritos y un enfrentamiento, la costa parece haber cambiado y empiezo a comprender que se trata de una batalla entre indígenas y españoles. Varios logran escapar de regreso a la embarcación pero algunos cadáveres riegan indefectiblemente sus huellas. Entre los árboles y mientras el barco se aleja, el grupo de indígenas rodea al adolescente que los invasores han dejado atrás, está asustado y se puede ver la

incertidumbre en sus ojos. De pronto, el filo de una lanza se acerca peligrosamente a su pecho, pero entonces una muchacha interviene, se enfrasca en una discusión con quien sostiene la lanza y con quienes lo secundan, señalando una y otra vez hacia el horizonte. No entiendo demasiado lo que dicen pero deduzco, por algunas clases que tomé una vuelta en Misiones, que su lengua pertenece al grupo tupí guaraní. Una niebla vuelve a cubrir todo y de ella surgen el adolescente y la muchacha hablando bajo un sauce, se ve que ha transcurrido tiempo porque la barba ya apareció en el rostro de él. Da la impresión de que se comunican bastante bien. El tiempo parece transcurrir y, en una nueva escena, aparece la muchacha con una niña en brazos; mientras, un poco más allá, él y otros hombres destazan un jabalí. Ella le canta a la criatura, chiviros y cardenales saltan de rama en rama. Una sola palabra distingo de todo: mburuvicha.

Pasa el tiempo otra vez y veo a esa misma niña crecer junto con sus pares, la tez ligeramente más clara. Luego, una adolescente, una mujer muy estimada entre los suyos con gran poder de decisión y habilidad para la navegación, que ayudará a consolidar la paz tan intensamente buscada con las tribus de más allá de las islas. De pronto, la noche oscura se vuelve a materializar ante mí y el entorno empieza a resultar familiar de nuevo. -Mari... -atinó a decir, pastosa. María me mira con cara extrañada. La señora ya no está en la galería. Tampoco hay rastros de la silla o la botella de caña.

-Creo que aluciné -me dice- No sé, no me pasaba algo así desde la estancia que hice en México, allá lejos y hace tiempo.

Y, como en el fondo intuyo, me empieza a contar todo lo mismo que vi. Aclararnos, había dicho la señora. Tenía sentido. Tanto darle vueltas al mismo asunto la respuesta nos había sido revelada a estas alturas de la historia mediante la única forma posible.

-Yo creo que era la primera criolla, justo que venías regulando el tema desde ayer. Nacida y criada, hija de la mujer que salvó a Francisco del Puerto y de la que nadie nunca dijo nada.

-Tenés razón -suspiro soporífica mientras mastico la idea- pero también y más importante -agrego, recordando la palabra de su madre y sus habilidades para la diplomacia-, la primera Mburuvicha.

**León**

Abril Gofin Meneghetti

## ABRIL GOFIN MENEGHETTI

Nació en el otoño de 1998, bajo la lluvia. Vivió en seis localidades de la provincia de Buenos Aires, no se instaló en ninguna. Aprendió a leer a los dos años y no pudo parar desde entonces. Empezó cuatro carreras, pero no terminó ninguna. Publica historias en Wattpad, pero su nombre de usuario es un misterio. Hace lecturas de Tarot para poder alimentar a su gato. Tiene que tirarse al suelo a llorar antes de tomar decisiones. Cree que la T en LGBT+ merece más respeto. Abril escribe porque no puede evitarlo.

## FLORENCIA MENNA

Ilustradora

Nació en Tandil, provincia de Buenos Aires. Estudió Diseño Gráfico e Ilustración en el Instituto de Profesorado de Arte IPAT. Cuenta que elige el arte como puente para crear y conectar. En los colores, las emociones, la música, en lo que necesita ser contado, allí encuentra universos mágicos que ilustrar.



FOR ME AND ~

## León

El día que Dalia se fue de casa me paré al lado de la puerta y la escuché llamar por teléfono al remis. Las gotas de lluvia salpicaban sobre el barro y me manchaban las zapatillas. Crucé los brazos, tratando de conservar algo de calor. Debió haber sido el primer día frío del año.

La ayudé a cargar las valijas en el baúl y la acompañé a la terminal. Hicimos todo el viaje en silencio. Antes de subirse al micro, me abrazó en la plataforma y me dijo:

-Lo que importa es que seas feliz.

Me quedé ahí, viendo el micro desaparecer a lo lejos. Me acordé de los días que habíamos pasado en la cabaña frente a la playa, el verano anterior. La música fuerte, las verduras a la parrilla y el momento en el que subí corriendo al segundo piso. Abrí la ventana de la habitación y me senté en el marco, con una pierna colgando por fuera. La madera se me hundió en la piel. La sal en el aire me secó la garganta. La brisa no llegaba a mover las ramas de los pinos. Esa vez,

vi la luz del sol justo debajo mío, reflejada en el agua de la pileta, y salté.

-Estás loca -me dijo mi hermana. Te podrías haber matado.

Me preguntó por qué trataba de impresionar a sus amigos. En realidad, estaba tratando de impresionarme a mí mismo. Y funcionó: Jazmín no se hubiera animado. Además, a Jazmín no le hubiera importado morir.

Cuando la lluvia paró, empecé a caminar de vuelta a casa. Me persiguió la idea de ser feliz. Me pregunté qué es ser feliz y qué tengo que hacer para serlo. No encontré ninguna respuesta. Me pregunté quién tengo que ser para ser feliz y qué significa ser yo mismo.

La locura en la pileta tenía que ver con eso. Era un intento de transformación, un intento por convertirme en la persona que hubiera querido ser. Convertirme en la persona que todavía podía ser, si me arriesgaba. Yo era valiente. Yo estaba ahí abajo y tenía que caer para encontrarme.

Me desvié del camino a casa y recorrí la avenida hacia el lado de la playa. Me detuve frente a una vidriera que siempre me había gustado. Miré las camisas, las remeras, las bermudas y me animé a entrar.

Pensé en la vez que a papá se le ocurrió regalarnos el mismo vestido para nuestro cumpleaños. Dalia corrió a la pieza a probárselo y volvió riéndose. Yo me aguanté las ganas de llorar.

Me lo puse al día siguiente, encerrado en el baño. Mentalmente, hice una lista de todas las razones por las que mi cuerpo me daba ganas de vomitar y me lo arranqué. Quedó enterrado al fondo del armario, con el cierre quebrado.

Corrí las perchas, una por una, dejando que la suavidad del algodón me entibiara los dedos. Me compré una camisa de todos colores y me la llevé puesta. En la cafetería de enfrente, me animé a pedir el capuchino para llevar.

Creí que era normal. Creí que mi problema era ser demasiado gorda, demasiado petisa, demasiado torpe. Me dijeron que tenía que bajar de peso, vestirme mejor, pararme derecha. Traté de hacer todo eso. Dejé que Dalía me maquillara cuando salíamos y me probé todos los modelos de pantalones que existen. Creí que todo el mundo se bañaba con los ojos cerrados, se vestía con la luz apagada y evitaba los espejos.

Creí que envidiaba a mi hermana; que quería ser expresiva como ella, mostrarme sin miedo. Creí que no había razón para sentirme atacado cuando mamá nos decía *estoy orgullosa de tenerlas, porque son mujeres como yo*.

Nunca fui Jazmín. Lo veo ahora. Cuando me acuerdo de cómo suena esa palabra en las voces de los demás. Cuando me animo a enfrentar mi reflejo y ella no aparece.

Esquivé charcos, crucé las rotondas sin mirar y llegué al teatro sin haberlo planeado. La ventanilla de la recepción estaba cerrada. La agenda se había quedado unos meses en el pasado y las esquinas de los afiches empezaban a despejarse de la cartelera. Más atrás de la entrada a la sala brillaba la luz del cuartito de exposiciones. Estaba vacío, excepto por la pintura colgada sobre la pared. Me tomó tres pasos recorrer todo el espacio hasta tenerla enfrente. En el centro del lienzo, un león estaba sentado sobre el pasto, con la boca abierta. Un montón de insectos flotaban suspendidos alrededor de su melena. El sol se escondía -o aparecía- en el

horizonte; se filtraba entre las ramas de los árboles que parecían sacudirse. Unas cuantas barras verticales encerraban al león en una jaula.

Incliné la cabeza hacia un lado y el león bostezó, aburrido. La incliné hacia el otro y el animal gritó, reclamando su libertad. Se me ocurrió que la libertad y la felicidad eran lo mismo. Combinadas, ambas tenían sentido y eran posibles: ser feliz es ser libre y ser libre es ser auténtico.

La libertad era posible y estaba adentro mío, alrededor mío. En mis intentos de valentía. En decisiones impulsivas, sentimientos insistentes y secretos incómodos. Y la felicidad estaba ahí, también, en los saltos que había dado y los riesgos que estaba a tiempo de correr.

-Si uno solo de nosotros puede ser libre -dije- menos mal que me tocó a mí.

Alguien se rió al lado mío, me di cuenta de que ya no estaba solo. Él tenía puesto un vestido rosa, largo hasta los tobillos y un gorro con orejas de oso panda. Tomaba licuado de frutilla y miraba la pintura con las cejas levantadas. Chocó su hombro contra el mío, sonriendo.

Me dijo que se llamaba Ares. Dijo Ares como si el mismo dios hubiera renunciado a su nombre para entregárselo. Me contó que hace poco se había mudado acá, buscando alejarse de la vida en la ciudad que lo había decepcionado. Me contó que eligió Pinamar por el paisaje. Porque huele a pino, sal, arena y porque se puede recorrer caminando. Me preguntó cuál era mi nombre.

Sobre sus pómulos brillaban un montón de estrellitas doradas. Cuando se movía, algunas de ellas cambiaban

de color. Cuando sonreía, las estrellas que colgaban de sus pestañas caían y flotaban en el aire un momento, antes de desaparecer. Me imaginé a Ares haciendo magia. Lo imaginé enfrentando dragones, atravesando el fuego, levantando una espada. Lo imaginé luchando junto a los dioses y contra ellos. Hasta ese momento, me había movido por la vida a medias; había elegido a medias, decidido a medias. Yo era: dudas, sobre dudas, sobre dudas. Abajo de eso, un gran vacío. Un vacío al que había decidido saltar y que empezaba a convertirse en una pileta de posibilidades.

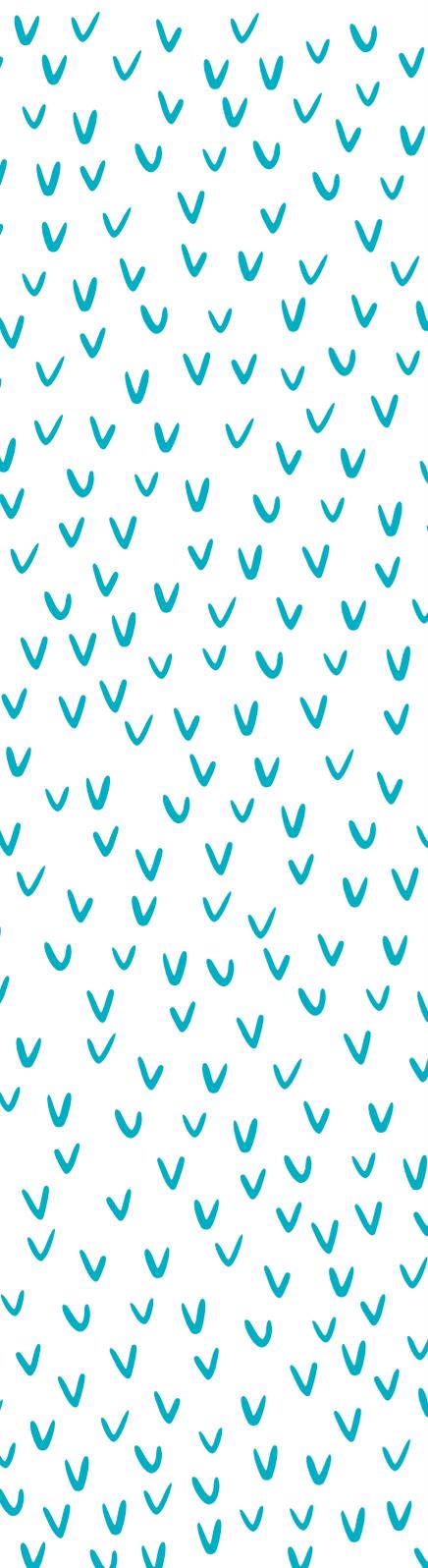
En las estrellas de Ares encontré una posibilidad que no podía ver en otro lado: ser real. Quise saber exactamente quién era, para poder decírselo. Quise compartir todo con él: todo lo que no pude, lo que me hubiera gustado, lo que estaba intentando.

Quise verlo sonreír cuando volviera a salir el sol y cuando miráramos libros usados. Quise verlo agradecerme con una sonrisa cuando se hiciera de noche y tuviera que prestarle mi abrigo. También quise olvidarme de todo lo que había sido hasta entonces y empezar de nuevo. Después de tantos años viviendo mentiras, conformándome con lo que me enseñaban, quise que algo fuera verdad. Quise responderle a Ares con la verdad. Y pude hacerlo.

Él esperó mi respuesta sonriendo.

Yo me imaginé desafiando a los dioses a su lado y fui valiente. Decidí caer de todas las formas posibles.

-León -le dije- Me llamo León.



## **Ser bonaerenses**

En los quince textos que fueron seleccionados para esta edición vamos a encontrar historias —que ahora sí están contadas— que nos hablan de nuestros barrios del conurbano, de nuestros pueblos, de los prejuicios, de las resistencias, de las ausencias, de los dolores, y también de las segundas y nuevas oportunidades que nos da la vida.

En estas narraciones podemos identificarnos o no, tal vez rememorar tiempos de madres y abuelas, de quienes nos antecedieron, o evocar situaciones que intuíamos que ocurrían a nuestro alrededor y que fueron sistemáticamente silenciadas.

## **Estela Díaz**



MINISTERIO DE  
LAS MUJERES,  
POLÍTICAS DE  
GÉNERO Y  
DIVERSIDAD  
SEXUAL



GOBIERNO DE LA  
PROVINCIA DE  
**BUENOS  
AIRES**